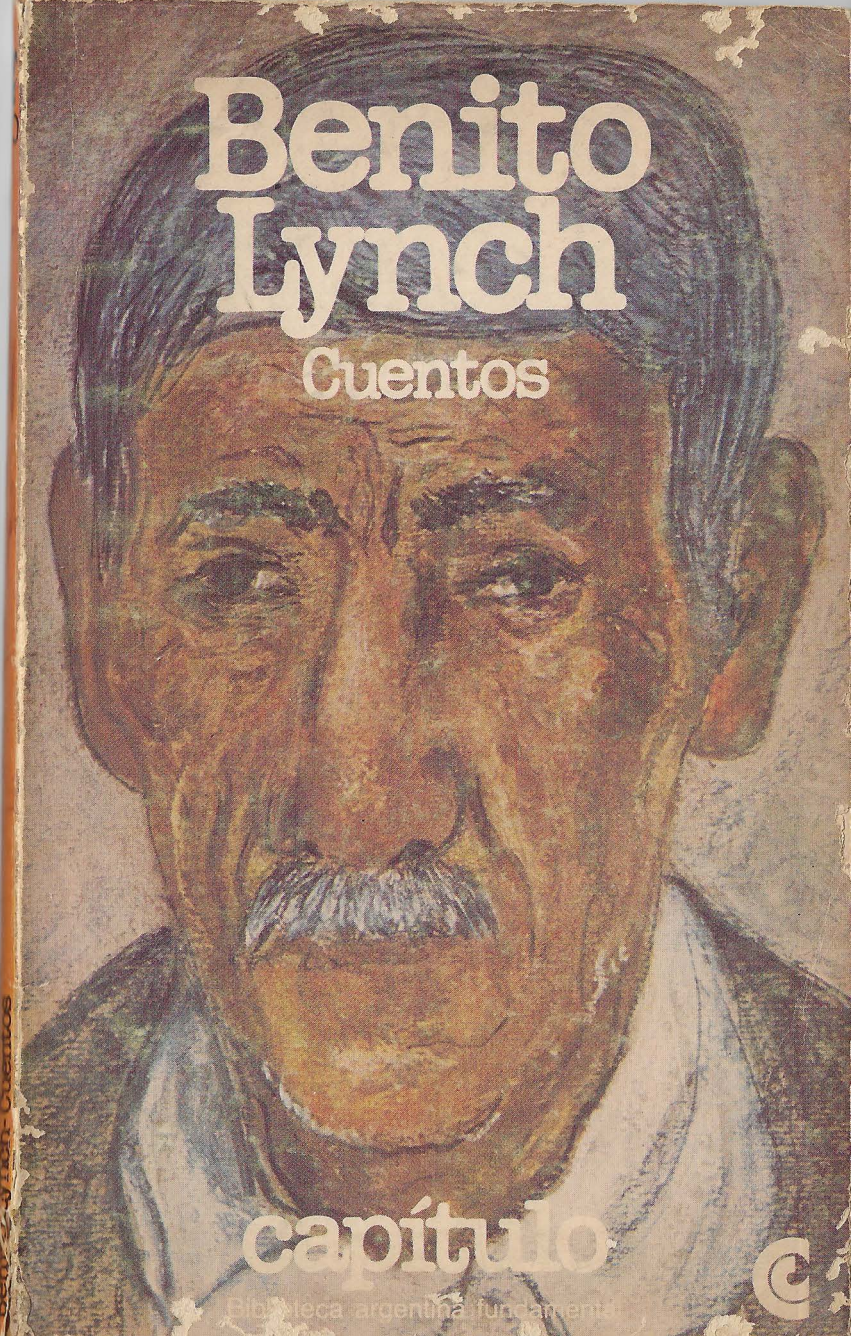
Benito Lynch

Cuentos



capítulo

Biblioteca argentina fundamental

Cuentos

capítulo

Biblioteca argentina fundamental

Benito Lynch

Cuentos

Selección,
prólogo y notas
por la profesora
Ana Bruzzone

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

© 1980 Centro Editor de América Latina S. A. - Junín 981, Buenos Aires.
Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Impreso en diciembre de 1980. Tapa: Talleres Gráficos FA.VA. O. SAIC y F, Independencia 3277/79, Buenos Aires. Pliegos interiores: Compañía General Fabril Financiera S. A., Iriarte 2035, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires. Interior: Ryela SAICIF y A, Belgrano 624, 6º p., Buenos Aires.

PROLOGO

Un halo de misterio y de leyenda circunda la figura de Benito Lynch. Se lo consideró hosco, huraño, misántropo... Efectivamente, sus actitudes eran desusadas, extrañas para el común de la gente. Pero él era diferente y en lugar de verlo a través de su propia óptica —la única posible para acercarse a un ser humano— se lo juzgó desde el simplismo esquematizador de quienes ven en la diferencia no la riqueza de una singularidad sino la transgresión a una norma.

No es común que un escritor laureado por la fama se niegue a reportajes, entrevistas, reuniones literarias y hasta a hablar de literatura... Que no asista al estreno de sus propias obras llevadas al teatro (El inglés de los güesos *y* El romance de un gaucho) *o al cine* (El inglés de los güesos *y* Los caranchos de La Florida)... *Que se niegue a recibir personalmente el título de doctor* honoris causa *con que lo distinguió la Universidad de La Plata.*

Lynch no necesitaba ninguna de esas cosas, "era sencillo como una corriente de agua cristalina, cordial como un vino generoso" [1]. *Llevaba adentro, muy adentro de su corazón, el alma de esos gauchos que tanto amó en su infancia y de quienes su padre tanto se afanó en alejarlo. Había aprendido de los gauchos el silencio elocuente, el laconismo (que llevó casi a un estilo de vida), la síntesis que puede encerrar un simple* ¿Ha,ha? *frente a la verborragia de las abundosas argumentaciones.*

Había aprendido que si era gaucho de veras no iba a cambiar "porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina 'e tropilla" [2].

Se habló de su hermetismo, del celoso cerrojo que echó sobre su intimidad. Quien quiera penetrar la intimidad de Lynch no necesita de sus confidencias ni de su autobiografía. Benito Lynch está en la indomable timidez de Palo Verde, en el amor de Mario a su potrillo, en las travesuras de Serapio y Zoilo, en los desbordes y arrebatos de Pantaleón Reyes, en

la incondicionalidad de doña Casiana, en la dulzura de la "patrona" de El antojo de la patrona, *en la exultante juventud de la Negra... En todos esos personajes que vivieron con el corazón, porque hicie ron del amor el centro de sus vidas, aunque ese amor, por un fatal designio del destino, nunca se logró consumar.*

Benito Eduardo Lynch, segundo entre los nueve hijos del joven matrimonio que fundaran Benito José Lynch y Juana Beaulieu, nació en Buenos Aires, el 25 de julio de 1880[3]. *Fue descendiente de irlandeses por línea paterna —radicados en el Río de la Plata a mediados del siglo XVIII y emparentados con encumbradas familias de la colonia— y de franceses por parte de su madre, hija de terratenientes, natural de Fray Bentos en el Uruguay.*

Desde los seis a los diez años se trasladó con su familia a la estancia El Deseado, propiedad de su abuelo Ventura Lynch, en el partido de Bolívar de la provincia de Buenos Aires, zona ganadera próxima a la estación de ferrocarril 9 de Julio.

En 1890 la familia se instaló en La Plata, en la casona de la Diagonal 77 entre 7 y 8, donde Benito habría de vivir hasta sus últimos días, con su madre y sus dos hermanas solteras después de la muerte de su padre en 1902 y solo los últimos nueve años anteriores a su muerte acaecida el 23 de diciembre de 1951.

Su vinculación con el campo —que fue definitiva en la formación espiritual, cultural y estética del futuro novelista— siguió perdurando durante los veraneos que la familia pasaba en la estancia El Deseado y posteriormente en las visitas que realizara a la estancia El Talar, en el Uruguay, de su familia materna, y a las de amigos en la provincia de Buenos Aires.

En 1894 el traslado a La Plata fue definitivo. Allí su padre ejerció importantes cargos públicos y fue también accionista del diario El Día, *en el que Benito hizo sus primeras incursiones periodísticas y literarias. Aquellas a través de la crónica social y éstas en relatos que tituló* Cuadritos domésticos. *Sin embar-*

go su actividad periodística se remonta a la infancia, cuando a los siete años y alentado por su madre publicaba en la Estancia un periódico manuscrito.

Inició sus estudios con el profesor Salinas, junto con sus hermanos Tomás Benito y Leopoldo Benito y luego ingresó en el Colegio Nacional de La Plata. Por esta época alterna la vida social con la deportiva dedicándose a la práctica del box, la esgrima y el remo. Abandonó sus proyectos de estudiar abogacía y se entregó por completo a la actividad periodística y literaria.

La actividad literaria de Lynch se extiende desde 1909 fecha en que apareció en Buenos Aires su primera novela Plata dorada— *hasta 1941 en que publicó el relato* Cartas y cartas *en* Nuestra Novela. *Siguieron a* Plata dorada, Los caranchos de La Florida *(1916), su primera gran novela,* Raquela *(1918),* Las mal calladas *(1923),* El inglés de los güesos *(1924),* El romance de un gaucho *(1933).*

Más de cien cuentos —la mayoría de los cuales permanecen aún dispersos— fueron publicados en diarios —El Día, La Nación— *o en revistas* —Plus Ultra, El Hogar, Mundo Argentino, Caras y Caretas, Leoplán—. *Afortunadamente algunos fueron recogidos en libros:* El antojo de la patrona *y* Palo Verde *(1925),* De los campos porteños *(1931),* Cuentos camperos *(1964).*

Completan la lista cuatro novelas cortas que se publicaron por separado por propia decisión del autor: La evasión *(1918),* El pozo *(1921),* Locura de honor *y* Cartas y cartas *(1941).*

A partir de 1942 Benito Lynch se encerró en un completo silencio y se negó a la reedición de sus obras y a colaborar en diarios y revistas.

Aunque tenga elementos de la estética modernista, asimilados de una manera muy particular, la obra de Lynch pertenece al realismo, de cuya categoría fue, según Anderson Imbert, "el mejor de todos"[4] *"porque se complace en la contemplación de las figuras que crea y de los conflictos que imagina, y porque se coloca en la posición de un espectador*

interesado estéticamente por el cuadro que compone y contempla, es 'modernista' y lo es, además, porque le atraen invenciblemente las luchas por el predominio entre individualidades fuertes —sensitivas o voluntarias— que ignoran móviles trascendentes; porque se impone preceptos artísticos muy deliberados, y los observa cuidadosamente, tratando siempre de evitar las formas habituales en su tiempo" [5].

Desde los comienzos de la literatura criolla hasta la actualidad el realismo se da, en la literatura argentina, de una manera espontánea, con tendencia a la objetividad más que a la subjetividad y como una de sus más vigorosas constantes.

Heredero de esa corriente que se asomó en El amor de la estanciera (1787) y se continúa con Bartolomé Hidalgo, Esteban Echeverría (El matadero), Hilario Ascasubi, José Hernández, Miguel Cané (Juvenilia), Lucio V. López (La gran aldea), Eugenio Cambaceres, Julián Martel, Roberto J. Payró, Horacio Quiroga... Benito Lynch es uno de sus más recios exponentes.

El realismo de sus primeras novelas —Plata dorada y Los caranchos de La Florida— influido por el naturalismo de Zola, fue haciéndose en sus obras posteriores cada vez más puro, más objetivo, hasta culminar en una obra que sumó a la pintura exactísima del ambiente campesino la profundización psicológica del alma de sus habitantes como no se había hecho nunca hasta ese momento.

El campo de Lynch no es el campo sin límites, salvaje, de luchas tremendas como el de Martín Fierro. Es el campo transformado por la inmigración, con una nueva fisonomía que comienza a perfilarse en los alambrados, en la incorporación de la tecnología europea (selección de razas de ganado), en el afán de confort en las casas, en la aparición de la chacra y el tambo, en el desplazamiento del criollo por el europeo, de la pulpería por la fonda, del caballo por el tílbury.

En cuanto a la ubicación geográfica, sus obras se circunscriben a un ámbito muy específico y determinado (excepcionalmente se desarrollan en la ciudad: Las mal calladas; algunos cuentos). Esa zona

pertenece al campo de la provincia de Buenos Aires, en las márgenes del río Salado: Dolores, Cañuelas, Monte, Lobos, Saladillo, Bolívar.

La espontánea naturalidad y el uso de un vocabulario justo, nada rebuscado —elementos fundamentales en el estilo de Benito Lynch— hacen pensar en aquel viejo ideal de los renacentistas de "huir de la afectación sin dar consigo en ninguna sequedad, aunque se pueda suponer que, mientras éste era un precepto normativo, en nuestro novelista responde a causas más intuitivas y personales.

Por otra parte, no puede evitarse comparar la carencia de recursos ornamentales y la mesura de la fantasía —otras de sus constantes de estilo— con la austera sobriedad de los romances viejos castellanos. "Según mi manera de entender esta clase de literatura argentina, Lynch es el único que logra darnos un retrato fiel de la vida del gaucho y del ambiente en que se mueve, armonizando ambos elementos de modo que no haya disonancias ni contrasentidos" [6]. Lynch vivió en el campo y compartió la vida de sus habitantes, hombres valientes, indómitos, generosos. Pero además —y fundamentalmente— los amó entrañablemente y por eso pudo darnos una imagen tan real de los gauchos y de su circunstancia. Porque la suya fue una mirada de amor, de la más alta categoría del amor, aquella que puede acercarse desnuda, sin prejuicios ni preconceptos hacia los objetos y recibir la impronta de lo que ellos son en sí mismos. De allí su inagotable capacidad para registrar los detalles más sencillos, las entretelas más finas, los episodios más minuciosos, no sólo en la descripción de los lugares, de los animales, de los trabajos del campo, sino también de los personajes, su indumentaria, sus hábitos, su vincularidad con los otros y sobre todo, sus almas. "Aunque Lynch no hubiera trabajado con tipos reales que quedarán en la literatura de su patria, por sus descripciones, por su diálogo justo, por el fuerte color de sus libros, debería ser considerado como el primer costumbrista argentino" [7].

Algunas de sus descripciones son de antología: la del incendio, en Raquela; la del rayo en "Tormentas"

(De los campos porteños), *la del arreo de la hacienda a consecuencias de la sequía en "Limay"* (De los campos porteños).

Lynch —y aunque también narre— fundamentalmente describe y hace hablar a sus personajes excepto en El romance de un gaucho *donde la narración es preponderante.*

Algunas veces con muy pocos trazos, y sobre todo en personajes secundarios, nos da una idea exacta de los mismos. Pero cuando se trata de sus grandes personajes a quienes llegamos a conocer y a penetrar como quizás no podamos hacerlo con los seres que nos rodean, es sobre todo por la descripción de sus actitudes y por el diálogo, como llegamos a ellos. En esto Lynch es maestro de maestros. Sabe introducir el diálogo con una naturalidad tan grande que a manera de terraplén no sufrimos el más mínimo corte, y tan pronto pasamos del diálogo al discurso indirecto y de éste al diálogo sin que hayamos sentido ninguna alteración en la continuidad de la lectura.

Sus obras se nos presentan como fragmentos de la vida que pudiéramos sorprender en el comienzo y que finalizan cuando ese fragmento ha concluido. Nada nos dice antes para ambientarnos ni alertarnos sobre el tema o los personajes, y el final, salvo en Raquela *y* Palo Verde, *es un final cerrado.*

Para algunos de sus cuentos ha usado la técnica dramática: "Un angelito gaucho", "Tormentas", "El sacrificio de Blas", "Hombres y teros", "Caritas" y otros más.

El estilo de Lynch es eminentemente objetivo. El no da explicaciones ni juzga. Se limita a mostrar, a describir lo que va viendo. Quizás como dice Julio Caillet-Bois "para borrar las huellas de lo autobiográfico y para atenuar las opiniones imperiosas. En la armonía difícil entre esa pasión que apenas puede callarse y la preocupación de alcanzar imparcialidad realista radica la peculiaridad literaria de Lynch" [8]

En Plata dorada *(1909) está presente el tinte naturalista de las primeras novelas de Benito Lynch.*

La obra puede dividirse en dos partes. La primera

comprende su infancia en el campo hasta que se va a Buenos Aires a estudiar en un colegio inglés. En la segunda parte vuelve al campo como administrador de una estancia de un viejo caballero inglés, de cuya pupila se enamora. Ambos viven un romance y son sorprendidos por el protector de la joven en el momento de mayor intimidad. Ella huye desesperada y se arroja al río donde es despedazada por la hélice de un vapor. El joven, anonadado, cerca del río, recibe un telegrama de manos de Sylvan, amigo del caballero inglés, donde se le anuncia la muerte de su madre. Enloquecido hunde el cuchillo en el pecho de Sylvan y se larga a correr despavorido.

La primera parte —quizás lo mejor del libro— es evidentemente autobiográfica. Abunda en recuerdos de la infancia estrechamente vinculados al campo, sus gauchos, sus animales, sus árboles, que sabemos tantas huellas imborrables dejaron en el autor. Aquí se nos revela la profunda captación del alma infantil que Lynch dio con extrema agudeza y que se perpetuaría más adelante en los personajes infantiles de sus obras mayores: Bartolo (El inglés de los güesos), *Serapio y Zoilo* (El romance de un gaucho), *Mario y Leo* (De los campos porteños).

El final podemos considerarlo psicológicamente inverosímil con una muerte absurda y un crimen gratuito.

Raquela *(1918), obra de tono menor, es la única comedia que escribió Lynch. Aquí el autor nos deja ver su vena humorística. Los personajes no alcanzan la fuerza de sus otros personajes. Es necesario resaltar la descripción pictórica, de gran fuerza y dinamismo, del incendio en el campo, página considerada de antología.*

Marcelo de Montenegro, joven literato y amante de aventuras se hace pasar por peón —Calistro Güeyo— en la hacienda del Mayor Grümben a cuya hija Raquela quiere seducir. La joven empieza a interesarse por el apócrifo gaucho a partir del momento en que éste la salva de un peligro que pudo desembocar en una tragedia. Raquela lucha con sus principios y duda de la identidad de ese equívoco gaucho. Al fin

—y luego de una serie de circunstancias: el incendio, la llegada de una carta para el dudoso peón a nombre de Marcelo de Montenegro y el desvanecimiento de éste a raíz de una caída— entrevemos en las palabras de Raquela que ya se ha dado cuenta del engaño: "—¡Cuidado! No se mueva, ¡por Dios!, Montenegro...".

"La novela de los impulsos" [9] llama Julio Caillet-Bois a Los caranchos de La Florida (1916), cuyo naturalismo aparece en su forma más oscura, tanto en el esquematismo con que trata la psicología de los personajes cuanto en el drama que se desencadena. El conflicto está planteado en torno al choque de dos caracteres impulsivos: Don Francisco Suárez Oroño, opulento hacendado, violento, autoritario, "peligrosamente impulsivo" y su único hijo, Don Panchito, recientemente llegado de Alemania adonde fue a estudiar agronomía. Complica y desencadena el drama el hecho de que ambos se enamoran de la hija de uno de los peones de la estancia, Marcelina (quizás un antecedente de Balbina), muchacha pura que ama a Don Panchito. Luego de una pelea con su padre, Panchito se refugia en la estancia de Eduardito, su primo. Don Pancho resuelve llevarse a la muchacha y a toda su familia a su estancia para impedir que su hijo la vea. Cuando van a partir llega Panchito, ebrio y desesperado por los celos y golpea la puerta del rancho con una llave inglesa. Tiene un enfrentamiento con su padre y éste lo agrede a rebencazos. Panchito le asesta un golpe mortal en la cabeza con la llave inglesa y, arrepentido ante lo irremediable, se hinca al lado del cadáver de su padre. En ese momento recibe por la espalda varias puñaladas de Don Cosme, el capataz de Don Pancho, hombre taimado con quien el muchacho había tenido ásperas diferencias y cae muerto sobre el cadáver de su padre. Ante tan cruento espectáculo el loco Mosca se acerca y exclama: ¡Los caranchos de La Florida!

En esta obra se plantean varios conflictos. El abismo generacional entre un padre embrutecido en medio de una vida que no ama ni desea mejorar frente a un hijo educado en un ambiente universitario euro-

peo; la dicotomía sarmientina civilización y barbarie; el espíritu feudal de un padre tradicionalista —que no tiene piedad ni para su hijo, ni sus subalternos ni sus animales— y un hijo liberal, abierto a nuevas formas de vida. La educación universitaria no logró modificar el carácter violento de don Panchito quien reacciona de la misma forma que su padre. De alguna manera, como en Plata dorada también en esta obra el desenlace no es psicológicamente verosímil y por lo tanto no es convincente. Quizás lo habría sido si el autor hubiera elaborado más a fondo la compleja personalidad de don Panchito. Se podría suponer que de cierta manera Lynch ha exorcizado en estos crímenes a sus propios fantasmas.

Si bien estéticamente puede resultar empobrecedora, implica un alto compromiso ético del autor que fue capaz de renegar de lo épico y de lo estetizante por fidelidad al modelo con el cual estaba tan consustanciado.

El inglés de los güesos (1924). Mr. Gray, antropólogo inglés, llega un día al puesto de la Estancia Grande, próximo a la laguna de Los Toros para realizar excavaciones en busca de restos fósiles. La llegada de este extraño personaje provoca las burlas de los habitantes del puesto cuando lo ven llegar "coronado por una margarita roja", "deslizándose lentamente sobre el tapiz verde-sucio del bañado". El ridículo huésped se hospeda en casa de los puesteros y a poco de llegar recibe una tremenda puñalada del celoso Santos Telmo, enamorado de Balbina quien acaba de rechazarlo por tercera vez. Balbina se prodiga en cuidados al hombre herido e inevitablemente el instinto maternal que yace en toda mujer desencadena el amor. El inglés también —y pese a sus duras resistencias— termina enamorándose de la joven y llega a dudar dramáticamente de su destino en un magnífico soliloquio junto a la laguna. ¿Irse? ¿Quedarse para siempre? ¿Su destino de investigador, de hombre de "marcha de la humanidad' o los impulsos de su corazón? Una carta llegada de Inglaterra donde se le pide a Mr. James que regrese inmedia-

tamente desencadena el desenlace trágico de la obra. Balbina, que ha descubierto en ese hombre de otro mundo las certezas de ese otro mundo al que acaba de asomarse con toda la fuerza de su poderoso instinto de mujer joven y apasionada, el amor, no puede resistir la idea de la separación. Recurre entonces a una médica que le propone realizar un hechizo. Sólo aferrada a esta esperanza Balbina puede seguir viviendo. Pero la partida se produce y ella cegada por un sol que sabe que no verá nunca más reniega también de ese sol que está al alcance de su mano y se suicida.

Es ésta una novela costumbrista y fundamentalmente psicológica. Balbina es el personaje más logrado de Benito Lynch y uno de los más conmovedores de la literatura argentina. La exuberancia de la alegría, de la espontaneidad, de la ingenuidad, del candor, de la sencillez. Quizás sea la encarnación más perfecta de la vida instintiva en toda la obra de Lynch. El personaje del inglés no logra plena categoría de individuo sino que está constituido por los caracteres específicos de su raza. Se plantean en esta obra, considerada por Julio Caillet-Bois como la "novela del instinto" [10] varios conflictos: el instinto frente a la intelectualidad; el hombre de la tierra frente al de la cultura; la espontaneidad frente a las pautas rígidas de la civilización. Esta es la novela de una imposibilidad, por lo tanto es eminentemente trágica. Ni Balbina ni James pueden quebrar las leyes que rigen sus respectivos mundos. Con exquisita sutileza y maestría Lynch va desarrollando paso a paso la delicada trama del despertar erótico de Balbina y del enamoramiento de Mr. James. Resulta conmovedor que ese crecimiento al que asistimos maravillados desde el comienzo hasta el final esté destinado al fracaso, porque "solo ante lo ineluctable cuando le vemos revolverse inútilmente en la red del sino sentimos el verdadero soplo trágico" [11].

El romance de un gaucho *(1933)* "obra maestra de Benito Lynch" [12] comparte con El inglés de los güesos el haber sido considerada lo mejor de la novelística lynchiana. Fue publicada en el diario La Nación de

Buenos Aires y en forma de folletín desde diciembre de 1929 a marzo de 1930, en la transcripción fonética del habla del campo y como memorias "de un viejo gaucho porteño, fallecido hace muchos años, y a quien conocí allá, en los dorados días de mi niñez campera" [13] y que él —Benito Lynch— rescató del olvido encargándose de su publicación.

Pantaleón Reyes, joven apuesto, educado y fino, vive en paz con su madre, doña Cruz, quien a la muerte del marido ha ocupado su lugar en la dirección de la estancia La Blanqueada. Esta idílica relación del hijo con su madre se quiebra con la llegada a los pagos de Don Pedro, afecto a la bebida, desamorado, y Julia, joven bella, discreta y de nobles sentimientos, matrimonio mal avenido de cuya mujer Pantaleón se enamora locamente. Doña Casilda, en complicidad con el padrino de Pantaleón, Don Pacomio, con malicia y exageradamente le revelan a Doña Cruz los sentimientos del muchacho. En su desesperación y atemorizada por las consecuencias que podrían tener esos amores ilegítimos Doña Cruz resuelve encomendarle al gaucho Ferrayra que se ocupe de distraer a Pantaleón llevándolo a recorrer el campo y a las pulperías para que se haga hombre lejos de sus cuidados maternos. Bien pronto la situación se revierte en forma dramática para Pantaleón que lanzado a un mundo desconocido y mal acompañado por Ferrayra y por su falta de experiencia, se entrega a la bebida, al juego, a la pelea. En una oportunidad perdió en el juego una cantidad grande de dinero que no poseía. Ferrayra, que había ganado una suma muy importante, se niega a ayudarlo, pelean y lo deja a Pantaleón mal herido. Don Pedro, que le había prestado el total de la deuda, lo descubre tirado en el suelo y se lo lleva a su casa donde su mujer lo cuida hasta que se repone. Allí Pantaleón confiesa a Doña Julia sus sentimientos; ella, que era mujer fiel y recatada, se indigna con esa declaración pero mantiene con el joven una amistosa relación basada en un sincero afecto. Pantaleón, urgido por la necesidad de saldar su deuda con Don Pedro buscó trabajo en la estancia de los Rozales, tres hermanos de pésima reputación en el pago por borrachos, ju-

gadores y ladrones. Como era de suponerse el carácter débil del mozo sucumbe ante tan negativas compañías y se inicia un verdadero deterioro de su persona. Doña Cruz, enterada de lo ocurrido paga la deuda de su hijo con la venta de sus novillos y cae enferma agotada por los disgustos que toda esta situación le ocasionaron. Doña Julia se traslada a casa de Doña Cruz para cuidarla. Un día aparece Pantaleón por su casa y tienen con Julia largas confidencias en las que se confiesan sus amores platónicos que deben permanecer en secreto. Cuando Doña Cruz se mejora y advierte que quien la ha cuidado es Julia, la echa de su casa. Luego suceden una serie de circunstancias: Don Pedro sigue ausentándose largas temporadas, Pantaleón y Julia viven en la misma casa respetándose, muere Don Pacomio y Pantaleón vuelve a su casa. Pero mal acostumbrado al juego y a la pulpería se aburre y pide a su madre que se amigue con Julia. Doña Cruz se niega entonces. Pantaleón se va a casa de Julia pero ésta no le permite quedarse. De vuelta a casa de su madre ésta lo ata, dormido, a la cama y lo azota. Pantaleón se va a lo de don Venero Aguirre. Mientras tanto muere Don Pedro y Doña Cruz manda a llamar a su hijo. Este parte inmediatamente para su casa pero ya enloquecido mata a su malacara porque no corre lo suficiente en su afán de llegar esa misma noche. A partir de ese momento Pantaleón comienza a caminar repitiéndose a cada instante: "¡He de llegar!" hasta que, alucinado con que su caballo echando fuego por los ojos se le venía encima, emprendió una loca carrera por el campo hasta que cayó muerto.

Esta novela —por momentos— tiene el sabor de esos relatos que algunos gauchos especialmente dotados (Don Segundo Sombra, por ejemplo) hacen junto al fogón a un grupo de interesados escuchas.

El romance de un gaucho es desde un punto de vista técnico la obra más acabada de Lynch. Su sentido de proporción, el equilibrio constante de los diversos elementos de la novela, la seguridad en el ataque, la medida lentitud en el desarrollo, el perfecto dominio sobre los personajes y la clara limi-

tación del ambiente dan a este libro una apariencia clásica[14]. Tanto la caracterización de los personajes como el desenvolvimiento de la acción se van desarrollando paulatinamente, con una marcha lenta pero segura hacia un final que si bien no esperamos, sentimos como el desenlace lógico de ciertos destinos humanos. En esto quizás tanto Pantaleón Reyes como Balbina se hermanen en compartir un destino signado por la fatalidad. Pantaleón es un carácter débil, impetuoso, irreflexivo, sin preparación para la vida. Se desborda cuando sale de las polleras de la madre. Su carácter va evolucionando y desarrollándose a lo largo de toda la novela. Las inmadureces del amor que siente por Julia definen mejor que nada sus propias inmadureces. La historia de su amor por Julia es la suya propia: cuando pudo lograrlo no lo resistió y enloqueció. Doña Julia es el ideal de la mujer-esposa: compañera, fiel, respetuosa. Su feminidad es exultante. Su coquetería pudorosa, su abnegación sin límites. Sintió profundamente el amor de Pantaleón y aunque éste era la única gota que podía calmar la sed de ternura y la orfandad de amor que lo producía su marido fue fiel a sus principios morales y no cedió a su amor. Doña Cruz es la mujer de la tierra. Símbolo de madre protectora e incondicional, capaz de vender sus animales para saldar la deuda del hijo perdido y capaz también de darle una azotaina al viejo estilo en su desesperación por reivindicarlo. Personaje similar a Doña Casiana de El inglés de los güesos.

La trama de El antojo de la patrona (1925) es muy simple. La patrona, mujer muy complaciente, humana, tiene un antojo: comer una perdiz. El marido, hombre bruto, no da ninguna importancia a ese antojo burlándose de ella e incluso prohibiéndole que distraiga a los peones para tan estúpido deseo. Por fin el deseo va a cumplirse. Neuquén, el perro, ha logrado cazar una perdiz. Ella lo prepara amorosamente, junto con la ensalada de mastuerzo que tanto gusta a su marido, y cuando se sientan a la mesa en un gesto que no nos sorprende demasiado, le da de comer la perdiz a su marido. Es una novela corta,

de tipo costumbrista que nos pone en contacto con escenas cotidianas de la vida del campo: la cocina, las faenas de los peones, la estancia, el mundo de los perros. Se pone de manifiesto, en esta novela, uno de los prototipos de la relación marido-mujer. El despótico, malhumorado, insensible a los sentimientos de su mujer; ella el polo opuesto, sumisa, dulce, capaz de infinitas concesiones con tal de mantener la estabilidad de la vida del establecimiento.

La evidente ironía de este cuento se manifiesta en el hecho de que sea un perro el encargado de satisfacer el único deseo de la patrona: comer una perdiz.

Palo verde *(1925)*. Sergio Aguilera —Palo Verde— joven capataz de La Colorada, es el prototipo del paisano bueno. Estando solo a cargo de la estancia una mujer con una criatura, le pide asilo por una noche. El se lo brinda y se enamora de la joven, pero fiel a su amor que no hubiera aprobado esa conducta no puede albergar más a la mujer en la casa. Esta se va dejándole las sospechas de que también ella se siente atraída por él. En esporádicos encuentros con la muchacha se afirma en sus sentimientos pero siente también su impotencia al no poder brindarle nada a esa mujer que tanto necesita de él. Enterado de que un gaucho pendenciero, Grano Malo, la está asediando, lo mata. Cuando llega el patrón quiere salvarlo frente al interrogatorio de la policía proponiéndole coartadas que él no acepta y se confiesa culpable.

El personaje central, Palo Verde, es uno de los personajes más amados de Lynch. Es fiel a ultranzas a su patrón, noble, incapaz de mentir, tremendamente tímido, trabajador, de una honradez ejemplar. Su contraparte es Cosme, el capataz de Los caranchos de La Florida que asesina por la espalda. Este mote —palo verde es el que todavía no puede arder— con que fue signado desde su niñez lo marcó para siempre ya que cuando le llegó el turno de arder lo hizo con llamas desmesuradas. A diferencia de Don Panchito, cuyo crimen resulta inverosímil, el de Palo Verde no nos sorprende porque hemos ido viendo paso a paso esa fuerza contenida que ineluctablemente lo iba a desbordar.

De los campos porteños *(1931)*. El mismo Lynch seleccionó cuidadosamente estos cuentos que pueden considerarse lo más próximo a una autobiografía de sus primeros años. En Mario, el protagonista de la gran mayoría de estos cuentos se advierte al autor y en Leo, el hermano, a su propio hermano Leopoldo Benito, un año menor que él. Ese período de su vida —el único que Benito Lynch nos permitió vislumbrar a través de sus obras— es el que va desde la infancia a la adolescencia. Especial significado tiene en estos cuentos la figura del Ruano, el potrillo que aparece en el cuento del mismo nombre y que representa la materialización de un sueño, con toda la fuerza que eso tiene para un niño. "Tan solo Mario sabe lo que significa para él, ese potrillo roano... Es su amor, su preocupación, su norte, su luz espiritual..." El ruano es el símbolo de su infancia. Es como el juguete que celosamente no se presta a nadie pero que se empieza a olvidar cuando el corazón ya puede latir por otras cosas. Y así se decide por primera vez a cederlo para un rodeo: quien se lo pide es el padre de aquella por quien había empezado a latir su corazón quinceañero. Pero Mario, ante el desdén de su amada quien lo considera demasiado joven para ella, sufre su primera decepción de amor. "¿Cómo podrá, sin morirse, llegar hasta la noche y hasta la mañana y hasta pasado y después y después? ¿Cómo podrá volver a comer y a dormir y a contemplar la entrada del sol y la salida de la luna? ¿Cómo podrá, sin que le estalle el corazón, mirar todas esas cosas que eran como de ella y que sin ella no tienen objeto algunos?" ("La chuña"). Olvidado de todo, aun de su potrillo y deshecho por la angustia de ese amor fracasado, llora amargamente en el galpón, cuando ve que su querido caballo se acerca herido hacia él. Pero el animal no puede avanzar más y cae pesadamente al suelo muriendo al mismo tiempo que sus primeras ilusiones de amor. "...Y Mario, al llorar desconsoladamente sobre los tristes despojos de su primera ilusión de amor y de su primer caballo; no advierte que yace allí, a sus pies también, otro despojo quizás más digno de ser llorado: el cadáver de su niñez, a la que acaba de matar su

adolescencia". Estos cuentos son tan realistas como sus otras obras: en la descripción del paisaje, en la vida de la estancia, en el color local, en la psicología admirablemente dada de la infancia. Pero es también un libro pleno de ternura y de poesía. Quizás por eso fue Benito Lynch un eximio cuentista, no solo porque su dominio de la técnica del cuento era perfecta sino porque supo incorporar también en esa síntesis el lenguaje condensado de la poesía.

Ana María Bruzzone

[1] Arturo Torres Ríoseco, citado por Ulises Petit de Murat, *Genio y figura de Benito Lynch*, Buenos Aires, EUDEBA, 1968, p. 66.

[2] Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1977.

[3] Susana Clauso Royo afirma que nació en el Uruguay en un artículo publicado en *La Prensa*, el 9 de enero de 1966.

[4] Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, t. I, 1974, p. 468.

[5] Julio Caillet-Bois, *La novela rural de Benito Lynch*, Universidad Nacional de La Plata, 1960, p. 79.

[6] Arturo Torres Ríoseco, Chile, *Atenea*, a. XVI, t. LVIII, n. 174, 1939, p. 309.

[7] Arturo Torres Ríoseco, Op. Cit., p. 310.

[8] Julio Caillet-Bois, Op. Cit., p. 87.

[9] Julio Caillet-Bois, Op. Cit., p. 37.

[10] Julio Caillet-Bois, Op. Cit., p. 39.

[11] Roberto F. Giusti, *"Nosotros"*, a. XVIII, t. XLVIII, p. 98.

[12] Arturo Torres Ríoseco, Op. Cit., p. 348.

[13] Benito Lynch, *El romance de un gaucho;* Buenos Aires, Editorial Kraft, 1961, p. 7.

[14] Arturo Torres Ríoseco, Op. Cit., p. 355.

DISFRAZADO DE MONO... [1]

Tiempos en los que —como muchos recordarán— entre un carnaval y otro parecía mediar, por lo menos, un siglo, y, tiempos también, en los que "La Señorita" —una graciosa adolescente— hacía enmudecer al más revoltoso de sus alumnos con la sola amenaza de enviarlo ante "La Directora", otra hermosa muchacha de veinte años... Es la hora del segundo recreo; una oleada de blancos delantales acaba de inundar el patio y, en medio del gran movimiento y bullicio, Mario Rodríguez [2] (del 3° A), con una rodilla en tierra y contraído el ceño por el despecho, trata de arreglar de cualquier modo el cordón cortado de uno de sus zapatos.

MARIO. — (*Entre dientes.*) ¡Juana, gran!... ¡La punta del muelle!...

La voz de uno de los dos chicos que acaban de pararse ante él y que le echan sus sombras sobre el zapato. —¡Che!...

MARIO. — (*Alzando bruscamente la carita agresiva.*) ¿Qué hay?...

El de la voz (*señalando con un leve ademán al chico que está a su lado, un rubito* * *"petiso", pero de aspecto recio y mirada firme.*) Dice éste que te puede...

MARIO. — (*Irguiéndose cuán alto es y echando una ojeada de excesivo desprecio sobre la persona de su indirecto provocador.*) ¿A mí?... ¡Qué me va a poder ese desgraciao!...

Y... "¡Zas!... ¡Tras!"... Instantáneamente los dos chicos se lanzan resueltamente el uno contra el otro, en tanto que cien voces pregonan por el patio la bélica novedad, a grito herido: "¡Pelea, pelea", y la bella señorita del 3° A, muy colorada, se abre paso entre los muchachos como un angelical vigilante.

LA SEÑORITA. — ¡A ver!... ¿Qué es eso?... ¡López!... ¡Rodríguez!... ¡Qué vergüenza!... ¡Ahora van a ver!

Pero es tal la furia de los dos pequeños contendores —ya sangrantes por bocas y narices— y tal el baladro que arma el mundo espectador, que en los pri-

meros momentos la señorita no es obedecida, ni tan siquiera oída.

—¡Esta torta te manda Rocha!...

—¡Tomá p'al trangüe * sarnoso!...

Y los golpes de los pequeños puños veteranos, endurecidos en cien peleas, suenan sordamente bloqueados por los hábiles brazos, hasta que de pronto: "¡Pack!"... y el rubito López, con un gemido, se encorva sobre sí mismo y se lleva ambas manos a la cara en un ademán de dolor indominable...

LOS ESPECTADORES. — ¡Oy!... ¡Un diente!... ¡Le rompió un diente!... ¡Ahí lo tiene, ahí lo tiene! ¡Ahí lo escupe!... ¡Jojo!... ¡Qué biaba! *... ¡La Madona! *.

LA SEÑORITA. — (*Metiendo ágilmente su grácil cuerpo de por medio.*) ¡Ahora van a ver!... ¡Oy!... ¡Pero qué horror!... ¡Qué grosería!... ¡Rodríguez!... ¡Vaya a la Dirección, inmediatamente, Rodríguez!...

RODRIGUEZ. — (*Compungido.*) ¡El me buscó, señorita!

LA SEÑORITA. — ¡Cállese, Rodríguez, y vaya a la Dirección!...

Y mientras la señorita, muy afligida, acompaña al vencido hasta la canilla de agua del patio y la mayor parte de los alumnos gritan, burlones y a voz en cuello: "¡Biaba, biaba!"..., Mario, entre hosco y aprensivo, marcha hacia la Dirección, restañándose la sangre que le brota de la nariz.

LA MUCHACHADA. — (*Abriendo calle.*) ¡Bravo, bravo! ¡Se la diste con "fromage"! *

MARIO. — El me buscó...

OTRO MUCHACHO. — ¡Le sacaste todas las muelas!...

OTRO. — ¡Macana! *... ¡Tres!...

OTRO. — ¿Tres?... Una sola y gracias...

OTRO. — ¡No era muela, era diente!... Yo lo vi... ¡Lo tiene el gordo Cerdotti!...

MARIO. — El me buscó, yo estaba atándome un zapato...

OTRO CHICO. — ¡Se creía que era muy guapo!...

OTRO. — A mi hermano lo buscaba todos los días.

Como puede observarse con frecuencia, lo mismo en los niños que en los hombres y en los animales, aquel golpe afortunado dio a Mario Rodríguez tal ascendencia sobre el rubito López, que este no solamente se dejaba vencer con facilidad, sino que hasta llegaba a rehuir en forma vergonzosa sus groseras y ya sistemáticas provocaciones.

—¿Querés peliar mulita * cabeza de zanagoria? *

—¡No!...

—¿Tenés miedo?

—¡No!...

Y, ceñudo y sombrío, aquel rubito (que seguía peleando y venciendo a muchachos quizás más fuertes que Mario) se marchaba a otro lugar del patio, perseguido por las provocaciones de su enemigo y aun por ciertos "torpes ruidos" * (al decir de la señorita del 3° A), que aquel remedaba y si por acaso, alguna vez, no pudiendo ya más, volvía a darle cara, era para sufrir una derrota tanto o más humillante que las anteriores...

¡Pobre rubito López! Parecía como que algún resorte de su ánimo se hubiese falseado cuando su primera pelea con Mario y tan sólo para Mario!...

LOS MUCHACHOS. — (*En coro.*) ¡Biaba, biaba!... ¡Lopecito se la dio al tano Bartolo!... ¡Juá, juá!...

MARIO. — (*Allegándose con aire de matón y las manos en los bolsillos.*) ¿Por qué no me la das a mí? (*Y al ver que el rubio se aleja encogiéndose de hombros y pese a los consejos e instancias de sus amigos, otra vez aquellos "torpes ruidos" de grosera provocación y burla.*)

Noche de carnaval en un corso. Mario Rodríguez anda disfrazado de mono negro y con un sonoro cencerro en el pescuezo. Por fin, ha logrado la aspiración encendida en su alma una noche de otro carnaval lejano, en la que otro mono negro y también provisto de cencerro, le asustó, al punto de hacerle huir llorando a gritos, desde el balcón al fondo de la casa...

Noche de carnaval y en un corso... Un carro de reclamo industrial circula cargado de diablos rojos

que distribuyen golosinas entre la muchachada bullanguera que les rodea y que les sigue disputándose la dádiva con feroz energía y con grave riesgo de caer bajo las ruedas del vehículo o entre las patas de los caballos.

LOS PILLETES. — (*A coro.*) ¡A mí!... ¡A mí, diablo!...

MARIO. — (*Bajo su disfraz de mono negro y saltando ágil como el animal que representa, a la trasera del carro.*) ¡A mí!... ¡A mí!...

EL RUBITO LOPEZ. — (*Que, disfrazado de payaso y la carita pintarrajeada, salta también al carro.*) ¡A mí... ¡A mí!...

UNO DE LOS DIABLOS ROJOS. — (*Amenazándolos con su tridente.*) ¡Eh!... ¡Abajo, chiquilines de porra! * ¡Al que se suba no le doy nada!...

Mario salta al suelo y lo propio hace el rubito López, pero con tan mala suerte que, al caer, le propina un empellón tan rudo que le hace tambalear.

MARIO. — (*Olvidado de su disfraz, al rubito López.*) ¡Animal!... ¡Siempre has de ser el mismo imbécil!... ¡Marica!... ¡Desgraciado!...

EL RUBITO LOPEZ (que no sospecha ni remotamente que aquel lujoso mono negro "con campanilla y todo", pueda ser su viejo enemigo; rojo de cólera y avanzando resueltamente hacia Mario, la barbilla agresiva):

—¿Qué hablás?... ¡El desgraciado serás vos, cajetilla * de!...

Y, como allá, en el colegio, y en tantos otros sitios, otra vez: "¡Zas!... ¡Tras!"..., con una decisión y furia tan semejantes en un principio, que no es posible establecer diferencias...

EL CORO DE MUCHACHOS. — ¡Biaba!... ¡Biaba!... ¡Juá!... ¡Juá!... ¡Metele, * Meirele!...

UNA VIEJA. — (*A un zanguango de hombre que mira divertido la escena sin tomar intervención alguna.*) Pero... ¡Vea cómo se pelean esas criaturas!...

EL ZANGANO. * — (*Encogiéndose de hombros.*) Déjelos, señora... Ansí * se les suelta la lengua...

MARIO. — ¡Petiso infeliz, yo te voy a enseñar!...

Pero bien pronto Mario comprueba con desagrado y extrañeza que el rubito López luce en la ocasión un empuje extraordinario y apura la pelea en forma nunca vista.

—¡Tomá p'al trangüe, tomá pa las calesitas!...

Dos minutos más tarde, Mario casi arrollado hasta la pared que tiene a su espalda y sintiendo manar la sangre de la nariz bajo la otra nariz de mono negro, ya no ataca, sino que apenas se defienda de los golpes de su adversario en medio de la rechifla * ensordecedora que arma la chiquillería.

—¡Ca... yó el mono, cayó el mono!... ¡Metéle, payaso, metéle!...

Y tan evidente se hace al cabo esa inferioridad del mono negro ante la acometedora eficacia del payasito pintarrajeado, que el zángano se cree, por fin, obligado a intervenir:

—¡Dejálo!... ¡Ya basta!...

EL RUBITO LOPEZ. — (*Que, enardecido, "saca golpes de todos los ángulos" * y los ubica con justeza en la pelada cara del mono negro.*) ¡Dejemé!...

EL ZANGANO. — (*Apartando con su gran fuerza de hombre al niño encarnizado.*) ¡No!... ¡Dejeló!... ¡No hay que aprovecharse, amigo!...

EL RUBITO LOPEZ. — (*Mirando al mono negro con encono.*) ¡El me buscó!...

EL ZANGANO. — ¡No le hace!...

LOS CHICOS ESPECTADORES. — ¡Biaba!... ¡Juá, juá!... ¡Biaba al otario!... *

UN VIGILANTE. — (*Rebenque en mano y con aspecto malhumorado.*) ¡A ver!... ¿Qué hay aquí?

EL ZANGANO. — Unos chicos que se peliaban...

EL VIGILANTE. — ¡Bueno, bueno!... ¡Circulen no más!...

EL ZANGANO. — Cosas de chicos...

EL VIGILANTE. — (*Alejándose.*) ¡Ah, ah!...

UN CHICO. — (*Al rubito López.*) ¿Quién es, che?...

EL RUBITO LOPEZ. — (*Despectivamente y en tanto que se quita con su pañuelo el sudor de la lucha juntamente con la pintura de su cara de payasito.*) ¡Y qué sé yo!... ¡Algún desgraciao!...

Mañana nublosa y melancólica de un miércoles de Ceniza... [3]

"¡Qué eternidad la que habrá que aguardar hasta el sábado para reanudar la jarana!" *.

El rubito López y una criatura de cuatro años apenas y que por varios detalles fisonómicos debe ser su hermano, están contemplando desde largo rato la vidriera de cierto bazar que expone, entre otros, cien artículos carnavalescos, caretas, pomos, globitos, etc.

EL HERMANO DEL RUBITO LOPEZ. — (*Señalando con un dedito sonrosado una careta de alambre.*) ¡Esa!... Yo quiero ésa.

EL RUBITO LOPEZ. — (*Medio recostado en el mármol de la vidriera.*) No; la otra, ésa de lión... *

EL HERMANITO. — ¿Vos no le tenés miedo a los liones?...

EL RUBITO LOPEZ. — Yo no...

EL HERMANITO. — (*Con sincera admiración.*) ¡Vos no le tenés miedo a nada!...

MARIO. — (*Que aparece de pronto doblando la esquina inmediata y haciendo esfuerzos penosos para acomodar cierto bulto al parecer muy pesado que trae bajo el brazo.*) ¡Ta * que lo pan con queso!

EL RUBITO LOPEZ. — (*A su hermanito, después de advertir a Mario con sorpresa y disgusto.*) ¡Vamos, che!...

EL HERMANITO. — ¡No!... ¡No quiero!...

EL RUBITO LOPEZ. — (*Arrastrándolo consigo.*) ¡Vamos, te digo!...

MARIO. — (*Después de depositar sobre el mármol de la vidriera y con un gesto de alivio su pesado bulto.*) ¡Que te rajen *. (*Reparando en el rubito López que se aleja.*) ¡Ah!... ¡Te vas mulita, no querés peliar!...

DON PAJARITO

Mientras la negra y enorme locomotora, chirriante y envuelta entre el blanco vapor de sus escapes, "toma agua" [4] en el tanque, el largo tren polvoriento tendido ante la pequeña estación de campaña y medio borrado por las reverberaciones del sol canicular, se diría un gusano blancuzco al que comienzan a explorar las hormigas.

Juan Churching, que en traje de campo y con un valijín en la mano acaba de apearse en el andén, escucha a su amigo el "gordo" Zamora, que debe seguir viaje "para afuera" *, y que asomada la redonda y rubicunda cara a una de las ventanillas, le reprocha su imprevisión:

—¿No ves?... No hay nadie... ¡También es ancheta * la tuya no hacerle un telegrama al otro!...

—¡Y qué quieres!... Yo sé que él me lo ha recomendado muchas veces, pero me olvidé ayer, y hoy ya habría sido inútil por tardío...

Y Juan Churching, volviendo la cabeza para mirar atrás, añade con cierto optimismo, que en realidad nada justifica.

—Pero..., ¡no importa!... Pierde cuidado, que ya me arreglaré de algún modo...

Y como en ese momento acierta a pasar por allí el jefe de la estación, el mozo se apresura a preguntarle si no ha visto por casualidad a alguna persona de La Clara, de la estancia de Sánchez.

—No, señor —contesta el jefe—. Hoy no vino nadie de lo de don Ramón —Y añade en seguida, y después de examinar el continente de su interlocutor—. ¿Va para allá, quizá?

—Sí, ¡caramba!... Y no he tenido tiempo de avisar por telégrafo para que me mandaran caballo... Dígame, jefe: ¿no habrá por aquí algún hombre?...

—¡Ah!... ¡Caray! * —Y el jefe, como desolado, agrega, mirando hacia todas partes—: ¡Caramba!... ¡Cómo lo siento!... Vea, recién, recién andaba por aquí un paisano que iba precisamente para ese lado... (Divisando a su hombre). —¡Vea, vea!... ¡Allí está!... ¡En la tranquera!... ¡Ese de barba y

del caballo tobiano!... * ¡Háblelo!... ¡Apúrese, que se va!...

—¡Ah!... Gracias, ¿no?

Y echando a correr, Churching llama al paisano a gritos:

—¡Chist!... ¡Oiga, amigo!...

—Güenas tardes...

—¡Buenas tardes, amigo!... Me dice el jefe de la estación que usted pasa por La Clara... ¿No podría hacerme una gauchada?...

El paisano, después de lanzar una mirada curiosa a su interlocutor y otra más curiosa aún al "gordo" Zamora, que se allega, sofocado por su "tremenda carrera" de treinta metros:

—¿Y?... Asigún... *

—Vea, nada más que hacerle decir al patrón, a Sánchez, que Churching, Juan Churching está aquí en la estación, y que le mande caballo...

—¡Ah, ah!... ¿Cómo dijo el apelativo?

—"Chérching"... "Chérchig"... Juan "Chérchin"...

Y el mozo, en su afán, se esfuerza en pronunciar lo mejor que puede su propio apellido, hasta que el "Gordo", impaciente, interviene con su habitual vehemencia:

—Pero... ¡hablale claro a ese hombre!... ¡Qué "Chérching" ni "Chérchig", si nadie te dice así!... —Y añade en seguida, dirigiéndose al paisano, que al verle tan gordo, se admira con una vaga sonrisa—: ¡Diga Chúrching, amigo; Chúrching, a la criolla, si quiere que le entiendan!...

Pero, como ni aun con eso el paisano se da por ilustrado, y previene que "es medio dificultoso ese apelativo *, y le parece que no se va a acordar, el "Gordo", nervioso, porque ve al jefe de la estación aproximarse ya a la campana para dar salida al tren, aconseja a su amigo, y a tiempo que se registra inútilmente los bolsillos:

—Pero..., ¡escríbelo!... ¿No tienes ahí un lápiz?

—¡Ay, no!... ¡Caray!...

Y al igual que el "Gordo", el mozo palmea y explora sin fruto sus bolsillos. Entonces Zamora insiste ante el paisano:

—¡Pero si es muy fácil, amigo!... ¡Chúrching!... ¡Chúrching!... ¿Cómo no se va a acordar!

Al oír esto, el paisano levanta su caballo, y dice en tono resignado:

—¿Y?... Güeno... Vamos a ver...

—¡Buenas tardes, y gracias!... ¿Eh?..|

—¡De nada!...

Pero en el momento en que el paisano pone su caballo al galope y en que los dos amigos se disponen a echar a correr, porque acaba de sonar la campana, el "Gordo" tiene una "idea luminosa", y grita de nuevo al gaucho con voz estentórea:

—Chúrching, amigo!... ¡Chúrching!... ¡Acuérdese de churrinche! *...

—¡Callate, hombre... y apurate, que se te va el tren!...

Le reprende su amigo; pero mientras corren, el "Gordo", resoplante, porfía entre dos resuellos:

—¡No creas!... ¡La asociación..., la asociación de ideas!...

Son las cuatro de la tarde, y el joven patrón de La Clara, que con tanto apuro como escasez de gente está bañando una majada de ovejas, no hace más que mirar hacia el disco del sol, temeroso de que le falte tiempo para acabar en el día con aquel empeño.

De manera, pues, que cuando uno de los dos peones que están allí, a su lado, en el brete * agarrando y zambullendo a los animales en la larga y angosta pileta, le señala la presencia de un forastero en el palenque, el patrón no puede reprimir su fastidio:

—¡Oh, qué jorobar!... ¿Quién es?

—No sé, patrón; no lo vide nunca...

—¡Andá a ver qué quiere!

Y mientras el peón, después de saltar los "lienzos" * del brete, se aleja hacia el palenque con la lentitud de aquel a quien tiene sin cuidado que el trabajo se termine o no, el patrón, en cuerpo de camisa y las mangas recogidas hasta los codos, se lanza bravamente a substituirle en la ruda tarea de agarrar por una pata erizada de flechilla * y que cocea con la energía y velocidad de un martinete *, a los vigorosos animales; de empuñarlos después por el cogote y de precipitarlo por último, de cabeza, en

el líquido * amarillo de la pileta, y es posible que en el vértigo de la faena, el patrón se haya olvidado ya de la presencia del forastero en el palenque, cuando la voz de su peón le hace erguirse ceñudo y con la cintura dolorida.

—Es uno que viene de la estación...

—¿Eh?...

—Es uno que dice que viene a avisar de que en la estación hay uno que quiere que le mande caballo...

—¿Caballo?... ¿Y para qué?...

—¿Y, pa venirse p'acá, será?...

—Pero..., ¿quién es?... ¿Te dijo quién era el que pedía caballo?

—Dijo que se le ha olvidao el apelativo, pero que se llama Pedro o Juan, y que era un mocito al...

—¡Oh, qué embromar!... ¡También, vos, para trasmitir encargos!... ¡A ver!... ¡Ponete * a agarrar de una vez!

Y sin más, el patrón, fastidiado, salta los "lienzos" y se va apresuradamente hacia el palenque, bajándose las mangas y arreglándose el pañuelo del cuello, en la inconsciente mecánica de su arraigada civilidad.

—Güenas tardes...

—¡Buenas tardes!...

—¿Usté es el patrón, no?

—¡Sí, soy yo!...

—En la estación está uno que me pidió de favor que le avisara si a ver si le iba a mandar caballo pa venir...

—¿Ah, sí?... ¿Y quién es?... ¿No le dijo el nombre?

—Ya le dije a ese mozo que del apelativo no me recordaba, pero que se llamaba Pedro o Juan... No sé... Uno alto, delgadito...

El patrón no puede menos que sonreírse.

—¡Caray!... Pocas señas son... —dice.

Y el gaucho, alzándose de hombros, le replica a su vez:

—¡Qué quiere!... ¡Un apelativo más arrevesao *!

El patrón, indeciso, se muerde el índice diestro, doblado en forma de gancho:

—Dígame... ¿No sería Greme, Pedro Greme, el resero?

El gaucho menea la cabeza, y sonríe:

—¡De ande! *... ¡No, señor!... A don Pedro Greme lo conozco...

El patrón se rasca la nuca furiosamente:

—¡Caray!... No sé entonces... ¿Juan?... Me hubiera hecho telegrama... ¡Oh!... ¡Qué jorobar!... ¡Estoy trabajando con apuro y no voy a distraer a un peón para ir a buscar a quién sabe quién!...

Y como el patrón se queda mirándole de hito en hito * e interrogadoramente, como si el gaucho aquel fuera el llamado a solucionarle su asunto, el hombre dice suavemente:

—Ansí me dijo a lo menos...

Y se queda a su vez mirando al mozo, hasta que empieza a interrogarle de nuevo:

—¿Cómo era el hombre?

—Ya le digo: alto, delgao él..., muy pitador *... Se traga todo el humo...

—Sí, pero... el nombre, el nombre... ¡Caramba!... ¿No se acuerda?

—¡Y!... Ya le digo: Juan o Pedro, le sentí decir...

—¡Caray! —Y después de meditar por espacio de algunos segundos, el mozo, en su perplejidad, se pone a explicar a aquel gaucho desconocido y como si a éste pudiera importarle su situación—: ¡No!... ¿Sabe?... Porque la vez pasada ya sucedió que un vago de la ciudad se permitió pedir caballo para venir a fastidiar con empeños *...

—Y, ansí será...

—¿Pedro?... ¿Juan?... ¡La gran perra!... ¡Yo no le mando nada, qué embromar!...

El gaucho, al oír esto, tan definitivo, recoge el caballo para marcharse y dice, alzándose de hombros:

—¡Y güeno!... Yo ya cumplí... ¿No?... Y me via dir * diendo si le parece, que se me hace tarde...

Pero el patrón, que siente, sin duda, algún resquemor de conciencia, le detiene aún, con la voz y el gesto:

—¡Espere!...

—¡Ah, ah!...

—Dígame, dígame una cosa: ¿nada se acuerda del apellido que le dio el hombre?... ¿Nada, ni siquiera algo parecido?... ¡A ver!... ¡Haga memoria...

—¡Pts!...

Y el gaucho, entonces, inclinando la cabeza e introduciendo una mano en su greña por debajo del ala del sombrero, se pone a hacer gestos que demuestran a las claras la sinceridad de su esfuerzo, hasta que por fin y con un gran talerazo * sobre las cabezadas del basto, exclama, alborozado:

—¡Ya está, caray!...

—¿Ah, sí?... ¿Cómo era, amigo?...

—¡Vea!... ¡Era algo ansí como pajarito!

POLLOS Y MIRASOLES

Ambiente de sociabilidad, pero tormentoso de intereses políticos encontrados, de impaciencias y de rencores. Pequeños grupos cuchicheantes y casi hostiles entre unos y otros, y de vez en cuando alguna risotada tan insólita como unánime, denunciando "un impacto"...

En uno de los ángulos más apartados de la sala, un anciano y un joven conversan en voz baja, pero no en secreto, y la expresión malhumorada del primero contrasta vivamente con la amable y casi risueña de su interlocutor.

EL ANCIANO. — Ya le digo: para mí, que no están haciendo más que barbaridades...

EL JOVEN. — ¿Usted cree don X?...

EL ANCIANO. — ¡Claro, pues, amigo!... ¿No ha visto cómo están nombrando a todo un mundo de gente insignificante o descalificada, habiendo entre nosotros tantos hombres dignos y capaces?... ¡Parecería a veces que se hubieran vuelto locos, palabra de honor!...

EL JOVEN. — ¡Oh, don X, no diga eso!...

EL ANCIANO. — "¡No diga eso!"... Vea: sin ir más lejos, ahí tiene el caso de Pedro Juan; un mozo honorable, inteligente, un distinguido universitario, y lo hacen a un lado para nombrarlo al compadrito * Z...

EL JOVEN. — Sí, ya supe...

EL ANCIANO. — ¿Y qué?

EL JOVEN. — Era lo que tenía que suceder...

EL ANCIANO. — No comprendo...

EL JOVEN. — ¡Claro, lo que digo siempre!... El mirasol y el pollo... Pedro Juan es un blanco mirasol muy interesante, pero tan inmanejable como chúcaro * y Z un vulgar pollo, pero un pollo bien domesticado y "bien mandao" *.

EL ANCIANO — ¡Bah, bah, bah!... ¡Ya empezamos!...

EL JOVEN — ¿Qué, don X?...

EL ANCIANO. — (*Con expresión fatigada y contrayendo mucho las cejas*). Que no entiendo, m'hijito...

EL JOVEN. — Ahora lo va a entender, don X. ¿Supongo que usted sabrá lo que es un mirasol?...

EL ANCIANO. — ¡Caray!... ¡Qué sé yo!... ¿No es una planta?...

EL JOVEN. — No, señor.

EL ANCIANO. — ¿La que da esa semilla que comen tanto los rusos?...

EL JOVEN. — No, señor.

EL ANCIANO. — No sé, entonces...

EL JOVEN. — El mirasol, don X, es una ave, una zancuda, una garceta tan blanca que ha merecido ser denominada por la ciencia con el nombre de "Leucophoix candidissima"... Habita las lagunas o arroyos de nuestra provincia porteña, se alimenta de peces, tiene en las alas algunas plumas que en cierta época, y por razones de moda, llegaron a alcanzar un valor extraordinario... ¿Se acuerda?...

EL ANCIANO. — (*Aunque no lo recuerda.*) ¡Ah, sí!... ¡Ya lo creo!... ¡Cómo no!...

EL JOVEN. — Bien. Es un pájaro interesantísimo por mil conceptos... En su medio luce una limpieza y blancura que asombran... ¡Nieve, jazmín, azúcar, don X!... ¡Un verdadero símbolo de la pureza y lo impoluto, con el agregado de una fina silueta, completamente a la moda!... No obstante, se traga "con toda limpieza" un pejerrey de una cuarta, y come, cuando se amansa, carne cruda en tal proporción que al hacer números uno se admira que puedan existir vacas en las cercanías de las grandes lagunas...

EL ANCIANO. — ¡Está bueno!...

EL JOVEN. — ...Tiene las patas de color verde Nilo y un hermoso penacho blanco, que tan sólo alza cuando se pone colérico...

EL ANCIANO. — ¡Está bueno!...

EL JOVEN. — Además, ofrece una particularidad que en muy pocas aves puede observarse: el mirasol suele adoptar indistintamente, y sin motivo aparente, los aspectos más diversos; unas veces parece un desdichado enfermo, el pájaro más desgarbado de la creación, y otras veces un ave llena de gracia y gentileza en todas sus actitudes y movimientos... ¡Palabra de honor, don X!...

EL ANCIANO. — Está bueno... ¿Y?...

EL JOVEN. — Como usted recordará, don X, yo siempre fuí muy aficionado a criar esos simpáticos animalitos del campo, que tienen la rara virtud de poder convivir con las plantas, porque no se las comen ni las destruyen... ¿Me comprende, don X?

EL ANCIANO. — ¡Sí, hijo, sí!...

EL JOVEN. — ...Teros * teros reales, gaviotas, bandurrias *, etcétera... Son pequeños de cuerpo, y además ni omnívoros ni vegetarianos... Una vez tuve un carpincho * muy manso y grande como un cerdo y una graciosa cierva de los pantanos; pero al poco tiempo no más debí deshacerme de ellos: la cierva se alzaba de manos para comerse las hojas de los árboles lo más alto que le era posible, y el carpincho completaba el daño royendo la corteza de los mismos hasta llegar a la madera...

EL ANCIANO. — ¡Está bueno!...

EL JOVEN. — Bueno, volviendo a mi asunto: yo había criado desde los tiempos de la niñez muchos animalitos de tipo inofensivo para las plantas, pero nunca, hasta entonces, un mirasol... Recordaba su extraordinaria blancura, su fina silueta recortándose sobre el verde fondo de los juncales de "mis pagos" y hasta los mil elogios que tenía oídos sobre la mansedumbre de estos pájaros una vez domesticados: "Un hombre que vivía solo en su estancia, un misántropo, poseía una veintena de ellos, tan mansos y encariñados con su compañía que todas las mañanas, y apenas amanecido, se entraba por la ventana de su alcoba como una bandada de lirios alados para despertarle con su saludo silencioso"...

EL ANCIANO. — Curioso..., ¿no?...

EL JOVEN. — Bien; y sucedió —como suele ocurrir con frecuencia— que habiendo insinuado en varias oportunidades mi deseo de poseer algún ejemplar de mirasol, obtuve, otras tantas, las más calurosas y firmes cuanto vanas promesas:

"—¿Un mirasol?... ¡Caramba, nada más fácil!... Vea: en cuanto me vaya (a Tres Arroyos, o Bragado, o a Dorrego, o a Veinticinco de Mayo) le via mandar una punta... ¡Ah, ah!... Saben andar ansina * en las lagunas"...

"Y mi interlocutor juntaba los extremos de sus

dedos para darme una idea del apeñuscamiento de aquella abundancia...

"—No, uno no más —replicaba yo avergonzado de tanta generosidad—; uno o, a lo sumo, "ya que es tan gaucho", un casal o una pareja...

"Mas aquel hombre, y como él otros muchos, insistían resueltamente en la munificencia del futuro envío: "¡Caray, había tantos que no se explicaban cómo no conseguí antes cuantos quise!...

"Sin embargo, transcurrieron muchos años sin que pudiera tener el gusto de ser dueño de un mirasol. La gente olvidaba sus promesas o la simpática zancudita había desaparecido de los arroyos y lagunas de la provincia. Un día, por fin llegó un ejemplar a mis manos, y no de lejos, como podría usted suponerlo... ¡No, señor!... De ahí no más, casi a la vuelta de mi casa. Una señora me lo ofreció graciosamente: no sabía qué hacer con aquel "bichito" que le habían regalado, y el que, pese a su delicadeza y blancura, lucía cierta libertad de costumbres que no se avenía con los patiecillos de lustrado mosaico..."

EL ANCIANO. — ¡Ah, claro!... ¡Animales en las casas!

EL JOVEN. — Pero para mí, encaprichado desde tantos años en tener un mirasol, el ofrecimiento de la distinguida dama me resultó tan inesperado como emocionante...

EL ANCIANO. — (*Con una pálida sonrisa.*) ¡Está bueno!

EL JOVEN. — Bien: como desde los tiempos de la niñez yo tenía, como ya le dije, cierta práctica en eso de criar animalitos inútiles, y como me habían ponderado tanto la facilidad con que se domesticaban los mirasoles, no pude sospechar el trabajo que me iba a proporcionar mi nueva e interesante adquisición zoológica. La graciosa zancuda, con su blanco penacho plegadizo y sus finas patas verdes Nilo, no quería saber de sociabilidad ni tan siquiera de comida, esa comida que yo le brindaba a cada momento en la forma más generosa y más variada. Su único deseo, su único afán parecía ser el de irse, el de huir de cualquier manera y hacia cualquier rumbo, ya

volando penosamente con sus despuntadas alas, ya escalando muros, ya trepando a los árboles... ¡Ah, don X!... Y para que se vea una vez más lo que va de la teoría a la práctica en todas las cosas: los mirasoles habían sido para mí, hasta entonces, unos pájaros de laguna o de bañado, pájaros de agua y de playa, y que en toda su vida no se posarían en nada más alto que un albardón *, y resultó —a juzgar por aquél al menos— que son habilísimos trepadores, y que aunque no hayan visto árboles nunca, suben a ellos igual que un loro o una cotorra...

EL ANCIANO. — ¿Sí?...

EL JOVEN. — Sí, señor; y así, de árbol en árbol y de muro en muro, el muy bandido se iba alejando.

EL ANCIANO. — ¿No comía?...

EL JOVEN. — No, señor, no comía, "se negaba a la ración" * como dicen los compositores * de caballos, miraba con la mayor indiferencia los manjares más tentadores para un pájaro de laguna: filetes de pejerrey, morrallas *; tiernas carnes asadas, cocidas, fritas o crudas, etcétera... ¡Nada!... El huía de todo eso, como si en vez de comida se hubiese tratado de terribles venenos... ¿Salvajismo, timidez, tontera, desinterés, indiferencia?... No no sé ni lo supe nunca, don X. Lo cierto es que así lo llamara con las más suaves inflexiones de voz y los más cariñosos nombres inventados ex profeso, él se iba, se escapaba, o por lo menos se quedaba allá, en lo alto de un árbol, alargando el pescuezo... ¡Ah, ah!... ¡Qué diferencia con el otro, con el manso, con la porquería! Educado en la escuela del pedir y de la arrebatiña desde su más tierna edad, tenía que resultar lo que era: maestro en el arte de solicitar, ejemplo de servilismo y mansedumbre, campeón de cinismo y de atrevimiento...

EL ANCIANO. — ¡Eh!... No entiendo... ¿Quién, che?...

EL JOVEN. — El pollo colorado, don X. Había un pollo "Rhode Island Red" *... No sé si sabe de razas y de pollos...

EL ANCIANO. — Sólo sé cuando los como si están duros o tiernos...

EL JOVEN. — ¡Ah, claro!... Pero no importa

para el caso... Había, como le digo, un cierto pollo colorado, grandullón y sinvergüenza, que complicaba enormemente mi ya difícil tarea de atraer al tímido y albo mirasol... Desgarbado, enorme y nada precoz, tan sólo se preocupaba de comer, y, como era vigoroso y ágil, no había manera de evitar que se evadiera a cada rato del gallinero, pese a la altura de los cercos y la desventaja de las alas cortadas... "¡Venga, mirasol; venga, pobrecito!"... Y ya estaba el gran pollo en mi presencia, ejecutando grandes saltos por alcanzar la comida que yo tenía preparada para atraer al otro animalito, a lo nuevo, a lo curioso, a lo que se salía de la vulgaridad brutal del gallinero:

"—¡Fuera, porquería, logrero...! ¡A jorobar a quien no te conozca!...

"Y tan sólo a fuerza de mucho rigor conseguía mantenerlo alejado algunos pasos, para continuar con voz cansada llamando al mirasol, que una vez más se alejaba presuroso e iniciaba su ascensión penosa a algún árbol, en su afán indominable de huir de mi cariño interesado y de la vecindad de aquel animalote tan bien entrenado para la "pedigüeñería" * y el asalto... ¡Y ahí tiene usted lo curioso, don X!... Si bien es cierto que yo hubiese cambiado al tal pollo y a mil más como él por conseguir la domesticación del mirasol, en la que estaba empeñado, también no es menos cierto que acababa por cansarme del inútil esfuerzo y por entregar al cabo los filetes de pescado o carne a la más próxima de todas las aves del gallinero, y que era aquel pícaro pollo impertinente y atrevido que los estaba aguardando desde hacía rato con tanto interés como optimismo... ¿Comprende, don X?... La fracción política a la que pertenece Pedro Juan (a) "El mirasol", ha estado por espacio de horas con la mano levantada enseñándole la carne y llamándole con los más dulces nombres, pero como él no bajó del árbol en donde estaba alargando el pescuezo, sus amigos, que ya no podían aguardar más, concluyeron por darle la carne al pollo Z, que, sin timidez y sin desmayos, trataba de alcanzarla a grandes saltos..."

LA VIRGEN DEL CARMEN

Estaba lo más afanoso clavando una estaca p'atar el caballo a soga, cuando el patrón se me allegó y me dijo muy serio:

—A ver, Sergio, si dejás de andar haciéndote el zonzo...

Me di güelta más colorao que una brasa e leña juerte:

—¿Yo patrón?

—Sí, ¡vos!... Ya sabés que estamos en una casa seria y que no quiero que me hagan macanas. ¿Has entendido?

—¡Ah!, ¡ah!

Y aquel "¡Ah! ¡ah!" me salió abajito como resuello * e peludo azonzao... ¿Qué iba a alegarle? * Demasiado sabía a lo que se refería. Toda la tarde había andado otra vez, atracándomele * a una e las hijas de un puestero de La Estancia; aquella de los ojos negros y de la pollera overita *... Ella me había mirao, yo la había mirao; ella se había puesto colorada y yo también de juro *...

Después, cada que la moza dentraba en la cocina y que era p'a mí mesmamente * como si dentrara el sol, yo le decía alguna picardía y ella se raíba * y todos nos raíbamos... Nada más... Pero por lo visto aquello estaba mal hecho... ¡Jué * pucha! —pensé arrodillao delante de la estaca como si hubiera sido la imagen de algún santo. ¡Jué pucha! ¡Suerte negra la mía! ¡Basta que me guste hacer algo pa que en seguida resulte que es cosa mala!... Y estaba tan abombao * en aquel momento, que ni siquiera se me ocurrió preguntarle nada al patrón y me quedé ahí nomás, sin moverme, hasta que él se jué* caminando despacito y componiéndose el pecho como tenía él costumbre...

Pero, después, comenzó a agarrarme un coraje bárbaro: ¡Estaba güeno! Al fin y al cabo, ¿qué había hecho yo de malo? ¿Atracarme a una muchacha linda? Eso, a mi ver *, no es cosa fea en ninguna parte, ¿y él mesmo acaso no estaba chumbándonos * siempre pa que no juésemos zonzos?... Me acordaba per-

fectamente cómo se había raido una vez del indio Soto, uno de los compañeros, porque asegún se supo había andao medio lerdo en cierta ocasión de naguas *...

¿Y él? ¿acaso él mismo no se había estao también toda la mañana "pico a pico" * con la moza esa, recién llegada de Güenos Aires y que asigún decían, era cuñada de don Frutos, el patrón de la estancia?

Y a medida que pensaba ansí, siempre arrodillao delante e la estaca aquella, se me iban aclarando los pensamientos en el cerebro: "Yo debí decirle esto, me decía yo debí respuenderle * aquello... Yo debí preguntarle tal cosa"... En fin, sabido es, cómo todos somos de diablos después que se ha pasao la ocasión y cuando las cosas ya no tienen remedio... Porque si yo me hubiera explicao en vez de quedarme callao como bobo, dejuramente * que el patrón se habría dao cuenta de que no tenía por qué reprenderme: ¿Y de hay?, me gustaba la moza y si me le atracaba era con güen fin... ¿Qué iba a decirme el hombre?

Pero con mi silencio le daba aura motivo pa que se afianzase en su sospecha. Me había confesao culpable de un delito que no había cometido y, que recién por primera vez en la vida, me resultaba repunante *...

¡Si el patrón hubiese sabido!... Yo lo quería mucho, es verdad; todos los queríamos, porque era muy gaucho * y muy güeno * con nosotros. Pero, si el patrón hubiese sabido! Donde * que yo vide los ojos de aquella mujer todito cambió para mí... Parece mentira! Y el patrón mesmo dejó de ser pa Sergio Pardales, lo que había sido hasta entonces, es decir, todo!... De un día pa otro y con sólo galopiar doce leguas, yo, que ya me había galopiao medio país, me hallé e golpe y porrazo con la única carta destinada a empardar * aquel cariño...

¡Jué pucha! ¡Cómo somos los cristianos! Cuando el patrón vino a establecerse en Córdoba y me trajo * con él, yo era apenas un cachorro y el finao mi padre que * supo ser capataz de arreos y que asigún decían, tenía una gran admiración * por aquel mozo que a

los veinte años, era ya todo un hombre de negocio, me recomendó a él al morir...

Mentiría si dijese que no jué * como un hermano, como otro padre pa mí... Nunca me dejó su * lao y con él aprendí a trabajar y ser de endeveras *... El patrón era para mí el hombre más güen mozo que había en el mundo, y el más corajudo y el más laido y el más escrebido * también y por más que sabía decirnos en muchas ocasiones, que él se había criao en el campo como nosotros y que tenía muy pocas letras, yo no le craiba, porque siempre lo vide desenvolverse con cencia y habilidá en cualquier alegación o plaito.

El patrón tenía una linda letra, sabía de números y leiba muchos libros. Allá, en su dormitorio de las "Piedras Negras", tenía una punta e todos pelos; blancos, coloraos, overos y hasta mapas en las paredes ...[5]

Pero lo que más admiraba yo en aquel hombre, alto, bien plantao y con una barba renegrida, que parecía de pura seda, era el coraje[7]. Nunca le conocí una arrugada * nunca vide a naide —y eso que por aquel entonces solía trompezarse uno con cada toro *— que le pusiese el pie delante al patrón...

Peliaba con el cuchillo, con el rebenque y en ocasiones con una bajera * o con el freno, raindo *, como si estuviera jugando...

Ansina lo respetaban también hasta los más malevos. De no, vean: supimos tener de lindero en las "Piedras Negras" a un tal don Praxedes Gómez, hombre malo y atropellante * si los hubo. No tenía el tal paz con naides y estaba resabiao * a tratarle * a todo el mundo. Cuando se mamaba *, y eso le acontecía a cada rato, no volvía a su casa hasta no haber lastimao a alguno y entuavía la agarraba a rebencazos a la pobre mujercita.

Sin embargo, con el patrón no se había medido nunca; cosa que anque * nos parecía muy bien, no dejaba de extrañarnos. Ya he dicho que era un hombre que parecía no tener respeto por naides...

Hasta que al fin un día —me acuerdo patente como si juera hoy— era un anochecer de invierno...

llegó un vasco que el patrón ocupaba en formar un montecito e sauces, allá por los linderos de aquel mal hombre... Venía el pobre vasco pálido como un dijunto * y echando los gofes *. En resumidas cuentas, que el tal don Gómez, incomodao no sé por qué razón a causa e la plantación de los árboles, se había allegao allí y una por una había arrancao todas las estacas...

A todos nosotros se nos encogieron las entrañas y nos quedamos al saber la noticia como si nos hubiesen echao un balde de agua fría por el lomo. "¡Al fin llegaba lo que tantas veces habíamos recelao! *". Lo mirábamos al patrón con los ojos como patacones * y pudimos ver que le blanquiaban los dientes en lo escuro...

—¡Está güeno! —dijo al cabo, armando un cigarrillo y luego muy tranquilo y dirigiéndose a mí: "En frename * el zaino vos ché, y ponémele una caronilla! *"... Después, sin más se dentró en su dormitorio.

Nosotros nos arremolineamos en el patio como hacienda * baguala.

—No hay que dejarlo ir solo —dijo el indio Soto, que era medio diablo —el patrón es muy confiao...

—¡La pucha! —dije yo— ¿pero cómo vamos a hacer, el patrón no quedrá? *

—¿Y?, lo seguimos de lejos —apuntó el cordobesito Jesús, persinándose como tenía él costumbre cada vez que iba a sacar el cuchillo en alguna tremolina *...

En esto, apareció de nuevo el patrón. No sé qué arma habría alzao porque no se le vía, pero en fija que debió * ser un como especie e machete que sabía * usar de caronero *...

Le acerqué el zaino y el patrón lo saltó limpito afianzándose en las crines.

—¡Hasta luego! —dijo— ya vengo, y salió de galope...

Nosotros nos quedamos un momento quietos, resollando juerte y después atropellamos pa la ramada * ...No había más que un nochero * atao a la soga, ¡Jué pucha! Aura me río... ¡Entonces no me raiba!

¡Tanta era la angurria * y la priesa * que teníamos los cuatro, que un redepente nos hallamos el indio Soto y yo, enhorquetaos * en el bayo * y los otros dos afanaos también por intentarlo! *...

—¡Virgen del Carmen! —decía Jesusito, persinándose *. ¿Cómo vamos a dir los cuatro en el mancarrón? * Mejor es que vaya Soto y eche la tropilla...

Pero el indio estaba hecho una juria:

—¡Qué tropilla, ni tropilla, la tropilla estará aura por la loma e la m!... ni hace que vayamos todos en cuadrilla como avestruces! y sin decir más, le cerró las piernas al bayo que se abrió cancha * y salió de galope llevándome en ancas...

Jesusito y el otro, un tal "Penacho blanco" por mal nombre, dudaron un momento y después se largaron a trotiar de a pie detrás de nosotros, resollando.

Siempre me acordaré de aquel viaje... Apenas habíamos galopiao un par de cuadras, cuando el bayo se nos hizo un ovillo y ¡allá juimos de cabeza el indio Soto y yo, de la manera más puerca del mundo!...

Renegando volvimos a montar, en ocasión que los de a pie nos alcanzaban ya, con tamaña lengua de juera y el corazón que se les salía por la boca...

Pero no hubo necesidad de dir más lejos: "Penacho blanco", que tenía mucha vista, nos gritó todo atorao * por la fatiga: ¡Gracias que ya güelve!

En efecto, no tardamos en ver que el patrón de güelta ya, estaba abriendo la tranquera...

Cuando se allegó a nosotros, se quedó sorprendido de vernos:

—¡Qué están haciendo aquí?

—Nada, patrón —le contestó el indio Soto, que sabía ser medio atrevido— Andábamos viendo de agarrar algún peludo *...

El se riyó y sin decir una palabra, nos volvimos todos pa las casas... ¿Qué pasó entre aquellos dos hombres? Nunca pudimos saberlo, en rigor de verdá. Pero la cuestión jue, que al otro día bien de mañana, el indio Soto que andaba de recorrida, se lo halló

al tal don Gómez con dos de sus mensuales, muy afanao en deplantar todos los árboles...

Ansina era el patrón y lo pior del caso es que pretendía que de la mesma laya juéramos nosotros... Del indio Soto y de "Penacho blanco" no dijo nada... Aparte de ser hombres hechos y corridos renguiaban * de la mesma pata; les gustaba floriarse * en las pulperías con el cuchillo en la mano. Pero... pa Jesusito, que en todo vía pecaos y pa mí, que era el más cachorro, ¡a veces las ideas del patrón se nos hacían cuesta arriba!...

—¡Nunca busquen a naides —sabía decirnos— pero nunca por debilidá le desimulen a naides tampoco lo que no les guste; que el que aflueja en las chicas, suele después por la costumbre afluejar en las grandes!..."

...Y, digan que el hombre se hace pronto aguerrido, ¡pero, lo que es los primeros tiempos el patrón me hacía pasar cada calor!...

—"Mirá, Sergio, que ese endevido * te ha arrempujao al atracarse al mostrador, como si jueras tranquera!..."

—¿Arrempujao?, ¿Sabe que no le he alvertido, patrón? —y me ponía colorao hasta las orejas...

—Sí, hombre, y no te quedés ansina ¡andá y echale una copa de guindao por el hocico pa que no sea compadre!...

¡Y no habéa güelta que darle!... Ansina tenía yo también las manos e tajos!... ¡parecía desollador de salero!...

¡Pero era güeno el patrón, y salvo los respetos debidos, como un hermano pa nosotros!

Yo lo vide en una ocasión en que a Jesusito lo apretó el caballo, en un aparte * novillos, allá, puel lao de Sampacho, pasarse todita la noche a su lao, pa poderle dar la melecina *...

Güeno y era ese hombre sin embargo, el que acababa de dejar de golpe y porrazo, de ser todo pa mí, porque el juego de unos ojos negros que vía por primera vez en la vida, se me había ganao en el corazón y comenzaba a enloquecerme...

2

Jue aquella noche una noche tormentosa. Rejucilaba a todos los rumbos y habían tanta calor y tanta sabandija, que después de cenar apagamos la luz de la cocina y nos salimos todos ajuera, pa ver de agarrar un poco de aire...

Los patrones habían salido también y se les vía en grupo, sentados en sillas debajo del gran algarrobo el patio. Hablaban y se raiban. Dejuro que el patrón estaría contando alguno de sus cuentos. En cambio nosotros estábamos callaos. Con la ida e la cocinera, terminao su trabajo, o mejor dicho con la ida de aquellas lindas mozas, que con un motivo u otro habían estao viniendo a la cocina, se habían ido también la alegría, las conversaciones y las risadas.

Estábamos en silencio de cara al campo abierto, ande ni siquiera se devisaban unos cerros grandotes que quedaban al rumbo *, tal era la escuridá e la noche...

Yo me sentía triste y desasosegao como nunca. Por primera vez en la vida había caído en pensar cosas serias. ¡Vaya una manera de vivir la de uno! Siempre de un lao pa el otro como charaban * perdido; siempre galopiando o tranquiando con distinto rumbo y viendo caras nuevas que quizá no volvería a ver jamás...

Como el patrón compraba hacienda, podía decirse que nunca estábamos dos días en la mesma parte... Hoy en Calamuchita, mañana en Sampacho, pasao en Río Cuarto, tras pasao en Pampayasta... ¡Vaya una vida! Allí no más sin dir más lejos, ¿no habíamos caído por primera vez a esa estancia tan linda e Río Segundo, a sacar una tropa e novillos que debíamos llevar a Villa María? Güeno; ¿yo quería saber cuándo el destino volvería a trairnos otra vez por aquellas casas? ¡Nunca quizás!... De Villa María agarraríamos dejuramente pa las "Piedras Negras" y de ahí, ¡Dios sabe p'ande!... Porque como decía siempre el patrón: "hombre que no se mueve se amojosa *...". Pero, yo agrego que no cría afectos tampoco, y que es como perro e naides...

"Penacho blanco" que estaba a mi lao con el

sombrero sobre los ojos y pitando un puchito que cuasi le quemaba los labios, me pegó un redepente con el codo:

—Mirá —dijo en voz muy baja— mirá p'ayá.

—¿P'ande?

—¡Pa la luna!... ¡Hacete el zonzo!

Y la vide otra vez a ella... Cruzaba el patio como una cosa e sueño y su vestido overo —como no se le vían las manchas— parecía blanco en lo escuro...

—¡Está linda! —dijo mi compañero y añadió después, dejuramente p'halagarme—. Y me parece que vos la tené endeveras almariada *...

—¿Yo? —Y sentí no sé por qué, como una necesidá de desahogarme en el corazón de aquel amigo...

—¿Querés pitar? —le dije alcanzándole los avíos *...

—¡No! —me contestó—. Acabo de tirar el pucho...

—¿Sabés que el patrón me reprendió?

—¡Ah, ah! ¿Y por qué?

—¿Y? ¡Qué sé yo! Parece que ahura no está bien que uno se le atraque a las mujeres, a lo menos aquí en "La Agraciada"...

—¡Ah, ah! ¡Está güeno! — Y "Penacho blanco", después de quedarse un rato callao y pensativo, se riyó y ñadió muy despacio, como pa que los otros no lo oyeran:

—¿Y él, entonce?

—¿Qué?

—¿La lay no reza con él?

—¿Has visto?

—Esta tarde, cuando estábamos en el corral agarrando los caballos, oí que le decía una punta e cosas...

—¿Ah, ah? ¿Qué, che?

—¡Qué sé yo!... Palabras arrevesadas, algo así como "espirituda" o "espirituala", ¡qué sé yo! Vos sabés que soy medio bagual, pero palabras de amor en fija, por que ella se raiba y se ponía colorada y le revoliaba los ojos...

Sentí al oír esto un projundo despecho.

—¿No ves? —dije con encono—. El sí puede porque él es el patrón, porque él es rico...

Creo que era la primera vez desde que andábamos con el patrón, que uno de nosotros largaba una cosa ansí tan amarga, tan fiera y sin embargo, tan común en otros peones con respecto a otros patrones.

Tanto jue así que "Penacho blanco", sorprendido, me clavó los ojos con aire de extrañeza y de reproche. A él, que estaba frío, tenía por juerza que resultarle más rara mi altitud *. Agachó la cabeza, se arregló el chiripá * y después me dijo:

—Vos sabés, Sergio, que yo no tengo letras, que todos dicen que soy bastante bozal *, pero pa mi gusto, que lo que debe haber aquí es otra cosa...

—¿Qué? —pregunté yo lleno de curiosidá.

—Que el patrón está "abichao" * puel amor, que se abichao endeveras esta vez...

—¡Ah, ah! ¡Salí de ahí! El patrón es como la langosta, que se asienta ande hay verde...

—No sé cómo será, pero la cosa está patente...

—¿Por qué?

—¡La pucha! ¡Y después dicen que sos tan laido!... ¿No has alvertido que el patrón no nos ha dicho esta vez ni una palabra e la cosa, que no ha hecho la menor chacota? *.

—No he reparao...

—¿No reparastes tampoco en la mirada que le echó esta mañana, al indio Soto, cuando largó aquella indirecta de la potranca roana? *

—No, ¡palabra!

—¡Entonces vos también estás endeveras "embichao"! La mocita ésa te ha aflojao tanto el recao, que vas perdiendo las pilchas del sentido... Yo, en cambio, que estoy fresco, he reparao muy bien en eso y en otras cosas — Y agregó en seguida abajando más la voz y acercándose a mi oído:

—¡Ah, ah! ¿Y de no, por qué ha pagao aquí cuarenta patacones por unos novillos que no valen ni treinta y ocho a la fija? ¿Por qué, él que es tan ladino p'al negocio?

Iba a contestarle a "Penacho blanco", cuando reparamos que todos los que estaban con el patrón, debajo el algarrobo, se levantaban alborotaos y hablando juerte...

—¿Qué es? ¿Qué será?

—No sé —dije—. A la fija algún bicho... —Y todos nos levantamos también pa divisar lo que juera...

En el grupo de los de adentro hacían gran alboroto y redepente oi la voz clara del patrón, que gritaba pa nuestro lao:

—¡Che, Sergio! ¡Vos, "Penacho blanco"! ¡Venga uno de ahí!

—¡Andá vos! —me dijo mi compañero, que era medio chúcaro pa atracarse a la gente—. ¡Andá vos! —Y me arrempujaba al mesmo tiempo. Cuando llegué al grupo vide que todos miraban en una misma dirección y que alegaban acaloradamente.

—¡Es juego!... decía uno.

—¡Que no, que es luz * mala! decía otro.

El patrón me agarró de un hombro.

—Mirá vos —dijo, al tiempo que señalaba pa lo escuro con el brazo estirao—. Mirá vos, que tenés ojos de guanaco. ¿Qué es aquello?

En cuantito miré, me di cuenta:

—Es una luz mala —dije ya disjustao— ¡Qué otra cosa va a ser!...

—¿Estás seguro?

—¡Como de que hay Dios, patrón! ¡Vea de no cómo se menea!...

El patrón miró a su compañera.

—¿No ve —le dijo—, no le decía?...

Vi que estaban agarraos del brazo y que ella se le atracaba mucho...

—¿Eso es una luz mala entonces? ¿La tan mentada luz de los cuentos?...

—La mesma, Carmen, la mesma —contestó el patrón sin quitar los ojos de la luz aquella que parecía agrandarse como si se acercase galopiando...

—¡Qué lindo! Me gustaría dir a verla —dijo ella—. Vamos a acercarnos...

El patrón se riyó al oírla:

—¿No tiene miedo entonces?

—¿De ande? —dijo la moza— ¿qué he de tenerla si no es más que un juego * fatuo? ¿Y usté?

—Yo tampoco —respondió el patrón—. Y volvió a rairse con sus dientes blancos, mientras la miraba pu encimita el hombro.

—Vamo entonces, si quiere, vamo a acercarnos...

¡Jue pucha con la pueblera, y las agallas que debía tener!

Vi que al oirla, el patrón se puso pálido y que por más que hacía por seguirse raindo, la risa le salía como esa risa que saben hacer los caballos regalones, cuando les dan azúcar...

Sin embargo, como no era hombre de recularle * a nada, dijo, aunque de mala gana:

—¿Y? Si quiere vamo no más...

Entonces pude alvertir que la moza lo miraba con curiosida y con sorpresa. En fija, que acababa e darse cuenta de que al patrón no le venía bien aquel paseo y eso le risultaba a ella tan raro en su inorancia e pueblera, como raro era pa nosotros, que hubiese una mujer que no siendo bruja o a lo menos culandrera *, juese capaz de atracarse sin recelo a esos fantasmas de la oscuridá y de los muertos...

El apuro el patrón, me dio rabia y lástima al mesmo tiempo... ¡Cosa fiera es que a un hombre probao en toda suerte e lances, se la ganen ansina, por el único portillo * que tiene en su corral!

Me compuse el pecho y dije como si no hablara con naides:

—El bajo está lleno e barro y además de culebras y de sapos...

Y jueron santo remedio mis palabras. Apenas las largué, la moza pegú la sentada:

—¿Cómo? —dijo, mirando al patrón. —¿Es verdá lo que dice este mozo?

Y el patrón, vivo como era, ahí nomás comenzó a ventajiarla *. Creo que jamás en la vida lo habré servido más a su gusto...

—Sí, como haber hay... —dijo, haciéndose el desentendido—. Hay muchas víboras y sapos... también escuerzos. A éste —por mí— esta mañana no más, se le prendió uno, ansí grandote, del garrón *... Pero eso no lihace, podemos dir andando con cuidado, si usté quiere...

Pero la moza no quiso saber nada...

—¡Muchas gracias! —dijo, riyéndose—. ¡Muchas gracias! ¡Chiquito miedo les tengo a toda esa clase

de alimañas! ¡Le juro que de solo pensar en ellas todito el cuero se me eriza!

Y agregó en seguida muy suelta e cuerpo y mirando la luz mala con sus ojos zarcos *:

—¡Qué lástima! Me hubiera gustao mucho verla e cerca, pa saber de ande sale y cómo es!

¿Curioso, no? La pueblerita aquella le tenía miedo al sapo que es un inocente animal de Dios y no dudaba en arriejarse a una cosa e verdadero peligro y que ha hecho temblar las barbas a más de uno...

Pero yo no sé por qué, la cosa me dejó sin embargo como un mal asiento en el estómago. Estaba perfetamente de acuerdo en que ningún hombre que tenga cruz en el mate debe meterse a alveriguar esos asuntos de los finaos, pero tenía también la certeza de que la moza rubia nos había ventajiao, y es fiero al fin y al cabo pa un hombre, eso de sentir miedo de una cosa que no asusta a una mujer. Y tan jue así, que cuando llegué de güelta a la cocina, ande los compañeros y los piones de La Estancia comentaban lo sucedido, y ante Jesusito, según él costumbre, seguía persinándose a cada palabra y diciendo: "¡Virgen del Carmen!", no pude menos de dejar cair, como a la pasada y por los extraños que hubiesen:

—El patrón quería dir, pero la moza no lo dejó que juera...

Y antes de empezar a extender mi recao pa acostarme al reparo del alero, entoavía le eché una mirada e rabia a la luz aquella, que seguía relumbrando en el bajo como una amenaza o como una burla...

3

...Aunque era bastante delgadona y chúcara, ya no trotiaba la novillada por el camino reseco.

Bajo aquel sol que caiba del cielo como una lluvia de juego y entre aquel aire tan caliente que hacía secar los gofes a los hombres y a los animales, el arreo antes tan liviano, marchaba aura despacio y resollando juerte como si juera de vacas tamberas.

A los cuatro vientos, el horizonte escuro y lleno de nubarrones ahumados, anunceaba a las claras una

gran tormenta y en todo el campo, se sentía ese gran silencio que se sabe alvertir, siempre que la naturaleza está pu hacer una de las suyas...

Sea por efecto del tiempo, o por la mala noche que habíamos pasao, —yo más que naides con mis cavilaciones— la cuistión era que todos los del arreo, íbamos callaos y serios y que algunos hasta se dueblaban sobre las cabezadas, al tranco del caballo, como si jueran dormidos.

De pronto, el patrón, que como güen tropero que era, había marchao toda la mañana, allá, a la culata * del arreo, ande se amontonan los animales más pesaos y fastidiosos y ande la tierra que se levanta lo áhuga a uno y le ennegrece la cara, comenzó a correrse poco a poco pal lao ande yo me hallaba.

"Lo acobardó el calor —pensé— y se va a poner de puntero a la fija, pa respirar un poco de aire".

Pero me equivoqué de medio a medio porque no jue ansina. El patrón aparió su caballo con el mío y sin decir palabra se puso a marchar a mi lao muy pensativo y limpiándose la tierra que tenía en la cara, con un pañuelo azul a cuadros blancos.

Después de un ratito, yo dije, por decir algo:

—En fija que va a llover...

Pero el patrón no me contestó nada y echándose sobre el costillar del escuro, del lao de lazo, se puso a arreglarse algo, con muchos visajes de mal humor en la cara .

—La pucha! —rezongó al fin—. ¡La pucha con la bota e porra! —Y al endierezarse, me miró en los ojos, medio sonriéndome sin ganas.

Yo dije:

—¿Le duele?

—¡Ah! ¡ah! —me respondió—. Se recalienta con el sol y me hace arder el empaine.

El patrón parecía inquieto y se vía a las claras que alguna preocupación lo molestaba.

De pronto dijo:

—A este paso no vamos a llegar a tiempo, pa entregar la tropa...

—¡Ah, ah!

—...Vamos como arreo de vacas recién paridas y sin embargo, mirá cómo sufren los animales... Allá

atrás, ya viene quedándose un yaguané * grandote, medio dispiao...

—¡Ah, ah! ¡Ta juerte el sol!... ¡Yo tengo el gañote * como yesca *!

El patrón me miró arrugando las cejas:

—No digas ansina —dijo— ¡No seas tan bagual, Sergio!

Yo me puse medio colorao pero le retruqué:

—¿Y? ¿Cómo he de decir entonces?

—Has de decir garganta.

—¡Lo mesmo muenta!

—¡No; no muenta lo mesmo! ¡No seas animal! Garganta dice la gente y gañote dicen los animales como vos y como yo...

Sorprendido por el modo como me lo dijo, —más de tristeza que de enojo— lo miré con desimulo y vide que tenía la vista baja y que jugaba inquieto con el chicote * de las riendas...

—¡Y yo también —me retrucó— y toditos los que hacemos esta vida e bestias que no sólo lo embrutece a uno, sino que, como la mojadura del zorrino, deja unos rastros que no se borran nunca!... —Y siguió rezongando al tranco e su caballo, que sacudía la cabeza acuciao por la sabandija—. "¿Has oservao como cualquier cuero o guasca que moja el zorrino, sea cojinillo * o maniador * o sotera e rebenque, siempre conserva el olor de la porquería? Güeno, ¿Y aunque pasen los años y los años, un redepente, vos acercás las narices a la prenda aquella y en seguida volvés a sentir el olor del zorrino que no desaparece nunca? Güeno; ansina nos pasa nosotros: tenemos ciertas brutalidades, metidas en el alma de un modo, que viene a ser, —mala comparancia— mesmamente como aquel olor del zorrino... Damos güeltas y güeltas y creemos al fin, que a juerza de ventilarnos ya se habrá ido el olor, cuando... ¡zás! redepente se aparece pa hacernos pasar bochorno. Mirá, una vez hacen dos años... ¿Te acordás cuando estuve en Güenos Aires, la última vez; vide en una exposición una punta e cueritos de todas layas *. Habían de lión, de zorro, de perico * ligero, de nutria y hasta de zorrino; todos lo más bien curtidos y presentaos que daban gusto... Güeno; en cuanto vide los cueros de

zorrino, yo le dije a un mozo Perayra que estaba conmigo: "¿Qué quiere jugarse, compañero, a que esos cueros de zorrino tan lindos jieden entoavía?"

—"¡No embrome! ¡Cómo van a jeder tan finamente preparaos como están!"

—"¡Oh! verá —le dije yo entonces. Y los olimos... Y... ¡ay! Sergio, jedían los tales cueritos como un diablo, y lo que es pior, eran los únicos que jedían a pesar del adobo, entre aquel montón de cueros de todas layas y pelajes!"

—¿Ande irá a parar el patrón? —pensé yo. Y él, después de componerse el pecho siguió diciendo:

Mientras uno anda ansina, arriando vacas, todo está muy güeno; no se alvierte, se desimula la jedentina el zorrino con tanto aire como hay en el campo abierto; pero, en las casas y adentro e las piezas de la gente fina sobre todo, ese olor se pone que voltea y uno pasa cada... ¡que no te digo nada!...

—Eso —dije yo— nos podrá pasar a nosotros que somos pobres; pero no puede rezar con usté que es rico y que tiene letras...

—¡No seas bruto pa hablar! —me reprendió el patrón incomodao. ¿Qué diantres tiene que ver la pobreza con la educación? El que es bruto, será bruto aunque lo retoben con onzas de oro... Lo que yo quiero decir y que vos no comprindés porque nunca parás atención a lo que se te habla, es que con poca diferencia ustedes y yo venimos a ser lo mesmo: todita la vida hemos tenido que trabajar y por eso no hemos podido estruirnos, como tampoco pudieron estruirse nuestros padres... Por eso también, además de no saber nada e nada, conservamos entoavía dentro el cerebro *, una punta e resabios bárbaros que deben venirnos de los indios en fija y que en la ocasión menos adrede, se presientan como el olor del zorrino, pa hacernos pasar vergüenza... Anoche, sin dir más lejos...

Yo paré la oreja. — "Anoche, sin dir más lejos —siguió el patrón— Anoche... ¿Vos le tendrás miedo a las luces malas ¿verdá? y se riyó con cara e malicia...

Yo me encogí de hombros y le dije muy serio:

—¿Y? Cómo no las he de temer, patrón, si son

cosas de mandinga * y de dijuntos... Todo el mundo lo sabe y he conocido muchos hombres probaos, que no reparaban en confesar su temor...

—¿Y a vos no te da vergüenza?

—¿El qué?

—Eso; el tenerle miedo a los juegos fatuos...

—A mí no, patrón, ¡le juro!

El entonces se riyó un poquito y dijo medio mirando pa otro lao:

—Pues a mí sí... Todito lo que represiente una debilidá al hombre, porque le quita ventaja y lo pone en el caso de hacer mal papel en la ocasión en que menos se lo espere... ¿Te fijaste... anoche, la señorita ésa que estaba conmigo?

—¡Ah! ¡ah!

—...Ella, que es una mujer y casi una criatura, no le temía a la luz mala...

—¡Ah! ¡ah! ¡Qué gracia! —dije yo—. ¡Porque no sabe! ¡Qué va a saber ella, que viene e la ciudá, de luces malas! Había de oír ella las historias de las disgracias que han sucedido; las historias que sé yo y que la finada mi agüela me contaba cuando era chico! ¡Ah, ah!

El patrón sacudió la cabeza.

—Callate —dijo—. No digás macanas... ¡Si da fiebre pensar que por cuistión de ducación aquella mujer no tenga miedo de dir ande a un hombre se le encogen los matambres! *... Mirá, Sergio, yo...

—Usté quiso dir...

El patrón me clavó los ojos como si hubiese querido escarbarme el celebro:

—Sí, es verdá, —dijo al fin—. Si yo quise dir, pero no juí y eso te garanto que se me ha quedado aquí como un bulto... Y al decirlo, el patrón se señalaba la boca del estómago...

—¿Ha visto? —largué yo entonces sin poder sujetarme al ver cómo el patrón sentía lo mesmito que yo sentí la noche antes—. ¿Ha visto? Y... ¡Cha, qué bárbaro! ¡Pa qué lo diría! Vide que el patrón, se ponía colorao, que movía la boca como pa decir algo, y que por último agachaba la cabeza y seguía andando a mi lao, callao como un dijunto, la frente muy arrugada y mordiéndose el bigote...

¡No es nada lindo a veces que a uno le endevinen el pensamiento! ¡Gran pucha! ¡Yo no sabía qué hacer!...

Por suerte, la llegada del indio Soto, vino a sacarnos a los dos del mal trance.

Venía de allá, de la culata de la tropa, todo sudado y de tierra que no se vía...

—Patón —dijo— el novillo yaguané * se ya no se puede arriar, a gatas si camina...

—Ya les he dicho que no le apuren...

—No da más, patrón; camina en tres patas...

—Y güeno, déjenlo... ¡Qué se va a hacer!... Y volvió a agachar la cabeza dijustao, mientras el indio fantástico, salía a media rienda de su manchao overo, con ese andar de loco que tenía...

De pronto dijo el patrón, como quien rezonga con uno mesmo:

—¡Todito el día de un lao pal otro como petiso e mandaos! ¡Todito el día, dende que Dios manece, al sol y al viento como un animal!... ¡Ni una suavidá ni un afeto!...

Yo ya iba a decir: "¿Ha visto?" Pero me asujeté esta vez por jortuna y no hice de nuevo un barro *... El patrón siguió:

—Estoy más harto, más harto, che, de todo esto, que el día menos pensao agarro... Y se riyó con tristeza, mirándome a la cara...

Yo me ría también y, después de pensar un ratito, me aventuré a decirle:

—Usté debería de casarse... patrón... Mujeres güenas no faltan... Y después encojí el lomo medio abochornao y con miedo de que lo juera a tomar a mal...

Pero por suerte no sucedió ansina, sino que todo lo contrario.

En vez de incomodarse, el patrón me miró contento y me preguntó, riyéndose, con franqueza:

—¿Y por qué no te casás vos?

Me quedé un rato medio pensativo y después dije con desgano, mirando pa otro lao:

—¡Bah! ¡Yo es diferente, yo no soy más que un pobre pión!...

Entonces él volvió a rairse:

—¡Y dale con lo de pobre! ¡Pucha que sos animal!... ¡Ustedes siempre tienen la dichosa palabra pa arreglarlo todo!...

No sé de ande saqué coraje, pero le hice cogote *.

—¡Ah! ¡ah! —dije— ¡ha de ser con las vacas y las ovejas que tengo...!

Y me reí con amargura...

El me miró muy serio:

—¡Ah! —dijo— ¿vos te creé entonces que es juerza ser un ricacho pa hacerse una familia?

—No; pero, por lo menos, es preciso tener cuanti más no sea un rancho pa guardar la mujer adentro... Uno no va a andar con ella a los tientos... *

El patrón pensó un rato y después dijo:

—Esas son macanas, che... El hombre que tiene voluntá pa casarse, se casa... Yo no se de ande saca juerzas, pero la cuistión es que hace su gusto... Mirá: yo supe conocer a uno; era ansina muchacho como vos y pión de tropa... Jué en la Banda Oriental... Un día se me acercó y me preguntó muy serio, si yo craiba que con ocho pesos juertes un hombre se podría casar...

—¡Cha, qué bárbaro!

—Ahí tenés: yo me rai también y no sabiendo qué contestarle, le dije, nomás, que sí, que "¡cómo no!"

—¡Ah! ¡ah! ¿Y?

—Y al hombre se le hizo güeno el consejo y se casó no más...

—¿Y después?

—Y después resulta que el hombre ha hecho plata y es, asigún dicen, uno de los estancieros más ricos del Departamento e Durazno!

—¡Milagro parece!

—Ya ves y, sin embargo, es verdá... En la juerza el querer hace el hombre quizás, todo el coraje que le hacía falta pa su empresa...

—¡Ta güeno!...

El patrón volvió a tantiarse la bota que le dolía y después dijo medio chanciándose: *

—Ya ves, Sergio, que cuando un cristiano quiere... Sólo los sonsos y los flojos se dejan arriar por las deficultades...

Este dicho del patrón me dio un gran coraje:

—¡Ah! ¡ah! —dije, sin mirarlo—. ¡Ah! ¡ah¡ ¡Pa eso hay que tener libertá!

—¿Libertá? ¡No te entiendo!

—Digo que no hay que ser conchabao...

—¡Las mesmas vainte! —No sé qué querés decir...— Y me miró, arrugando las cejas y ya medio fastidiao. —Yo añadí entonces:

—Digo que pa eso es menester comenzar por atracarse a la mujer que a uno le gusta...

—¡Ah! ¡ah! ¡Qué diablo sos vos! ¿Y quién dice que no sea ansina?

—¿Y? ¡Usté mesmo!

—¿Yo? —Y el patrón, sorprendido, medio paró el caballo—. ¿Qué querés decir?

—Nada, patrón, decía no más... ¡Una ocurrencia!...

—¡Ah! ¡ah! —Y entonces si que paró el oscuro * endeveras, mirándome con aquellos ojos fieros que ponía cuando se enojaba:

—¡Hable, amigo y no sea sonso!... ¿Qué queja tiene de mí?

Me había metido en el brete y no tuve más remedio que arrempujar.

—Güeno, —dije— yo le decía por eso de ayer...

—¿De ayer? ¿Qué cosa de ayer? No sé...

—Eso que usté me dijo...

—¿Qué te dije?

—¿Y? Me dijo que no era e su gusto que yo me le anduviera atracando a la hija esa, del puestero e "La Agraciada". A mí me gusta ella.

El patrón abrió los ojos tamaños y me miró un rato como pa ver si estaba loco:

—"¡Ah! ¡ah!", dijo, y yo añadí todo avergonzoso y mirando pal campo:

—No parece mala y está en güenas carnes...

El patrón me miró serio entonces, y dijo abajando la voz:

—¡Ah! ¿pero entonces te gustaba endeveras? ¿Ibas entonces con güen fin?... Dispensame, hijo, yo no sabía. ¡Eso es otra cosa! Y agregó enseguida raindose:

—¡Pero que animal! ¿Por qué no dijiste?

—¿Y? Como me tomó ansina, tan de sopetón...

A partir de entonces, el patrón se puso lo más contento y se largó a hablar conmigo como si juera un hermano:

"¡Qué Sergio este! ¡Quién se iba a imaginar que se iba a "abichar", ansina, endeveras! ¡Pero que pavo! ¿Por qué no lo dijo?".

"¡Y al fin y al cabo muy bien! ¡Amalhaya él pudiera hacer otro tanto! ¡Caray! Una mujercita que lo quiera a uno y unos ojos zarcos y tristones que lo reciban al cair la tarde!..."

—¡Negros! —patrón— dije yo apurao entonces.

—¡Zarcos!... ¡Ah! ¡ah! ¡Eso es! negros, o de cualquier otro pelo, que pa el caso es lo mesmo... La cuistión es que no alumbren nada más que pa uno... ¿no? Y añadió en seguida más animao: yo tenía resuelto pegarme una güelta mañana mesmo, por "La Agraciada" porque tengo que llevarle a don Frutos, ¿sabés? y vos podías acompañarme...

—¿Yo? —dije— ¿Y pa qué?

—¿Cómo pa qué? ¡Y pa verla!

¡Y bendito sea Dios; lo que son las cosas y como semos los cristianos! En vez de ponerme ahí no más a bailar loco e contento, sentí no sé qué como un gran miedo; como unas ganas bárbaras de decirle al patrón que yo no quería dir, que era demasiado pronto entoavia, que... ¡qué se yo!...

Pero ¡en fin! la cosa pasó y seguimos tranquiando juntos al costao del arreo.

El patrón, que como he dicho, se había puesto lo más alegre, no hacía más que repetir a cada rato y ráindose:

—¡Que Sergio este, como se nos abichó!...

Y yo me raiba también, sin contestarle nada. Tenía unas ganas locas de hacerle un dentro con respeto a la moza e la luz mala, pero no me animaba por temor de hacer un barro.

Pero él mesmo se me vino sobre el cuchillo.

—Mirá —dijo— ¡Qué lindo! Te casabas vos, me casaba yo y en vez de trabajar con hacienda, nos poníamos a trabajar, allá, en "Las Piedras Negras!"... ¿Qué te parece?

Yo me raiba.

—¿De qué te rais?

—¡De nada! Que ya me lo maliciaba.

—¿El qué te maliciabas?

—Que no eran sólo para mí...

—¿El qué?

—Las risultas de este viaje...

—¡Ah! ¡ah! —y me miró un momento entre risueño y enojao. Si le gustó o no le gustó el dicho, nunca lo supe en fija, porque nada más me dijo dende aquel momento, pero sí recuerdo que esa tarde, cada vez que nos encontrábamos en el dir del arreo, el patrón se raiba conmigo y yo me raiba con él...

4

A eso de la oración *, el patrón mandó para el arreo. Nos habían fallao tan fieramente los cálculos por causa del tiempo y lo lerda e la novillada aquella, que a tal hora agatas si habíamos hecho la mitad del camino. Se nos preparaba, pues, una linda noche e ronda, a campo abierto, mal dormido como estábamos y con la amenaza de aquella tormenta que parecía que iba a venirse de un momento a otro.

Además, sabido es lo delicaos que son estos arreos de noche, y sobre todo con hacienda chúcara. El rondador * no puede ni descansar, ni pitar, ni estornudar siquiera, en ocasiones... A veces basta un fósforo que se encienda, un poncho que vuele o un caballo que se sacuda pa que la hacienda se asuste redepente y dispare a los cuatro vientos como ánima que lleva el diablo...

En momentos en que mudábamos caballos, me dijo "Penacho blanco", ráindose con malicia:

—Dejuramente que no será este el más lindo negocio que haiga * hecho el patrón dende que compra novillos... ¡A tal paso, la prienda le va a risultar media cara!...

—¡Callate! —le dije yo; y como en ese momento se acercase él, añadí pa disimular, alzando la voz:

—Si no llovió al dentrarse el sol, ya no llueve en tuita la noche, vas a ver...

El patrón dijo, medio malhumorao:

—Güeno, como la hacienda viene medio pesadona,

va a dar poco trabajo y creo que a menos que se venga l'agua, con tres que ronden habrá suficiente. Echen no más pal lao e la isleta de algarrobos, ande encenderemos juego y no se olviden de trabar las madrinas.

—Ta bien, patrón, —dije yo— ¿Y quiénes han de comenzar la ronda?

—¿Y? Vayan vos, "El Penacho" y Jesusito. Yo los haré relevar pa que coman —y añadió después— ¿Quién trai la carne?

—No sé; el indio Soto sacó los costillares y la lengua el yaguané. Además Jesusito trai hace rato, un par de piches * flacos a los tientos *.

—Güeno; entonces... Y ahí no más agarró pa la isleta, al pasito del colorao grandote que acababa de ensillar.

"Penacho blanco", a tiempo que acollaraba * un animal nuevo que traiba, con la madrina e su tropilla, me dijo guiñándome el ojo:

—¿Qué le pasa al patrón que me parece medio redotao *... Se me hace que tiene más tormenta adentro e la cabeza que la que hay allá, detrás de los cerros... ¿Vos sabés por qué anda ansina?

Yo me rai:

—¿Y? ¡Qué querés que yo sepa! —le contesté— ya sabés que es medio idioso *... —Pero mentí al decir eso: demasiao sabía de qué provenía el dijusto del patrón: del mesmo rumbo que el mío... Los dos nos habíamos engolosinao con la idea el viaje a "La Agraciada" y aquel arreo e porra * nos había arruinao la fiesta...

Güeno; rondamos la hacienda con "Penacho blanco" y Jesusito hasta eso e las ocho, en que cayeron el indio Soto y los otros a relevarnos, y agarramos al tranco pa la isleta ande se hallaba el patrón sentao al juego y engüelto en su rico poncho overo negro.

—¿Y? ¿Cómo va eso?

—¿Y? Ahí va patrón —contesté— no dan nadita e trabajo los novillos... Algunos rumean, otros pastean entre los árboles y la mayor parte ya están echaos...

El patrón se alborotó:

—¿Cómo echaos? —dijo, pero yo me rai:

—¡Bah! patrón, no hay peligro... ¡Si no pueden con su alma!

—Güeno; atráquense y churrasqueen; —y añadió en seguida—: Lo que es la tormenta me parece que no viene, se va corriendo...

—¡Ah! ¡ah!

—... ¡Meta rejucilar!

—¡Ah! ¡ah¡

—En aquella punta e cerro han caído como veinte rayos...

—¡Ah! ¡ah! —Ye después de afluejar las cinchas a los montaos nos atracamos al juego.

Jesusito puso al rescoldo los dos piches flacos que traiba y nosotros extendimos sobre las brasas un güen cacho e matambre el yaguané.

Se sentía como un aire caliente en la cara y el viento e la noche, nos traiba de cuando en cuando, con los balidos de la hacienda que se rondaba, el sordo tropel de los truenos que galopiaban detrás de los cerros, corriéndose pal Norte... A veces una punta e rejucilos seguidos, que caiban unos tras otros, rayando el cielo y culebriando como víboras, lo hacían decir a Jesusito:

—"¡Santo Dios! ¡Santo juerte! ¡Santo inmortal!..." Con gran diversión de "Penacho blanco", que siempre lo estaba chunguiando * porque, a decir verdá, el cordobesito, a pesar del mucho coraje que tenía pa otras cosas, era medio flojonazo pa todo lo que venía del cielo...

—Van a cair rayos esta noche como pa hacer manada!...

—¡De ande! ¿No ves que la tormenta se corre pal Norte? ¿Cuándo has visto llover del Norte?

—No sé; pero se me hace que antes de que amanezca toda esa tracalada * e rayos nos va a pasar por el lomo...

—¡Virgen del Carmen! ¡Que Dios no permita!

Algunos se riyeron por la especie e juria con que lo dijo el cordobesito, sin dejar de mover sus piches sobre el rescoldo y yo vide que el único que no se raiba era el patrón. Al contrario, cuando Jesusito dijo: "¡Virgen del Carmen!", el patrón medio arrugó

las cejas y se quedó mirándolo de riojo... Pa mi jué que como "Carmen" se llamaba la moza e la luz mala, el dicho el compañero, ansí redepente tuvo que sorprenderlo, cosa que no sería rara, ya que es sabido cómo, cuando un hombre delicao está queriendo muy mucho a una mujer, todito lo que se la recuerda de algún modo, viniendo de boca extraña, le hace el efeto de un atrevimiento, de una ventanita que alevosamente abrieran de golpe y sin licencia, en el cuartito escuro de su espíritu...

Pero, como es natural, a eso sólo lo vide y lo pensé yo, que, a pesar de mi inorancia, siempre juí medio amigo de expulgar estas cosas del celebro y del corazón de los cristianos... El no hizo sino aprietarse más el poncho contra el cuerpo y agacharse al jogón pa alzar una brasa con qué encender el cigarro que se le había apagao...

¡A cuántas leguas estaría el pobre de majinar que allí estaba uno que tan lindamente lo envidinaba!

Pasamos ansina un rato largo, esperando, sin decir palabra, a que la carne se asase, cuando un redepente comenzó a ladrar un zorro, allá, en lo escuro el campo...

—¡Ya sintió el olor de la cena "Don Juan"! [8] —dijo "Penacho blanco", ráindose—. ¡En fija que como no hay perros, ahorita no más se presienta! —Y añidió en seguida: —¡Cha! ¡Animal ladino! Al cristiano no lo teme en la noche... ¡Capaz es si a mano viene y lo halla dormido e sacarle el propio cuchillo e la cintura!

—Es verdá —dijo Jesusito entonces—. En una ocasión en que me hallaba durmiendo solo y a campo, allá, puel lao de "El Tío", me despareció una mañea * casi de entre las manos... y pa mí que jue el zorro en fija... ¡Jesús! ¡Animal más atrevido!

El patrón se compuso el pecho y dijo con picardía:

—¿Ustedes saben cómo hace pa sacarse las pulgas cuando lo güelven loco en verano? (Una de las tantas habilidades que atribuyen al zorro, las gentes de campo) [9].

Nosotros lo miramos ráindonos con desconfianza, porque era medio resabiao a embromarnos:

—¿Y? ¿Cómo vamos a saber?

—Güeno; cuando el zorro ya no puede aguantar más la cantidá e pulgas que tiene encima, entonces hace ansina: va y busca entre los cardos o ande puede hallarla una vedija * e lana...

—¡Ah! ¡ah! ¿Y?

—Esperate... va y busca una vedija e lana y agarrándola con los dientes se allega a la primera laguna, cañada o charco de agua que tiene cerca y allí se dentra despacito; primero hasta los garrones, después hasta las costillas y por ultimo se empieza a echar en el agua, siempre muy despacio y manteniendo en la boca aquella vedija e lana...

—¡Ah! ¡ah¡ ¿Y después?

—Después, se va sumiendo completamente en el agua; lomo cabeza y todo, hasta que al final y cuando ya toditas las pulgas que tenía en el cuerpo arriadas por el agua se han amparao en la lanita aquella, que es lo único que quedara ajuera, el zorro la larga y... ¡zás! ¡se joroban las pulgas!

Cuando el patrón terminó su rilato todos nos raimos.

—¡Ta güeno!

—¡Qué lindo mienten algunos! Y después de un rato y sin que viniera al caso, según costumbre, "Penacho blanco" aventuró muy serio:

—También dicen que si en la noche, cuando un perro está aullando y uno va y lo agarra e la cola y mira mesmamente por entre las dos orejas, se ve el diablo...

—¡Jesús! ¡Virgen del Carmen! —dijo Jesusito persinándose— pero el patrón, después de echarle una mirada—, en fija por lo de "Carmen" también —afirmó con desprecio:

—¡Esas son macanas! ¡Esas son barbaridades!

—¿Y por qué han de ser barbaridades patrón? —replicó "Penacho blanco".

—Porque sí; ¡porque naides lo vido nunca! ¿Lo has visto vos acaso?

—Yo no, pero otros lo vieron, asigún dicen... A mí me asiguraba un tal Cepeda, que supo ver...

Pero el patrón no lo dejó seguir:

—¡Qué Cepeda ni qué milonga! —dijo— y añidió mirándome a mí con malicia. Esto no es más que lo

que te decía hoy temprano: olor de zorrino metido entre las bajeras *... El zorrino le mojó las matras al "Penacho" la noche que vino al mundo, y por eso jiede entoavía...

Y como me riyera entonces, "Penacho blanco", que no sabía de lo que se trataba, miró pa todos laos intranquilo, como si temiese que le estuviera saliendo mal olor de alguna parte, y dijo disgustao:

—Olor que tenga, yo no sé... que aunque no soy manate * pa jeder a agua florida, aseao soy como cualquiera... pero lo que he dicho no lo he inventao y lo sabe todo el mundo.

—¡No seas bruto pa hablar —le dijo— que aquí naides ha querido desajerarte * "Penacho", ni es el caso de hacerse el loco!... Si nos hemos raido es por un cuento que yo le hice a Sergio esta tarde...

El otro agachó la cabeza y el patrón añidió:

—¡Pero me da rabia verlos tan baguales!... ¡Yo no sé verdaderamente de ande sacan tantísimo bolazo!... "¡Que luces malas, que gritos de dijuntos, que daños!..." Todas esas son barbaridades, cosa de culandrera o de indica vieja! ¡Si el hombre ha de vivir azareao * por todas esas priocupaciones, yo no sé ande ha de dir que más valga!... ¡Mejor que se escuenda entre las polleras y no saque la cabeza ni anque lo llamen!

"Penacho blanco" se quedó un rato pensativo y después dijo medio retobao:

—Yo no sé tener miedo e nada, pero como nunca me hallé en ocasión de probarme en otra cosa que en el trabajo o delante de otro hombre con el cuchillo en la mano; por eso no puedo balaquiar * en cuistión de aparecidos... Llegao el caso veré lo que sea; pero sin afirmar nada, que hombres muy probaos —asigún mentas— más de una vez recularon en el trance...

El patrón se paró entonces y dijo con voz juerte, sacudiéndose la bombacha y mirando al campo oscuro como si largara una provocación a tuitas las cosas malas que pudieran andar ronciando * en la noche:

—Yo no sé lo que vos harás, ni me importa, pero sí sé pa mí, que yo me raigo e las luces malas, de

los gritos de muerto y de cuantas bolas haiga inventao la inorancia, anque se trate del diablo mesmo:

—¡Virgen del Carmen! —resolló Jesusito— y mientras el patrón desperezándose y ráindose iba a tender su recao al reparo de un algarrobo, nosotros nos quedamos en el jogón muy serios y mirándonos de riojo...

Después de un rato el "Penacho" comenzó a decir resentido:

—¡Amalhaya que no llegue a hallarse alguna vez en el trance!... Pero yo lo hice callar pa que no juera a oírlo...

5

Al día siguiente, con la caída el sol y cuando volvíamos de entregar la hacienda, una tormenta se nos echó encima con la juria de un tren largao a toda máquina...

A las primeras rachas de viento, que comenzaban a zamarriar los pajonales y a enllenar el aire de tierra, el patrón sujetó su caballo sudao y cubierto de espuma y nos gritó ráindose:

—¡Muchacho! ¡Se nos viene l'agua! ¡Mejor es que tratemos de guarecernos en la tapera * hasta que pase la lluvia!

El campo se iba escureciendo como si cayera la noche e golpe, y yo le dije al patrón:

—¡Vea patrón, que es la tapera el dijunto!

Pero sea porque no me oyó o porque no le importó, la cuistión jue que no me hizo ningún caso y que cubriéndose con su poncho overo, echó al tostao al galope y que nosotros, después de hacer señas a los que llevaban las tropillas, no tuvimos más rimedio que seguirlo casi a media rienda.

Cuando llegamos al rancho aquel, que jue asigún las mentas, de un tal Herrero, al que degollaron unos pa robarlo, ya se había puesto mesmamente de noche cerrada y ya comenzaban a cair también los primeros goterones pesaos y calientes, como esa sangre que sabe saltar a la cara cuando se mata una yegua...

Era un rancho largo, grandote, medio deslomao y

tan viejo y lleno e remiendos que ya parecía que iba echarse de puro cansao entre los algarrobos que encuadraban el patio...

El patrón se apió junto a la puerta y ráindose sacó los cojinillos.

—¡Apurensé! —nos dijo— ¡Que se mojan!... Pero, de pronto, y al dir a dentrar en el rancho, vimos que se quedaba clavao como estaca...

—¿Qué hay, patrón?

—No sé... ¡Escuchen! —Se había puesto muy serio y nosotros nos amontonamos junto a él, con el pescuezo estirao...

—¿No sienten?

—¡Ah! ¡ah! ¿Y qué es eso?

El patrón se encogió de hombros:

—No se ve nada —dijo— ¡Nada!

Y volvió a asomar la cabeza escuchando...

De allá, del jondo del rancho escuro y larguísimo, llegaba hasta nosotros como una especie de resuello ahogao; un como especie e quejido projundo, que hacía estremecer las carnes y endierezar los cabellos en la nuca...

El patrón sacó el cuchillo y medio pasó el umbral, pero volvió a salir en seguida:

—¡Es una cosa muy rara —dijo. —¡Muy rara!...

—Es un cristiano, patrón...

—No, hijo no...

—¿Y? ¿Entonces?

—No sé; no sé...

Y mientras tanto, la lluvia, arrempujada por el viento, nos empapaba, cayendo a baldes y chorriando por el alero del rancho, que crujía bajo el envión de las rachas, como si juera a deshacerse...

—¡Nos estamos mojando todos!... —dijo al fin el patrón, indeciso, guardando el cuchillo y mirándonos con las cejas arrugadas, como si nosotros le hubiésemos podido aclarar el misterio...

Y el quejido seguía llegando, dolorido y porfiao como un gemir de agonía...

¡Qué diantres podía ser aquello!

En esto cayeron los de las tropillas: Jesusito y el indio Soto... Venían hechos sopa y renegando contra la lluvia.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—¡Nada! —contestó el patrón—. ¿No oís? Esos quejidos...

Soto estiró el pescuezo, escuchó un ratito y después sacó el cuchillo...

—Este dentra —pensé yo; pero el indio hizo la mesma cosa que el patrón, es decir, avanzó un paso apenas y salió en seguida murmurando:

—¡Jue pucha! ¡Cosa más rara... ¿No?

Yo no sabría decir cuánto tiempo estuvimos ansina, soportando aquel diluvio de agua y amontonaos como viejas delante de aquella puerta... ¡Y todos éramos guapos, sin embargo!... ¡Palabra de honor, que de los sais que estábamos allí, sacudidos por el viento como bajeras puestas a orear en un alambre, no había uno que no tuviese en su haber, por lo menos, un par de hechos de hombre!

¡Pero qué quieren! Aquel quejido ¡caray! era tan raro, tan raro, que hubiese sido como pa quedarse allí toda la vida carculando...

De pronto el patrón tuvo una ocurrencia:

—A ver —me dijo—: tratá e sacar de aloro un poco e paja seca y vamos a alumbrarnos.

Lo hice ansina, y después, con mucho trabajo, conseguimos encenderla al reparo de los ponchos, porque todos los fósforos estaban empapaos, deshechos, y a no ser por un yesquero que traiba Jesusito quién sabe ande, a la fija que entoavía estábamos allá, haciendo juerza como potro palenquero que se sienta en el cogote...

Pero encendimos la paja, y el patrón dentró el primero con el cuchillo en la mano... Iba más despacito que arreo de vacas paridas, y nosotros por detrás, en fila y arrastrando los pieses...

—¡Cha! ¡No se ve nada aquí!

—¡Cha! ¡Rancho más largo!

Y el quejido aquel seguía saliendo de lo escuro cada vez más juerte, cada vez más fiero...

De pronto el patrón pegó una sentada.

—¡Virgen del Carmen! —gritó Jesusito, y yo, creyendo que todo el mundo iba a disparar, ahí no más agarré y di media güelta... pero me equivoqué de medio a medio, naides disparó en la ocasión, y mu-

cho menos el patrón... Estoy seguro que aquel grito e Jesusito jue el autor del milagro, que a pesar del cerote, vi de patente en el trance... Al oír aquel grito, el patrón que, como ya he dicho, se había espantao tan fieramente, que yo crai ahí nomás iba a ganar la puerta disparando, sacudió la cabeza con tanta juerza que casi voltió el sombrero, y avanzó resuelto hasta el fondo mesmo el rancho, mientras nosotros nos quedábamos clavaos como estacas, los ojos como patacones y resollando muy juerte...

—¡Y el caso no era también pa menos! ¡Sabe Dios lo que iba acontecer allí!

Yo sentía como trapos las piernas y Jesusito a mi lao cuchicheaba oraciones...

Pero por suerte ahí no más terminó la pena: de pronto el patrón, agachándose largo una risada:

—¿Qué es patrón? —Y sin movernos del sitio ande estábamos estiramos el cogote como avestruz cuando ispea *...

—¡Nada, hombre! ¡Un carnero! ¡Es un carnero abichao!... ¡Carculen ustedes! —Y se raiba alegre y como con desprecio...

Entonces todos nos acercamos en tropel y vimos que en efeto había sido un pobre carnero viejo agusanao en el cogote, el que se quejaba con aquella voz tan fiera, de cristiano que padece, y el que nos había hecho agarrar al cuete tan tremendo jabón * y mojadura tan tremenda...

¡Y todos éramos guapos, como ya he dicho, y no hacía un mes entoavía que de puro viejo y chacota no más, el patrón me había hecho peliar con un moreno en la estancia e don Pedro Alonso, y patriarle * una oreja!...

¡La pucha con el carnero aquel!

Un rato largo estuvimos mirándolo callaos y pensativos, hasta que por último el patrón me dijo:

—Sacá ajuera ese animal y degollalo, que el pobre no tiene cura...

Y al decir esto le vide en los ojos como un resplandor de orgullo que hasta entonces jamás le vide...

. . . . . .

Habíamos dejao a los otros con el clavo e las tropillas y con rumbo a Las Piedras Negras, ande deberían hacer noche, y solitos los dos, con el patrón, galopiábamos largo, cortando campo...

¡Cha! ¡Qué linda mañana! La lluvia de la noche anterior había lavao el cielo, el aire, el campo y hasta los cerros que azuleaban a la distancia...

Anque bien sabíamos los dos ande íbamos y pa qué íbamos, no nos habíamos cruzao entoavía, una palabra... ¿Pa qué? En fija que los dos íbamos entretenidos más o menos con las mesmas ideas. El, la vía en el cielo, en el rosao e las nubes, en el pasto de oro y en la plata relumbrosa de los charcos de agua que el sol entibiaba y yo la vía también a la otra... ¿Pa qué entonces?

Pero después de un rato, sin embargo, el patrón levantó el escuro que muentaba y que era el animal que tenía en más estima, y me dijo:

—¡Che, fijate! ¿Este caballo no aflueja de encuentro? *

Miré con cuidao y le dije que no, porque en efeto no se le vía mal alguno, y entonces él, ya más tranquilo, me preguntó, muy risueño, sacando sus avíos:

—¿Querés pitar?

—¡Linda la mañana!... ¿No?

—¡Ah! ¡ah!

Encendimos, y después de tranquiar un rato, el patrón me dijo, riyéndose y como medio avergonzao:

—¡Che, te viá a enseñar... ¿Querés que te enseñe un osequio que me han hecho?

—¿Y? Si es de su gusto... ¡Cómo no!

Entonces él, atracando su caballo al mío, se puso a sacar del bolsico el tirador una cosita que traiba muy engüelta en un papelito de color celeste... Vide que le temblaban los dedos y que manejaba aquello con gran delicadeza y cuidao...

—¡Mirá! ¿A que no sabés lo que es esto? Y me enseñó una estampita con muchos doraos y firuletes...

—¡No he de saber! —contesté yo—. ¡Es un santo!

—No, ¡no seas bagual! ¡Es una virgen!...

—¡Ah! ¡ah!

—Es la Virgen del Carmen... ¿Qué te parece?

—¿Y? ¡Linda no más!

—Me la dio ella, ¿sabés? Me la dio la otra noche...

—¡Ah! ¡ah!

—¿Te gusta? —Y añidió en seguida impaciente:— ¡Pero decí algo! ¡Parecés ido!...

Yo me rai entonces.

—¡Ah, patrón! —dije—. ¡Nosotros deberíamos de ver a la culandrera, los dos!...

—¡Ah! ¡ah! ¿Por qué, che?

—¡Caray! ¡Porque nos ha agarrao juerte! ¿no?

—¿Has visto? —Y, serio ya, recostó su caballo contra el mío y pasándome un brazo por sobre el lomo, como si hubiera sido su igual, me dijo, mientras me apretaba muy juerte:

—¡Che! ¡Qué cosa!... Mi madre se llama Carmen y ella Carmen también y ahura llevo en el tirador, y dada por ella, la imagen de la mesma Virgen que vide siempre en mi casa y que invoca siempre mi madre en sus momentos de apuro...

—¡Ah! ¡ah! ¡La verdá! ¿Eh?

Y separándonos, volvimos a agarrar al galope, bajo aquel cielo limpio y sobre aquel campo de oro tan bien lavao por la lluvia...

Cosme no sabe cómo pensará ella al respecto, pero, la verdad, es que, temeroso de parecer imprudente, ha aguardado más de media hora mirándola por la rendija de la puerta entreabierta, antes de decidirse a salir a su encuentro, allí, en el patio de "La Estancia", en donde, bajo las alas de su blanca capota de paja y la gloria del gran sol matinal, la hermana de su amigo se ocupa en arreglar unas plantas, con ese aire reservado y grave que le impone casi tanto como su belleza extraordinaria y la antedicha circunstancia de ser hermana de su más viejo e íntimo amigo.

COSME. — (Saliendo con elegante mesura del cuarto que lo alberga desde hace unos días, como único huésped de "La Estancia", a la niña.) Si no molesto, Gernaela... ¡Muy buenos días!...

GERNAELA. — (Que se vuelve con cierta viveza y le sonríe, levantándose el ala del sombrero.) ¡Ah! ¿Es usted, Cosme López?... Buenos días. ¿Cómo le va?

Ha dado en llamarle así, por el nombre y apellido, sin que se sepa por qué, e insiste en ello, a pesar de las reiteradas observaciones de su hermano, diez años mayor que la niña, lo mismo que el propio Cosme.

COSME. — Bien, Gernaela, bien... ¡Muchas gracias!...

GERNAELA. — Me alegro.

Y le mira por espacio de cinco segundos, de arriba abajo, con severidad e impertinencia tales en los negros ojos, que no parecería sino que estuviese pasando rápida y desconfiada revista a la impecable indumentaria del mozo.

COSME. — (Insistiendo con una amable sonrisa.) ¿De veras no la molesto, Gernaela?

GERNAELA. — (Que ha vuelto a introducir las blancas y finas manos entre el vicioso follaje de un rosal sin rosas, gravemente y sin tornar la cara.) No. ¡Qué esperanza!, Cosme López... (en brusca transición.) ¿Le sirvieron el desayuno, verdad?

COSME. — Sí, Gernaela, sí... ¡Muchas gracias!

Y como la niña, que se inclina en ese momento para aflojar con un palito la tierra en rededor del pie de la planta, le deja ver por debajo del borde del sombrero el comienzo de aquel poema de mármol patinado de felpa inverosímil que es su espalda; el mozo, después de ahogar un suspiro, levanta los ojos y se pone a mirar sin ver, y con los párpados entornados, hacia la lejanías entre doradas y polvorosas del horizonte.

¡Ah!... —piensa— si las hermanas no deben tener caderas, como se ha dicho, las hermanas de los amigos no deberían tener ni caderas, ni piernas, ni cuello, ni boca, ni ojos...

GERNAELA. — (Sin volver la cara ni dejar de escarbar la tierra con el palito). — ¿Le arreglaron bien el cuarto, Cosme López?

COSME. — (Sorprendido.) ¿Qué?... ¡Ah!... ¿El cuarto? Sí, Gernaela, sí... ¡Muchas gracias!

GERNAELA. — (Incorporándose y clavándole en los ojos una de esas severas y escudriñadoras miradas que parece tener reservadas para él solamente.) No. Le preguntaba, Cosme López, porque esas mujeres son lo más descuidadas y Luciano... ¡Ya sabe!... Para él, todo es igual... Lo mismo come en el escritorio que duerme en el comedor... ¡Viera usted cómo encontré la casa el día de mi llegada!... En el cuarto de Luciano había unas bolsas de maíz y en ése, en el suyo, una pila de cueros de no sé qué bichos...

COSME. — (Riendo.) ¡Qué horror, Gernaela!

GERNAELA. — Sí, ríase no más... Ya me imagino cómo habrán vivido ustedes cuando venían aquí los dos solos.

COSME. — (Que recuerda muy bien cómo dormían con los perros dentro de las habitaciones, y cómo en algunas noches de invierno llegaron a cocinar haciendo fogón sobre las rojas baldosas del piso del comedor; replica con todo cinismo, y apoyado en los prestigios de su cabellera engominada en honor de la niña y en los de la irreprochable blancura de su elegante traje de montar.) No crea, Gernaela... Puede estar cierta de que yo pienso exactamente como usted... No porque uno viva en el campo debe

entregarse al abandono... ¿Y Luciano, Gernaela? ¿Salió al campo?

GERNAELA. — (Que se ha quitado el sombrero y que a la sazón arregló con sus sonrosados dedos las agresivas patillas de su melena de ébano.) Salió, sí, muy temprano... Parece que viene Bustingorri en el tren de las diez, y ha ido a esperarlo al pueblo, con el auto.

COSME. — (Con un leve gesto de contrariedad y de extrañeza.) ¿Bustingorri? ¿Agesilao?

GERNAELA. — Eso es... Agesilao Bustingorri... ¿Lo conoce, Cosme López?

COSME. — (Sin entusiasmo.) No... sí... Mejor dicho lo conocí bastante en una época, pero hace mucho que no lo he visto... Lo conocí en Gimnasia hace diez años... ¿No es socio de don Ramón Corrientes, el tío de Luciano, el tío de ustedes?

GERNAELA. — Eso es. En la curtiembre de Avellaneda.

COSME. — (Con una vaga esperanza de que ocurra lo contrario.) ¿Usted lo conoce, Gernaela?

GERNAELA — (Con aplomo.) Mucho... Va con suma frecuencia a lo de Ramón.

COSME. — Está bueno... ¿Y a qué viene, si no es indiscreción?

GERNAELA. — ¡Ah! Yo no sé. Asuntos de negocios, probablemente.

COSME. — ¡Está bueno! ¡Bustingorri!...

GERNAELA. — Sí; Bustingorri... ¿Le molesta, acaso?

COSME — ¿Por qué?... ¡Qué esperanza!

Y para apartar los suyos de los ojos de la niña que parecen escudriñarle el pensamiento, el mozo vuelve a mirar las lejanías del horizonte por entre los párpados entornados...

Sí, Bustingorri, Agesilao Bustingorri, un patán, un animal, sin ningún adorno moral, intelectual, ni físico, pero enorme de cuerpo y rebosante de salud y de gordura. En el colegio los niños le llamaban "la vaca", en su gráfico y pintoresco lenguaje, y en la Universidad, en donde trató inútilmente, por espacio de dos años, de meterse a través del cráneo la *Introducción al derecho*, le apodaron "vil metal", quizá

por su cara redonda y su enorme pelambrera de oro, quizá por el alarde odioso que hacía de la fortuna paterna y de sus cínicas teorías sobre el poder del dinero...

A la sazón y ya hombre, trabaja poco, gasta mucho, no cree en la virtud ni en el honor, ni en la buena fe de nadie. "Viveza, fuerza y dinero", pudiera ser su divisa. Su mayor preocupación consiste en que no le engañen, su gran placer en estrechar las manos de los amigos hasta hacerles crujir los huesos y toda la acción de su vida se orienta en un sentido tal, que, a no saberle tan bruto, podría suponérsele un psicólogo perverso, empeñado en observar las mil y una maneras como por medio del oro se puede ofender, humillar o prostituir a las gentes. Es, además, muy egoísta, muy audaz y muy mal educado.

Una de esas personas que en sociedad hacen siempre el efecto que haría un caballo metido en el "boudoir" * de una dama... Naturalmente, que él, Cosme, no puede decírselo a ella. En su caso, ningún hombre debe decir mal de otro hombre a la dama que le interesa.

GERNAELA. — (Arrancándole bruscamente de su ensimismamiento.) ¡Cosme López! ¿Qué le pasa?... ¿En qué piensa?

COSME. — (Sorprendido.) ¿Yo?... ¿Por qué?... Yo, en nada, Gernaela...

GERNAELA. — ¡Caramba!... Si se había quedado como hipnotizado... No diga que no...

COSME. — No, Gernaela, no. ¿A que no sabe lo que miraba? Miraba aquel montoncito, allá, a lo lejos... ¿Debe ser del "puesto" de Pereyra, verdad?...

GERNAELA. — (Entre desconfiada y con desgano.) No sé... ¡Si no sabe usted que conoce bien "La Estancia"! ¿O se ha olvidado ya de que es la primera vez que he venido acá?

COSME. — (Con leve dejo de desaliento en el tono de la voz.) ¡Ah! Verdad, Gernaela... (cómicamente distraído.) ¡Discúlpeme!...

GERNAELA — (Muy seria y alejado también el pensamiento de lo que está diciendo.) No es nada...

COSME. — (Reaccionando.) Bueno. Gernaela, con su permiso, voy a ver qué caballo me ha agarrado El Chuequito...

GERNAELA. — Bueno (sonriendo.) Pero tenga cuidado, no se vaya a caer.

COSME. — (Con un gran gesto forzado y cómico; forzado porque está lleno de disgusto, y cómico porque es buen jinete y ella lo sabe.) ¡Ah, no!... ¡Qué horror! (con una reverencia exagerada.) ¡Hasta luego, Gernaela!... ¡Perdón!...

GERNAELA. — ¡Hasta luego, Cosme López!

Y mientras Cosme, muy ceñudo y muy erguido el busto atlético se marcha hacia las dependencias de los peones, ella se queda inmóvil en el sitio, mirándole alejarse y con una expresión tal de examen y de gravedad en los ojos, que no parecería sino que a la sazón quisiera observar también el efecto que hace la indumentaria del mozo por la espalda.

Cuando éste desaparece por fin, detrás de un obstáculo, la niña se inclina para arreglarse una liga y se va hacia el comedor, lentamente...

El Chuequito acaba de encerrar en el corral la tropilla de "La Blanca". Es un hermoso grupo de once animales muy "obscuros * tapados", a los que él mismo domó uno por uno y a los cuales, Luciano, el patrón, hizo amadrinar, por gala de contraste, con una yegua del más opuesto pelo, es decir, una yegua completamente blanca.

El Chuequito, con su figura menuda y unas piernecitas tan cambadas *, como para justificar plenamente el apodo, está en el corral y se mueve entre el remolino polvoroso de los animales ariscos. Cuando camina, su andar recuerda el de la gaviota o el de los chimangos *, y aunque tiene treinta años, nadie le supondría más de veinte.

COSME — (Que le conoce desde largo tiempo y que le estima, llegando y apoyándose sobre los alambres de uno de los costados del corral.) ¡Buenos días, Valerio!

EL CHUEQUITO. — (Que en ese momento ha conseguido "parar" uno de los redomones * y que vuelve la cara ligeramente.) ¡Güen día, don Cos-

me!... (al caballo, escondiendo el bozal detrás del cuerpo y alargando una mano hacia el hocico temblo roso del animal.) ¡Chist!... ¡Chist!... ¡"Lucerito"!... ¡"Lucerito"!...

El obscuro, desconfiado, olfatea, por un instante, la mano del hombre, pero tan pronto como recibe por encima del cogote la caricia artera del extremo del maneador, se entrega tan mansa y resignadamente, que él mismo baja la cabeza y busca con el hocico nervioso y titubeante la entrada del bozal que ha de cubrirla con su complicado encaje de argollas y de trenzas.

COSME. — (Por el caballo y con gesto de extrañeza a El Chuequito.) ¿Es para mí, Valerio?...

EL CHUEQUITO. — (Como buen gaucho mal educado que es, a pesar de sus muchos méritos.) ¿Y pa quien va a ser?...

COSME. — (Con algo de azoramiento y de pueril despecho en la voz.) Pero... ¿Cómo?... ¿No habíamos quedado, Valerio, en que otra vez yo iba a ensillar ése "El Mandinga", el único que me faltaba?...

EL CHUEQUITO. — (Que se ha quedado inmóvil junto al caballo que ya iba a sacar del corral y que inclina la cabeza mirando al suelo.) Vea, don Cosme: pa mi gusto usté no debería montar ese animal

COSME. — (Escandalizado.) ¡Cómo!... Y ¿por que, Valerio? ¿Por qué?...

EL CHUEQUITO. — (Bajando aún más la cabeza, sin mirar a su interlocutor y en tono apagado y humilde.) Es medio diablo, don Cosme... Usté sabe... Resabiao a bellaquiar un redepente *. Puede voltiarlo y...

COSME. — (Interrumpiéndole con vehemencia y bochorno de calor en la cara.) ¿A mí?... ¿Y por qué?...

EL CHUEQUITO. — Es muy traicionero, don Cosme... No se ha entregao entoavía...

COSME. — Bueno... ¡No importa!... ¡Qué me voltee si ha de voltearme!...

EL CHUEQUITO. — (Siempre bajos los ojos y jugando a la sazón con su pequeño pie calzado de alpargatas sobre el colchón mullido que forma la tierra suelta en el piso del corral.) Es que si lo voltea

se me va a resabiar... ¡Demasiao trabajo me ha dao ya! ¡Más que toditos juntos!... (conciliador) ¡Tenga paciencia, don Cosme!... Deje se arrocine * un poco más con el trabajo y después lo muenta *...

Y dice esto con un tono de voz tan sincero y convincente, que el mozo, a pesar de su despecho, no se atreve a insistir y se queda por un momento mirándole en silencio.

COSME. — (Con frialdad.) ¡Bueno! ¡Está bien! ¡Está bien! Entonces ensillaré ése no más; "El Lucero"...

EL CHUEQUITO. — (Que ha advertido el despecho del mozo entre amoscado e inquieto.) Mire, dons Cosme, que si va a ser pa dijusto...

COSME. — (Sonriendo en una mueca nerviosa.) ¡No, hijo! ¡No! ¡Qué esperanza!...

Y mientras el gaucho suelta los caballos y conduce hacia el palenque que sombrean los sauces aquel que eligió desde un principio, Cosme, siempre apoyado en el cerco de alambre del corral, piensa, deprimido, en que es la primera vez que en su vida de jinete le han hecho dudar de su habilidad reconocida y en que su amigo Luciano hace muy mal en introducir en el familiar mundillo de "La Estancia", en donde "uno estaba tan bien", a ese atrevido patán, que es Bustingorri...

La comida tocó a su término y Gernaela que ocupa la cabecera de la mesa se dispone a servir el café, asistida por la más joven de sus sirvientas.

La niña está servida con ese traje color de fuego que tanto agrada a Cosme y parece más menuda y delicada que de ordinario, allí, junto a la mole de Bustingorri, que está a su izquierda; el Bustingorri de siempre *, "latero" * gritón y con su gran cara de luna, sudorosa y brillante bajo la cruda luz del gas aceliteno.

Hace mucho calor y miles de "cotorritas" y de otros insectos nocturnos, que han invadido el comedor, revolotean en torno de la lámpara colgante o caen sobre la mesa ensayando sobre el blanco mantel locos galopes o torpes y reiterados "decollages" *...

BUSTINGORRI. — (Radiante y hablando a gri-

tos, tal como si quisiera hacerse oír hasta por los "nocheros", que dormitan allá, en el lejano palenque de los caballos.) ¡Ya les digo!... Se creían muy vivos, pero yo, que les estaba manyando el juego, los dejé venir y después... ¡Zas!... ¡Ah, ah!... A vivo, vivo y medio, ¿verdad?... ¡Ah, ah! ¡Miren! ¡Palabra! Yo creo que a no estar yo, a don Ramón se lo hubieran fumado * en pito, porque no tiene malicia y porque todos abusan de su bondad.

GERNAELA. — (Aprovechando una pausa que hace Bustingorri para enjugarse la transpiración que le inunda el rostro y dirigiéndose a Cosme.) ¿Té o café, Cosme López?

COSME. — Té, si me hace el favor, Gernaela...

LUCIANO. — (Sonriendo con su bonhomía habitual y dirigiéndose a su hermana en todo de amable reproche.) ¡Pero "Ñata"!...

GERNAELA. — ¿Qué?

LUCIANO. — ¿Por qué insistes en llamarlo así a Cosme?

GERNAELA. — (Que empuña la tetera y sirve una taza.) No sé, en verdad... Pero... ¿Qué tiene? (a Cosme.) ¿Le molesta a usted acaso, Cosme López?

COSME. — (Saludando.) Al contrario, Gernaela... Me resulta muy agradable...

BUSTINGORRI. — (Que mientras los demás hablaban, se había quedado con la mirada absorta en el mantel y sonriendo plácidamente al recuerdo de aquel caso de "viveza" que acaba de referir y que por tratarse de cosa suya supone del mayor interés para todo el mundo; brusca y familiarmente, a Gernaela, que nada le pregunta.) A mí café, "Ñata", y bien cargadito, ¿eh? (y mientras la niña sonriendo asiente con la cabeza y mientras Cosme "asesina", sin querer, con la uña del pulgar derecho a una mísera "cotorrita", a la que poco antes ayudaba a volverse sobre el vientre, vuelve a insistir sobre el anterior asunto, previa una gran palmada al borde de la mesa.) ¡Ah, ah! ¡Ustedes saben! (a Luciano.) ¿Vos sabés que yo soy un hombre de responsabilidad económica, que no debo un peso a los bancos?... ¡Bueno! Yo quiero que ellos me digan si en todo su puerco directorio hay uno, uno solo...,

¿me entendés?... (vuelve a pegar sobre la mesa y vuelca la taza de café que acaban de servirle.) ¡Ay! ¡Caray! ¡Le manché el mantel, "Ñata"!...

GERNAELA. — No es nada, Agesilao. No es nada (a la sirvienta.) ¡A ver, Rosa!

BUSTINGORRI. — ¡Qué jorobar!

GERNAELA. — No es nada. No es nada...

LUCIANO. — ¡Bah! ¡Hombre! No es nada...

BUSTINGORRI. — (Que se queda por un instante callado, las gordas manos vellosas sobre el mantel y mirando de reojo, pero sin ver, cómo la criada hace por remediar el desastre, pero tan pronto como tiene ante sí una nueva taza de café servida, vuelve a arrancar bruscamente.) ¿Y lo que nos pasó, lo que me pasó más bien dicho, con estos trompetas de Baumer y Compañía? ¡Ah, ah! (a Luciano.) ¡Ahí quisiera haberte visto, m'hijito, a vos que sos tan diablo! ¡Ah, ah! ¡Mirá!... Cuando sobrevino la baja del franco, yo...

Y a partir desde ese instante, hasta que él mismo resuelve que ya es hora de retirarse, Bustingorri habla solo, atronando el comedor con sus gritos y sus carcajadas, pidiendo más café, más "cognac" y asustando a sus oyentes con grandes golpes sobre la mesa, violentas puestas de pie y ruidosas caídas de sillas...

BUSTINGORRI. — ¡Bueno!... Me parece que hemos charlado demasiado... Miren qué cara de sueño tiene la "Ñata". Parece que hubiera andado de farra...

Después, ocurre felizmente, algo que salva a Cosme de morir intoxicado esa noche con el veneno de su propia bilis... Al salir a la galería y en el momento de las despedidas, Gernaela que huele deliciosamente a "Nuit * de Noe", se le acerca mucho para decirle en voz baja—: Lo he hecho poner con Luciano, porque me ha parecido que a usted no le agrada mucho la compañía... ¿Verdad, Cosme López?

Y Cosme López, conmovido, siente ganas de abrazar las rodillas de la niña, no solamente por lo que acaba de confiarle junto al oído, sino también, por mil otras razones"...

A la mañana siguiente, y casi al mediar el día, Gernaela, su hermano y los dos huéspedes regresan a pie y un tanto fatigados de una larga visita a diversas dependencias de "La Estancia". La niña tiene las mejillas arreboladas de bochorno, bajo las amplias alas de su sombrero de brin; sus blancos zapatitos están grises de polvo. A fuerza de transpirado y jadeante, Bustingorri casi no habla, y recuerda, por su aspecto, a un gran buey cansino y sudoroso volviendo del trabajo. Por espacio de más de dos horas, el mozo ha charlado a gritos por la huerta, por los montes frutales, por el alfalfar y por el gallinero; sorprendiendo a los trabajadores, alborotando los pavos y haciendo volar a los pajaritos. Además, y según su costumbre durante esa gira, ha ido metiendo su insolente dinero por las narices de medio mundo: las sirvientas de la señorita, la cocinera, un hombre a quien hallaron cortando pasto, un chico que pasó a caballo, el padre de la lavandera; nadie ha escapado a su tosca generosidad... Cosme llegó a pensar en cierta oportunidad si no iría a ofrecer, también un par de pesos de propina a la gentil dueña de casa, a la encantadora Gernaela...

A la sazón, como Bustingorri se ha quitado sucesivamente la cazadora, el chaleco, la corbata y el cuello, con simples: "Con permiso, yo me lo saco; que hace un calor bestial"... Cosme teme, y no sin fundamento, que vaya a llegar a "las casas" * completamente desnudo....

LUCIANO. — (Bajo su descomunal sombrero de paja y dentro de su holgado traje de brin amarillo, señalando con una mano hacia el corral de los caballos). Allí está la tropilla nueva... ¿Vamos a verla?

GERNAELA. — ¡Ah!... ¡Es cierto!... Ahí debe estar mi famoso caballo... (a su hermano). Lástima que no pueda montar en él todavía, ¿verdad?

LUCIANO. — Verdad; pero esta tarde puedes elegir otro que te convenga; podemos aprovechar todos para elegir caballos...

BUSTINGORRI. — (Entusiasta) ¡Ah, ah!... ¡Eso es!... (a Luciano) ¡Pero yo voy a elegir por mi

mismo! ¡A mí no me van a encajar ningún matungo *, che, no te creas!

LUCIANO. — (Riendo) ¡No, hijo, no! El que te guste más... Ya sabes que todos están a tu disposición...

GERNAELA. — (Burlona) No vaya a comprar terreno, Agesilao...

BUSTINGORRI. — A mí no me voltean así no más, "Ñata"...

COSME. — (Arrancando con violencia una cañuela * de "falaris" * que le cae al paso y mordiéndola con ira) ¡Viera qué lindo está su caballo, Gernaela! Ayer lo vi y me hizo acordar a esos caballos de los soldados de plomo...

GERNAELA. — ¿Sí?

COSME. — Sí... ¿Se ha fijado en lo elegantes que son casi siempre los caballos que montan los soldados de plomo?

GERNAELA. — (Recordando y sonriendo) ¡Es verdad! Tiene razón, Cosme López, ahora que recuerdo...

Cuando llegan al corral, ya está allí El Chuequito, semiperdido entre la polvareda que levanta el remolino de los inquietos animales.

BUSTINGORRI. — (A Luciano y por El Chuequito) ¿Quién es ese gurrumino *, che?

LUCIANO. — (En voz baja) ¡Chist! ¡Calláte!... Es mi hombre de confianza, mi capataz de campo... Un excelente muchacho... (a El Chuequito, que al ver llegar al grupo ha suspendido lo que hacía y que esboza con su mano y su raído sombrero un saludo vacilante y zurdo). ¡Buenos días, Valerio!... Agarrá el oscuro de la niña, para que podamos verlo...

BUSTINGORRI. — (Que se ha colado por entre los alambres del cerco del corral y que provoca con su presentación una brusca espantada de los caballos, gritando) ¡Ah, pingos lindos pa un apuro! (señalando uno). ¡Ese!... ¡Yo quiero ese, che Luciano!...

LUCIANO. — ¡Cuidado, che! ¡Cuidado! ¡Salite del corral!...

GERNAELA. — (A Cosme que está a su lado y por Bustingorri) ¡Qué loco! ¿Eh?...

COSME. — (Sin entusiasmo) ¿Ha visto?

LUCIANO. — (A Bustingorri) ¡Salite che, salite!

EL CHUEQUITO. — (Después de soslayar al mocetón enorme con un relámpago de sus ojos buídos *, a los caballos). ¡Fili!... ¡Ingo!... *

Después que con sus silbidos y sus gritos enérgicos el domador se ha hecho reconocer de los caballos y éstos se sosiegan, El Chuequito para y embozala "El Mandinga", y lo saca a la playa del corral para que la niña lo vea... Es un hermoso "oscuro tapado", de finos cabos, de cuerpo ondulante y de encendidos ojos, que atrae e inquieta a la vez, en fin, como dice la gente gaucha, "un pingo * como víbora".

GERNAELA. — ¡Ay, qué lindo!... Parece de terciopelo... ¿Verdad?

BUSTINGORRI. — (A gritos) ¡Este es para mí! ¡Este me gusta! ¡A este lo ensillo yo!...

EL CHUEQUITO. — (A Gernaela). Acérquese, pues, y palméelo pa que la vaya conociendo...

GERNAELA. — ¡Ay!

COSME. — ¡Cuidado, Gernaela!

LUCIANO. — ¡Sí, cuidado!

GERNAELA. — (Acariciando al animal). ¡Malo! ¡Malo! ¡Feo!

¡Y hay que ver cómo a los leves contactos de la blanca mano, la piel retinta del bruto estremecido y hecho una bola se contrae y se pliega y palpita en diversos sitios, o es recorrida por sutiles y fugaces ondulaciones desde el ijar al encuentro!...

GERNAELA. — ¡Pobre! ¡Pobre! ¡Adiós, rico! ¡Adiós!

BUSTINGORRI. — (A El Chuequito) ¡Che! ¡Me lo ensillás a mí a ese!

LUCIANO. — (A Bustingorri) ¡No, che! ¿Estás loco?

BUSTINGORRI. — ¿Por qué?

LUCIANO. — Porque es un animal arisco; porque te va a romper el alma...

BUSTINGORRI. — ¿Ah, ah? ¡Estás fresco vos! Pues ahora lo quiero subir más que nunca...

LUCIANO. — ¡No seas loco! Te digo la verdad... Preguntáselo a Valerio... El lo ha domado...

BUSTINGORRI. — ¡Qué me importa!

EL CHUEQUITO. — (Interviniendo) Sí, no me parece bien que lo suba, don... El animal es diablo, y de toditos los once el que me salió más dificultoso, creameló (filosóficamente). Quizá porque es el de más linda presencia.

BUSTINGORRI. — (Encaprichado como un chico mal criado) ¡No me importa! ¡No me importa! ¡Yo quiero subirlo! ¡Yo quiero! (A Luciano): ¡Sí, che! ¡Hacémelo ensillar para luego!... ¡Hacémelo ensillar!...

LUCIANO. — Pero...

EL CHUEQUITO. — Vea, don... que lo puede voltiar y que si lo voltea... Aquí don Cosme, que es medio * de a caballo, puede...

BUSTINGORRI. — (Interrumpiéndole a gritos) ¡Qué de a caballo, ni que de a caballo!... ¡A este lo subo yo, como hay Dios!...

LUCIANO. — (Después de consultar con una mirada a El Chuequito apartando a Bustingorri) No, che, Agesilao... Dejate de macanas... Sé razonable. Cuando el domador dice que el animal es peligroso, debemos hacerle caso...

BUSTINGORRI. — (Frenético) ¡Qué me importa! ¡Yo lo subo! ¡Yo lo subo!... ¡Y ahora más que nunca!... ¡Qué jorobar!...

LUCIANO. — (Entre disgustado y conciliador). Bueno, bueno... Hacé como quieras... Yo te advierto...

BUSTINGORRI. — ¡Claro, hombre! (Por El Chuequito). Lo quieren asustar a uno con cuentos, para darse importancia; pero a mí... ¡Maní!... *

LUCIANO. — Bueno, bueno.

BUSTINGORRI. — ¡Yo no le tengo miedo a ningún mancarrón!... (Por El Chuequito, y bajando un tanto la voz). El tal vez le tenga... Debe ser algún "mulita" el gurrumino ese...

EL CHUEQUITO. — (Con aspecto "retobao", mirando al suelo y tan bajo que solamente le oye Cosme que está junto a él). ¡Mulita no soy!...

LUCIANO. — (A Bustingorri, también en voz baja). ¡Chist!... ¡Cállate, hombre!... (a El Chuequito, alto): bueno; dejá atado ese caballo para el señor.

A mí me agarrás el malacara * de la overa; para la niña, el petiso cebruno * y... (volviéndose hacia Cosme). ¿Y vos?... ¿Qué querés ensillar vos?...

COSME. — (Lentamente con las mandíbulas cerradas, a Luciano). ¿Yo?... Cualquiera, con tal de que sea manso, bien manso... (a El Chuequito) Para mí, Valerio, hágame el favor, el moro clinudo * ese, de la overa, que suele ensillar don Pietro, el quintero...

EL CHUEQUITO. — Ta bien, don Cosme...

BUSTINGORRI. — (Arreglándose una polaina y solo con sus pensamientos) A mí... ¡maní!...

LUCIANO. — ¡Bueno! ¡Vamos!...

GERNAELA. — Sí, vamos, que se hace tarde...

Y llevando todos dentro —menos Bustingorri, naturalmente— ese malestar que deja siempre el guarango en el espíritu de las gentes cultas, comienzan a caminar hacia "las casas".

BUSTINGORRI. — (Súbitamente) ¡Ah, che!... ¡Me olvidaba!...

LUCIANO. — (Con cierta calma) ¿Qué? ¿Qué vas a hacer? ¡Vení para acá!

BUSTINGORRI. — (Sin hacerle caso y yendo al encuentro de El Chuequito, en tanto que hurga sus bolsillos) ¡No! ¡Dejáme!... Voy a darle algo a ese pobre...

LUCIANO. — ¡No, che!... ¡Oíme!...

BUSTINGORRI. — (Extrayendo dinero del bolsillo a Luciano) ¡Dejáme!... ¡Dejáme!... (a El Chuequito, intentando ponerle un billete en la mano con que agarra el cabestro del redomón) ¡Tomá, che!...

EL CHUEQUITO. — (Rehuyendo el contacto y deteniéndose en firme, desconfiados los ojos y duro el ceño) ¿Y eso, pa qué?...

BUSTINGORRI. — (Insistiendo) Para vos es... ¿Para quién va a ser?... ¡Tomá!...

EL CHUEQUITO. — (Mirando al suelo) ¡Gracias, don! No preciso...

BUSTINGORRI. — (A mil leguas). ¡Tomá, zonzo... ¡Compráte algo que te haga falta!... ¡Comprále algo a tu china!...

EL CHUEQUITO. — (Empacado y mirándole de través) ¡Zonzo no soy, ni aceto limosna de naides!...

LUCIANO. — (Desde lejos) ¡Vení Agesilao!... ¡Vení!...

BUSTINGORRI. — (Que ni ha entendido lo que el gaucho le ha dicho, ni le ha oído quizás, como no oye a la sazón los llamados de su amigo, insistiendo) ¡Tomá!... ¡Tomá!...

Pero como el otro no le responde ya y permanece inmóvil, al fin concluye por darse cuenta de que algo anormal ocurre.

LUCIANO. — ¡Vení, Agesilao!... ¡Vení!... ¡Dejálo!...

BUSTINGORRI. — (A El Chuequito) ¿Qué?... ¿No querés?

EL CHUEQUITO. — ¡...!

BUSTINGORRI. — ¡Oh!... Andá a... (A Luciano, abandonando al mozo y allegándose al grupo de los amigos). —¿Has visto?... ¿Has visto?... ¡Este gauchito retobado!... ¡No ha querido recibirme unos pesos!... ¡Parece que se ha ofendido!... ¿Qué me contás?... ¡Te aseguro que porque estoy en casa ajena no le he pegado un bife!...

GERNAELA. — ¡Oh!...

BUSTINGORRI. — ¡Palabra!...

LUCIANO. — (En tono de suave reproche) No quisiste atender cuando te llamé... Yo quería decirte...

BUSTINGORRI. — ¿Qué?...

LUCIANO. — Te quería decir que no hicieras lo que ibas a hacer...

BUSTINGORRI. — ¿Y por qué?

LUCIANO. — Esta gente suele tomar a mal que se le ofrezca dinero así...

BUSTINGORRI. — ¡Ah, ah!...

LUCIANO. — Sí, che; creéme... Por aquí hay todavía criollos de ley, criollos que todavía no saben lo que es una propina...

BUSTINGORRI. — ¡Macana!... ¡Salí de ahí!... ¡No van a saber!...

LUCIANO. — No saben. Lo toman a mal, hijo, y justo es reconocerles que si conservan defectos, conservan virtudes...

BUSTINGORRI. — (A Luciano, después de caminar un trecho en silencio y pensativo) Yo... ¡Mi-

rá!... ¿Querés que te diga una cosa?... ¡Bueno!... El gurrumino ese estuvo tan firme porque vos estabas delante... ¡Ahí tenés!...

LUCIANO. — (Con cierta sorna y ojeando a Cosme de rabillo) Te equivocás, Agesilao... Es muy posible que a no haber estado yo presente, se hubiese mostrado mucho más firme todavía...

Con el sol ya muy bajo y que les toma de soslayo, haciendo rebrillar como encajes de plata esas mil telas sutiles que la incesante labor de las arañas ha tendido sobre los pastos, los cuatro jinetes van cruzando un "bajo" * al trote de sus cabalgaduras.

Bustingorri, que se ha salido con la suya, pues ya sea por suerte o porque "El Mandinga" sienta demasiado los efectos del enorme peso, va radiante, a la derecha de Gernaela, vale decir en el puesto de honor, que ha tomado para sí y de por sí, como en un automóvil tomaría el más cómodo asiento y en el asador o la fuente la mejor tajada. Gernaela está encantadora con su "galerita" * de paja de arroz y su elegante traje de montar de gabardina azul y amplia pollera.

Un poco atrás, Cosme y Luciano. El primero, impasible en su moro clinudo, y el otro en un "mancarrón" cualquiera, con su ancho traje amarillo, sus botines enormes del mismo color y de extremos tan redondeados que apenas pueden penetrar en los estribos, esos pequeños estribos de asta de búfalo, que según informa el mozo, le regaló no recuerda quién, ni cuándo, ni por qué...

GERNAELA. — (A Bustingorri) ¡Sabe que había sido buen jinete, Agesilao!...

BUSTINGORRI. — ¡Cómo le va!

GERNAELA. — (Volviendo el rostro atrás) ¿Han visto qué buen jinete, Agesilao?

COSME. — ¿Ha visto?

LUCIANO — (Distraído). ¡Ah, ah!

GERNAELA. — (A Cosme). ¿Usted se animaría a montar "El Mandinga", Cosme López?

COSME. — (Sonriendo). ¿Yo? Tal vez por necesidad, Gernaela; tal vez si usted no estuviera presente...

GERNAELA. — (Vuelta la cara y arrojándole una de esas miradas severísimas que guardaba para él). ¿Por qué si yo no estuviera?

COSME. — (Con cómica galantería haciendo una reverencia de busto sobre el recado). Porque no me gusta exponerme a hacer papelones en presencia de damas...

GERNAELA. — (En un gesto entre burlón y despectivo de los finos labios). ¡Oh!...

COSME. — (Con acento reconcentrado a Luciano). Sí, che. ¡Palabra! ¡Si a mí me volteara un caballo delante de una mujer, me pegaría un tiro!...

LUCIANO — (Riendo y con esa filosofía práctica que da con respecto a estas cosas, una larga experiencia en los trabajos camperos). A mí me parece que no se debe andar en caballos ariscos, teniendo caballos mansos... En un animal... (interrumpiéndose para mirar hacia lo lejos). ¡A ver!... ¿No es Valerio aquél? ¡Sí, hombre! (quitándose el sombrero para hacer señas con él y con toda la voz de sus pulmones). —¡Eh! ¡Hep!...

GERNAELA. — (Sorprendida). ¿Qué? ¿Qué es?

COSME. — (Solícito como siempre). No es nada, Gernaela. ¡Valerio!...

LUCIANO. — (Como un salvaje o como una bestia.) —Heep!...

COSME. — Ya viene...

BUSTINGORRI. — ¿Quién es?

GERNAELA — El capataz.

BUSTINGORRI. — ¿Qué capataz?

GERNAELA. — Ese... ese peón que estaba hoy en el corral... ¿No se acuerda?

BUSTINGORRI. — (Riendo). ¡Ah sí! ¿"El gurrumino" de la propina, no?... ¡Ja, ja! (a Luciano volviéndose vivamente). ¡Che!... ¿Querés que le vuelva a ofrecer una propina a tu domador de camama?... *

LUCIANO. — (Serio) ¡Vamos! ¡Tené juicio!...

EL CHUEQUITO. — (Allegándose al galope y sofrenando a diez pasos su overo * rosado cubierto de sudor y franjeadas las patas por largas chorreaduras mugrientas). —¡Güenas tardes!

LUCIANO. — ¡Buenas tardes, Valerio!... ¿Has

visto ese novillo muerto que hay en la rinconada de "El Sauce"?

EL CHUEQUITO. — (Con el sombrero en la nuca, las mangas de la camisa arremangadas y más pequeño aún que de costumbre así a caballo, pues sus pies diminutos, sin medias y con las grandes espuelas de hierro calzadas sobre las alpargatas apenas, alcanzan al borde de la carona). —¡Ah, ah!

LUCIANO. — ¿Y qué te parece?

EL CHUEQUITO. — Carbunclo no es...

LUCIANO. — ¿Y entonces?

EL CHUEQUITO. — Pa mi gusto debe ser víbora o alguna otra ponzoña...

LUCIANO. — No he visto las potrancas.

EL CHUEQUITO. — (Indicando con el cabo del talero). Las debe haber arriao la sabandija viento arriba... Allá pal lao de la calle...

LUCIANO. — ¡Ah!... ¡Es verdad!... ¡Bueno! ¡Andá no más!

EL CHUEQUITO. — (Recogiendo el caballo para dar la vuelta) ¡Güenas tardes! (a Bustingorri y señalando con la barbilla hacia la barriga del oscuro que monta éste). Vea, don... que está echando el recao a la verija *...

BUSTINGORRI. — (Tratando de ver). ¡Macana! ¿Y qué hay con eso?

EL CHUEQUITO. — Que ahorita no más se le alza a bellaquiar...

BUSTINGORRI. — ¿Ah, ah? ¡Estás fresco vos! ¡Dejá de macanear!

EL CHUEQUITO. — Así será (partiendo al galope). ¡Güenas tardes!

GERNAELA. — (A Bustingorri). ¡Mire que es cierto, Agesilao! ¡Lleva muy hacia atrás la cincha!...

LUCIANO. — (Acercándose para constatar) ¡A ver! (alarmado) ¡Sí, che! ¡Tené cuidado! ¡Tené cuidado! ¡Mirá que ya se va encogiendo el oscuro!...

BUSTINGORRI. — (Con despectiva arrogancia y cerrando bruscamente las piernas al caballo) ¡Salí! ¡Salí!... Si es una mulita...

GERNAELA. — (Asustada) ¡Ay!

LOS OTROS. — ¡Eh!... ¡Cuidado!

BUSTINGORRI — ¡De ande, mi...!

Pero el mozo no alcanzaba a decir más, porque al tercer corcoveo, al tercer cimbronazo del lomo en arco, su gran corpacho es despedido del recado y después de subir muy alto, entre trágico y cómico como un pelele enorme, se abate rudamente sobre el suelo donde se queda inmóvil, en tanto que el oscuro, libre de su peso y ebrio de coraje, dispara por el bajo, corcoveando en zigzag, furiosamente.

GERNAELA. — ¡Ay! ¡Por Dios! ¡Lo volteó!

LUCIANO. — ¡Cuidado!... ¡Caramba!

COSME. — ¡Qué barbaridad!

Y a tiempo que los dos mozos azorados se disponen a desmontar junto al caído, El Chuequito llega también a media rienda y se tira resueltamente al suelo.

EL CHUEQUITO. — ¿No ve? ¡Ya lo volteó! ¿No le decía? Con tal de que no se haiga hecho daño... ¡Caray!...

BUSTINGORRI. — (Inmóvil sobre los pastos y haciendo dolorosos visajes) ¡Ay! ¡Ay!

EL CHUEQUITO. — (Dejando oír al andar entre los yuyos el viril tintineo de sus grandes espuelas e inclinándose afanoso sobre el caído) ¿Se hizo daño, don?...

BUSTINGORRI. — ¡Oy!... ¡Oy!...

GERNAELA. — (Con una palidez nacarada de luna o de concha perlífera en el bello rostro afligido) ¡Qué cosa, Dios mío!, ¡Qué cosa!

EL CHUEQUITO. — (Palpando a Bustingorri) Diga, don... ¿Se hizo daño? ¿Ande le duele?

BUSTINGORRI. — (Abriendo los ojos aturdido y tratando de incorporarse a medias) ¡Oy! ¡Oy!

EL CHUEQUITO. — ¿Ande? Diga ande le duele.

BUSTINGORRI. — (Señalando el pescuezo) No sé... Aquí me parece...

EL CHUEQUITO. — ¿A ver? (tocando). ¿Aquí?... No es nada, don... No es nada... Es que medio se le torció el cogote lo que cayó e cabeza... ¡No es nada!

GERNAELA. — ¡Qué atrocidad!

EL CHUEQUITO. — No es nada...

BUSTINGORRI. — (Ya más repuesto). Me agarró descuidado...

EL CHUEQUITO. — ¡Ah! ¡Ah!... No es nada...

Espere un poco a que se le pase y después muente en el mío.

LUCIANO. — (A Bustingorri) ¿Se te pasa, Agesilao?

BUSTINGORRI. — ¡Sí, un poco; pero siento como quebrado el cogote, como dice ese animal!... ¡Qué mancarrón puerco!...

Cuando vuelve El Chuequito con el caballo "de tiro" *, Bustingorri está ya muy aliviado de su quebranto, pero tan hosco y mudo como aliviado.

LUCIANO. — (A El Chuequito y después de mirar con cierto rencor al obscuro que está allí, fiero, sudoroso, imponente y la mirada encendida llena de enconos) ¡A ver, Valerio!... ¡Dámele una buena soba * a ese trompeta para que no se resabie!...

EL CHUEQUITO. — ¡Ah, ah!

Y Cosme vuelve a sentir otra vez como una oleada de calor en la cara. Sin más que ese lacónico y sereno "¡Ah, ah!" de asentimiento, El Chuequito, "el gurrumino", el hombre de físico más pobre y de más débil apariencia de los cuatro que están allí, bajo los ojos de una bella y joven mujer, se acerca al obscuro que le recibe estremecido y hecho una bola, le arregla el apero descompuesto, se lo ajusta de nuevo con un par de tirones brutales, mordiendo el extremo del correón con sus dientes agudos y apoyando el pie en la carona y cuando todo está dispuesto, con un salto leve y felino se coloca de pronto sobre el recado.

El obscuro "hincha" el lomo al sentir el peso, e instantáneamente dos sonoros lonjazos le estallan en las paletas provocando su ira... Después... y por espacio de algunos minutos, bajo el chasquido del rebenque y el mordisco feroz de las espuelas, el animal, enloquecido de coraje o de espanto, gime como un hombre o gruñe como un cerdo, corcoveando "de vuelta" y lanzándose tan alto a veces que, al caer, no resisten y se le doblan las patas...

Y El Chuequito, el gurrumino sin esfuerzo ni cólera, pero insistente como un tábano hambriento y atornillado al apero como una fatalidad a una vida, "lo busca", hasta que el obscuro no da más y se entrega por completo, resollando vertiginosamente, la

boca llena de espuma roja, las vejigas ensangrentadas y destilando sudor por todas partes.

LUCIANO. — (Satisfecho). ¡Muy bien, che!... ¡Muy bien, Valerio!...

GERNAELA. — (Mirando a El Chuequito con los ojos agrandados y hablando como para sí misma) ¡Qué cosa! ¿Eh?...

COSME. — (Que ha observado la mirada de la niña y sabido interpretarla, con una leve sonrisa y entornando los párpados). ¿Qué, Gernaela?...

GERNAELA. — (Como sorprendida y sonriéndole tras de mirarle un instante, con su acostumbrada expresión de severidad en las negras pupilas) ¡Nada!... (bajando la voz y con un tono de admiración que le sale de lo hondo). ¿Ha visto qué hombrecito, Cosme López?... ¡Quién iba a pensarlo!...

COSME. — ¿...?

EL CHUEQUITO. — (A Bustingorri, con toda naturalidad y buena fe). ¿Lo va a subir otra vez, don?...

LUCIANO. — (Antes de que vaya a hablar Bustingorri). ¡No!... ¡No! (con energía) ¡No quiero más historias! ¡Dale el tuyo!... ¡Que monte el tuyo!...

EL CHUEQUITO. — Vea, por áhura está entregaíto, patrón... (ante una seña negativa de Luciano y a tiempo que desmonta suavemente, para desensillar y cambiar los aperos) ¡Entregaíto!... (por Gernaela) ¡Aquí, la patroncita, lo podría montar mesmamente!...

—Bueno, che; yo me voy entonces...
—¡Ah, ah!
—Tengo que conseguir cuadrilla *...
—¡Ah, ah!
—¿Supongo que sabrás hacerte un churrasco?
—¡Y cómo le va!
—A ver si te rompés el alma ahí...
—¡De ande, mi vida!...

Y mientras el otro se alejaba al galope menudo de su caballo alazán *, "El Gringo", siempre sonriente, se quedó allí, bajo el sol y el viento, muy entretenido al parecer en lo que estaba haciendo y que era guardar el equilibrio, de pie sobre el hilo más alto del alambrado que circundaba la casa y al cual imprimía de intento un inquietante balanceo...

¿Qué iba a hacer también "El Gringo"?... En algo tenía que matar el tiempo en "aquel opio de estancia" que su emprendedor amigo, Luciano Rojas, se empeñaba en "inventar" sobre aquellos campos yermos, en donde la primera napa se hallaba a cuarenta metros, en donde no había ni media punteada de tierra sobre el lomo blanquizco de la tosca bruta, y de los cuales "Flacuchín audaz" —como él solía apodarle— no había conseguido en tres largos años de sacrificios, otro fruto que unas cuantas hectáreas de un trigo bastante "chuzo" y que aún debió quedar en su mayor parte en los rastrojos, porque era tan corto que ni alcanzaba a "agarrarlo" la máquina!...

Si "El Gringo" estaba allí en "La Fortuna", "La Macana", como decía con toda irreverencia para fastidiar al otro y cada vez que miraba el negro letrero campeante en nítidos caracteres, sobre el frente de la blanca casita, si "El Gringo" estaba en "La Fortuna" y balanceándose allí, sobre el hilo más alto del alambrado, con aquellos "breeches" de impecable blancura, aquellos zapatos de "tennis" y aquella camiseta extravagante que dejaba al descubierto sus brazos enormes de atormentada musculatura, no era porque tuviese la menor afición agrícola, ni siquiera

porque respetase o considerase el encomiable empeño de su amigo.

¡Ah, no!... Si "El Gringo" estaba en "La Fortuna" a pesar de las múltiples ocupaciones que le reclamaban desde la capital: remar, nadar, levantar pesas, arrojar la bala "y hasta" prepararse para dar alguna materia de ingeniería en los complementarios de febrero; era simplemente por hacer una obra de caridad...

Porque había que saber que desde que Luciano empezó a luchar con la tierra, "solita su alma" en aquellos campos resecos y cara a cara de aquellos cerros azules que parecían mirarle hoscamente desde todos los rumbos del horizonte; no había hecho otra cosa que llamarle, que implorarle en todos los tonos, la gracia de aquella visita.

—Venite, "Gringo", ahora que llega el buen tiempo, vos que andás de vago...

O bien:

"¡Sos el chancho más chancho que he conocido!... ¿Me vas a hacer otra vez la chanchada de no venir?"...

Y "El Gringo" que en el fondo no era "un chancho" y que quería de veras a aquel amigo —gran admirador de sus fuerzas— concluyó por conmoverse ante tanta elocuencia epistolar y cierto día de enero en que el mundo le parecía negro y Buenos Aires una estupidez, porque no habían querido incluirle en el equipo que su club enviaba a las olimpíadas de X., se resolvió a cumplir la promesa tantas veces reiterada...

Y ahí estaba desde hacía ya dos semanas, disimulando a ratos su aburrimiento y preocupado en lo íntimo al comprobar que no obstante su empeño, no podía encontrar la manera de emplear en forma beneficiosa para los intereses de su amigo alguna parte de aquella enorme fuerza que le hinchaba los músculos y a la cual debía todos sus prestigios...

Porque resultaba que después de haberse pasado la vida practicando toda clase de deportes y de abrigar la convicción de que pocos hombres habría más ágiles y fuertes que él, había venido a dar en el preciso lugar de la tierra, en donde ninguna de sus fa-

cultades podía tener aplicación, en donde todo lo que sabía le era inútil, como lo serían unas boleadoras * en una partida de pesca.

Sino, no había más que ir viendo:

¿Para qué le servían a él sus famosos saltos (1.42 sin trampolín) si allí no había nada que saltar?...

¿Para qué le valía ser un buen nadador y haber llegado tercero en el campeonato de la milla, si con ello no podía evitar que al cielo de la caldera de la trilladora se le zafase un tirafondo o tira lo que fuera?...

¿Para qué su pujanza reconocida para arrojar la bala o el martillo, si allí no había otra cosa que arrojar como no fueran inquietas miradas sobre las tormentas que a cada rato se presentaban en el horizonte polvoroso amenazando el trigo de las parvas?

Para qué su tan mentada resistencia en la carrera?...

¡Ah, ah!... El día anterior no más, sin ir más lejos y creyendo por fin hacer algo práctico no se había "empleado a fondo" para atrapar a fuerza de piernas, a través de los rastrojos, un capón inenlazable y no resultó después que no podía carnearse porque estaba demasiado cansado!..."

—¡Ah! Todo esto mortificaba bastante a "El Gringo", no sólo porque hubiera deseado ser más útil a su amigo, sino porque comprendía que esa misma inutilidad suya, tenía que disminuirle en el concepto de aquél, que por lo cierto no le miraba ya, como solía mirarle, allá, en las palestras de sus hazañas deportivas...

Por eso fue el disgusto de algunas noches antes, aquella odiosa discusión que les había dejado a ambos doloridos y con cierto resquemor de rencor en las entrañas.

El, ya no podía decir nada, sin que el otro le saliera con la muletilla perversa:

—¡Aquí hermano, de nada sirven los músculos ni las flexiones!...

Y se lo había repetido esa vez con tal impertinencia e injusticia y "hasta" remedando cómicamente

los movimientos de un gimnasta que se ejercita, que a él se le volaron los pájaros y le gritó furioso:

—¡Aquí o en cualquier parte, sirven para romperte el alma!...

Después, habían discutido y gritado tanto, como dos enemigos o como dos locos, que el pobre Luciano acabó por llorar y por confesarle al cabo que aquella ansiedad terrible en que vivía ante el temor de que algún temporal viniera a calarle las parvas y a destruir el fruto de su trabajo, le irritaba los nervios, le ponía impertinente y enfermo...

El, no negaba que "El Gringo" era fuerte, ni que la fuerza cosa muy necesaria... El decía simplemente, que allí en "La Fortuna", no hacía mayor falta por lo general... El mismo "Gringo" había visto muy bien... Tal vez más adelante... Hombrear bolsas, ¿no?...

Y le miraba ya, conciliador y bueno con los ojos aún barnizados de lágrimas.

Entonces él, "El Gringo", enternecido le había abrazado y dicho con calurosa efusión:

—¡Ahí está!... Eso o cualquier otra cosa, Luciano... Yo no deseo si no ayudarte, ver para que sirve esta fuerza que tengo, pero no encuentro y me da una rabia; me siento ridículo!

—¡Ya encontrarás, ya encontrarás!...

Después, ni Luciano había vuelto a aludir en forma despectiva a deporte alguno, ni él, "El Gringo" dejado de pensar en lo bueno que sería hallar la oportunidad de una ruidosa revancha...

Pero, como ésta no se presentaba, era que aburrido, exasperado, por la holganza y por la espera, se entregaba a extravagancias deportivas como la que estaba practicando en aquellos momentos en que su sensato amigo, lleno de aprensiones y de incertidumbre se marchaba al pueblo, dejándole por muchas horas, como único habitante de su "Estancia"...

Media hora después y cuando cansado ya de andar por el patio, bajo aquel viento que le llenaba los ojos de arena y le agitaba la rubia pelambrera *, como si fuese una llama, "El Gringo" se disponía a entrar en la casa, la visión de la roja rueda del mo-

lino girando velozmente allá, arriba, trajo a su mente un recuerdo que le pareció salvador y magnífico.

—¡Pero, qué ganso!... ¡Qué mejor programa!... ¡Cómo no se le ocurrió antes!

Y era, que aquella misma mañana y en momentos en que abrevaban un caballo en el tanque, Luciano había dicho que para él, el agua del molino despedía cierto olorcillo desagradable y que no sería nada raro que hubiese algún animal muerto dentro del pozo...

Después, como él se interesara por el asunto, le había referido como a veces, las vizcachas * en sus excursiones nocturnas, solían caerse en los pozos y corromper más tarde el agua de los mismos, al entrar en putrefacción.

—¿Y por qué no las sacan? —Había preguntado él entonces, columbrando una posible empresa deportiva y el otro le había respuesto "que claro estaba" que las sacaban, pero que no creyera que era una operación tan sencilla...

—¿Por qué?

—"¡Caray! *... Por el pozo... por la profundidad enorme que tenían los pozos por aquellas alturas!... Aquel no más, ahí donde lo veía "El Gringo", tenía como cuarenta metros para llegar a las vertientes"...

¡Ah, ah!...

"Y eso no era nada todavía. Según decían, el de la municipalidad, en el pueblo, alcanzaba a los sesenta".

—¡Qui * mi cointas!...

—Después no hablaron más de la cosa... ¿por qué?... ¡Ah! porque las yeguas ajenas habían vuelto a entrarse en el rastrojo * y tuvieron que ir a sacarlas.

—¡Pero qué ganso, qué ganso!...

Y sin esperar más, "El Gringo" se dirigió resueltamente hacia el molino que se alzaba al otro lado del patio y cuya alta torre vibraba a la sazón, estremeciendo por el trabajo vertiginoso que la rueda disparada imprimía al mecanismo de la bomba, haciéndola arrojar borbollones de agua por el remate del tubo de toma, allá, casi al nivel de la plataforma...

—Caray, como se embala —pensó—. Quizá sería mejor cerrarlo... Pero no lo cerró y lleno de curiosidad, se metió entre los travesaños de los pies de la torre y se asomó abajo...

Había dicho la verdad Luciano. El aspecto de aquel agujero era imponente. "El Gringo" no había visto hasta entonces nada semejante... Después del brocal de ladrillos, la tosca, aquella tosca blanquizca y bien peinada por el pico, hasta quién sabe donde, porque el fondo no se alcanzaba a distinguir de ningún modo. El tubo de toma mojado y chorreante bajaba vertical como el hilo de una plomada y se perdía en las obscuridades misteriosas, sin otro accidente visible que aquellos dos tirantillos, que como para despedirlo, se le atravesaban, allá, en el mismo umbral de la sombra...

Pero la profundidad del pozo no arredró en manera alguna a "El Gringo". Muy por el contrario: no hizo sino excitar su amor propio y su afán de aventura.

"Mirá la cara del otro cuando volviese y él le dijera entre indiferente y despectivo:"

—¡Ah, che!... ¿Sabés que para algo sirven los músculos?... Saqué la vizcacha del pozo...

—O bien:

—¡Cara de vizcacha tenías vos!... En el pozo no había nada...

Y después de echar una mirada de complacencia y de confianza a sus bíceps formidables y otra un tanto compasiva a sus "breeches" de impecable blancura, "El Gringo" satisfecho y sonriente y ajustándose el cinto, pasaba ya sus piernas sobre el brocal, cuando advirtió del otro lado del patio, algo que le hizo contraer las cejas e interrumpir la maniobra.

Y era que cierta petisa zaina y barriguda, una de las eternas merodeadoras de las parvas y la más mañera y contumaz de todas, ya se venía otra vez, pasito a paso a lo largo del alambrado y en dirección al portillo...

—¡Qué bicho más trompeta! *...

"El Gringo" le tenía verdadera antipatía, no sólo por lo que molestaba, sino porque una vez que quiso

atajarla corriendo a la par se le escapó "en los cien metros"...

La petisa que debía haber adquirido cierta experiencia estratégica en su lucha constante contra los moradores de "La Fortuna", en cuanto columbró entre las patas del molino, la rubia cabellera de "El Gringo", flameando al viento como un pendón de guerra, se detuvo y se puso a morder hipócritamente unos pastitos; pero "El Gringo", que aunque había repetido en su facultad, dos veces el primer año y tres el segundo, era mucho más inteligente y sutil que ella, que en toda su vida no había hecho otra cosa que reventarse tirando de los arados en invierno y de las segadoras en verano, la engañó como a una tonta.

Con agazaparse tan sólo detrás del brocal del pozo, le hizo creer que se había marchado y hasta quizá que no había existido nunca y luego cuando la vio comprometida en el callejón, se disparó sobre ella como un venablo y le ganó el camino del portillo.

—¡De ande mi vida!...

—Después, ya no fue posible deducir qué era lo que "El Gringo" se proponía...

La yegua al verse copada por el lado del rastrojo, volvió grupas y trató de ganar el campo abierto corriendo paralela al alambrado, pero, "El Gringo", la aventajó en el pique y le ganó también la salida.

Después, la maniobra se repitió muchas veces, pero con idéntico resultado: cualquiera que fuera el lado que eligiese la petisa para disparar, siempre "El Gringo" llegaba a tiempo de cerrarle el camino y de hacerla volver la grupa.

Por último, en una de esas corridas la yegua verdaderamente espantada por la persecución sistemática de aquel blanco y terrible animal de áureas crines y de jarretes * de acero, atropelló, se lanzó ciegamente a pasar de cualquier modo, por el espacio de un metro escaso que aún mediaba entre su perseguidor y el alambrado... y pasó... pero pasó tras un encontrón brutal contra el alambre y con "El Gringo" colgado a su pescuezo, para ir a rodar a los veinte metros entre nubes de polvo, sobre el colchón de tierra del rastrojo...

—¡De ande mi vida!...

Después pudo verse allí un espectáculo digno del mármol o del bronce:

La yegua, empeñada en levantarse y "El Gringo" encaprichado en que no lo hiciera.

—¡De ande mi vida!...

En un momento dado pudo creerse que la petisa vencía, pues aunque medio estrangulada por los brazos hercúleos que le ceñían el cuello, logró incorporarse, pero en el mismo instante, "El Gringo", veloz como un rayo, le atrapó de través un remo delantero y tiró hacia él como un bárbaro...

La yegua así "pialada" * se abalanzó, dio un bote enorme, pero como "El Gringo" no soltó su presa, allá fueron otra vez al suelo el hombre y la bestia, haciendo estremecer la tierra. ..

—¡De ande mi vida, de ande!...

Por fortuna él cayó encima, y por fortuna también para la integridad de su físico salvada ya por milagro de los cabezazos, de las manotadas y de las coces, la yegua no luchó más y se quedó inmóvil, largo a largo tendida sobre el rastrojo con esa resignación de supremo renunciamiento, que es característica en los de su especie, en lances semejantes...

"El Gringo" al principio se asustó, pues creyó que había matado a la yegua, pero luego que la vio "bien viva", tan viva que delante de su hocico levantaba nubecillas de polvo con su alentar poderoso, "El Gringo" sonrió satisfecho, y restañando con el robusto antebrazo un poco de sangre que le manaba de la nariz, hizo incorporar a la yegua, la corrió hasta más allá del portillo y luego, tan campante y ciñéndose el cinturón, se dirigió de nuevo hacia el molino:

—De ande mi vida!... Lástima que Luciano no me haya visto!...

Cuando descendía ya hacia el fondo del pozo, dejándose deslizar suavemente a lo largo del caño mojado, a "El Gringo" se le ocurrió pensar recién, otra vez, en que quizás hubiera sido mejor cerrar el molino, porque el agua que escapaba por el remate del tubo, lo ponía demasiado resbaloso; pero como

la previsión no era su fuerte tras un leve gesto despectivo continuó bajando lleno de curiosidad y de deleite...

—"¡Qué bueno que hubiera un agujero así que atravesara el mundo!"... "Sin fatiga ninguna, un tipo cualquiera podría irse a los antípodas"...

Cuando "El Gringo" llegó a aquellos dos maderos que había a mitad de la jornada sonrió satisfecho, y restregándose las manos miró hacia arriba:

"¡Diablo!... Que era hondo aquello... Ya debía haber descendido una punta de metros"... "Y el pedacito de cielo"...

Pero, como en ese momento le cayera en la cara, un poco de aquella agua que el caño de toma lanzaba a bocanadas por efecto del furioso galopar del émbolo, "El Gringo" bajó la cabeza y después de enjugarse los ojos, agazapado sobre los tirantes, miró hacia el fondo...

Y estaba ya tan sombrío aquello, que apenas si alcanzó a distinguir los otros dos maderos, que sostenían el cuerpo de la bomba, una decena de metros más abajo.

Después, la obscuridad más absoluta. Ni bulto, ni contorno de objeto alguno ni un reflejo de agua tan siquiera...

Pero el espectáculo no amedrentó a "El Gringo", que aunque con una ligera contracción de desconfianza en el entrecejo, no tardó en lanzarse de nuevo al descenso...

—"¡Qué lástima —pensó mientras bajaba— debería haber traído una soguita para atar la vizcacha!"...

Pero se tranquilizó enseguida, pensando en que si encontraba la alimaña, nada le costaría subir, a buscar la tal soguita y volver a descender con ella...

Cuando asentó sus pies sobre los no muy firmes apoyos que sostenían la bomba y que trepidaban conmovidos por el violento accionar del mecanismo, "El Gringo" se quedó sorprendido al ver que todavía lo separaban unos cuantos metros del fondo del pozo maestro, y que aquella bomba debía estar colocada a la máxima altura a que alcanzaba la acción de su émbolo...

"El Gringo" comenzaba a sentir frío y algo así como un vago deseo de probarse cuanto antes en el esfuerzo serio del retorno a pulso...

Pero ni siquiera levantó los ojos:

—"¡Caray! Allá en el Club, arrancaba murmullos de admiración a los 'abri-bocas', cuando con las piernas y los brazos en ángulo recto, trepaba hasta la cúpula, por la cuerda volante, en once segundos y aún en menos!"...

Y arrodillado' "El Gringo" trató de investigar abajo...

Pero aquello estaba tan oscuro para sus ojos no acostumbrados todavía, que no hubiera podido decir si había agua o tinta en el fondo del pozo, cuanto más una vizcacha...

Entonces hizo rápidamente su cálculo, siempre confiado en el poder de sus brazos y de sus piernas de acero...

Se dejaría resbalar hasta el punto mismo en que el caño entraba en el agua del pozo maestro, para hundirse en la perforación del barreno y desde allí miraría...

Y así lo hizo, pero le resultó que aún habiendo llegado al extremo de meter por inadvertencia uno de sus blancos zapatos de "tennis" en el agua negra, "El Gringo", no vio nada, absolutamente nada...

Aquello estaba demasiado sombrío y era además muy espacioso.

Pero, no se desalentó por ello, y ciñendo el tubo con sus recias piernas y dejando libre sus brazos como un domador de potros, cuando dice: "¡Larguenmelón *, no más!"... extrajo fósforos y encendió uno.

Al principio le pareció que a pesar de aquella luz no alcanzaría a ver nada.

La llama rojiza de la cerilla resultaba de una mezquindad desconsoladora en medio de tanta tiniebla, y además, era constantemente amenazada por el agua que caía desde arriba sobre la espalda y sobre la cabeza de "El Gringo", salpicándolo todo...

Pero, aunque en una postura inverosímil, el mozo halló manera de hacer a la luz reparo con las manos y miró en torno...

—"¡Ah, ah!"

Había tenido razón el otro... Allí bien cerca, tan cerca que "El Gringo" podría alcanzarlo estirando una pierna, un vizcachón ahogado, mostraba sobre la superficie de obsidiana del agua quieta, su panza blanquizca enormemente hinchada...

Después que "El Gringo" hubo contemplado a su sabor * el espectáculo, encendiendo varios fósforos uno tras otro y estremeciéndose de repugnancia al comprobar la clase de agua que habían estado bebiendo desde quien sabía cuando; notó recién, que por efecto sin duda, del largo esfuerzo, sus piernas cansadas le habían dejado resbalar sobre el caño hasta el punto de que ya tenía otra vez, una de sus blancas zapatillas entre el agua...

Entonces, arrojó el fósforo y dispuesto a emprender la ascensión, miró hacia arriba...

Pero no pudo ver nada porque en ese mismo instante, una de aquellas bocanadas de agua que el remate del caño soltaba de continuo, le acertó a dar en el rostro dejándole ciego por espacio de algunos segundos.

"El Gringo" se enjugó los ojos con el robusto antebrazo, y después, confiado y sonriente, emprendió la ascensión con brío...

Mas apenas había trepado un par de metros, comprobó con despecho dos cosas desagradables:

Primero, que el caño estaba aún más resbaloso que lo que le había parecido al principio, y después, que aquel esfuerzo para rampar le hacía doler bastante la articulación de una muñeca...

Sin embargo, siguió subiendo y se hallaría ya a unos tres metros escasos de los negros y chorreantes maderos que sostenían el cuerpo de la bomba y que señalaban el final de la primera y más corta de las jornadas, cuando de pronto advirtió con verdadera sorpresa, que jadeaba, que traspiraba, que todo le dolía y lo que era más grave, que no avanzaba en su camino, porque las fuerzas apenas si le alcanzaban para mantenerse en el sitio...

Ante la evidente realidad de las cosas, "El Gringo", muy extrañado pero sonriendo aún con cierta petulancia *, se dejó deslizar hasta flor de agua, como si aquel simple cambio de altura hubiera podido proporcionarle descanso; pero, una vez allí, con calor en la cara y oyendo que el corazón le galopaba adentro, sintió sublevarse indignado todo su orgullo de varón y sobre todo de hombre de fuerza:

—"¡Pero qué cosa más rica! ¡La gran perra!"

Y contrayéndose como un resorte se lanzó de nuevo a la aventura...

—"¡De ande mi vida!"

Mas fue menos afortunado aún que antes.

Ni la mitad del camino llevaba recorrido, cuando comprobó y ya con angustia, que no avanzaba, que sus brazos y piernas cansadas no contrarrestaban la influencia de aquella agua que lubricaba el caño tornándolo resbaloso como un pez en su elemento: en una palabra: "El Gringo" comprobó que "no podía"...

Entonces su misma impotencia le enfureció, y por espacio de más de medio minuto, jadeando como un potro enlazado, y gimiendo palabrotas, "El Gringo" luchó en lo obscuro como un frenético, como un poseído para volver a deslizarse al cabo hasta la lumbre del agua, exhausto, resollando como un gran fuelle y con una dolorosa sensación de quemadura, en la cara interna de las rodillas y de los tobillos, en donde las ropas desgastadas y agujereadas por el roce del caño, dejaban asomar redondas desolladuras sangrientas...

Así, y como colgado sobre el agua, "El Gringo" permaneció aún algunos segundos inmóvil y silencioso, pero después, poco a poco se fue dejando resbalar, hasta que con el líquido a la rodilla, sus pies encontraron el mezquino apoyo que les ofrecía la curvatura de la esfera del filtro, en que remataba el caño de toma y que no excedía por cierto el grosor de una manzana:

Pero, aunque cansado y dolorido, apenas sintió "El Gringo" aquel miserable apoyo bajo sus plantas ya se creyó otra vez dueño del mundo...

¡Bah! Descansaría un rato y después... "¡A él con la piolita!"

Lo que había era que aquel maldito caño estaba demasiado mojado y las manos no podían afianzarse en él, resbalaban...

Y entonces, sosteniéndose con una de ellas, trató

de alcanzar con la otra la pared del pozo maestro, para restregarla en la tosca seca, aunque más no fuera; pero resultó vano su empeño:

Aquellas paredes estaban a una distancia tan perversamente calculada por la fatalidad, que por más que se estiró, apenas si alcanzó a tocar la áspera superficie con el extremo de los dedos...

Pero aunque este nuevo contratiempo le dio mucho coraje, "El Gringo" aleccionado ya por la experiencia, dominó sus nervios y en vez de lanzarse de nuevo locamente hacia arriba, como un gato perseguido por los perros trató de serenar su espíritu para poder darse cuenta clara de las cosas...

Y cuando miró hacia lo alto, es decir hacia la boca del pozo, hacia la luz del día, se quedó estupefacto; no solamente porque comprobó la enorme profundidad a que se hallaba, sino también porque allá, en el pedacito de cielo sombrío y remoto que se asomaba por entre los travesaños de la altísima torre, "El Gringo" vio brillar las estrellas como si fuera de noche...

Y entonces, aunque recordó haber oído referencias a tal fenómeno, sintió más deseos que nunca de hallarse cuanto antes en la superficie, entre los remolinos del viento recio y bajo aquel gran sol estival que calcinaba la tierra...

Sin embargo, más que el espectáculo imponente de aquel cielo estrellado en una bella mañana de enero, más que el intenso frío que ya comenzaba a experimentar entonces, más que aquellos dolorosos calambres, que la violencia de la posición le hacía subir por las piernas, un cruel pensamiento empezaba a preocupar y a mortificar a "El Gringo"...

"¿Y si de veras no podía salir?" ¡Caramba! A él no le importaba nada quedarse allí toda la vida, pero... era que si no salía, Luciano por fuerza tendría que encontrarle a su regreso, en aquella situación de impotencia ridícula, en aquella facha * desgraciada de zorro caído en una trampa...

¡Ah, no! "El Gringo", prefería morirse allí cien veces, ahogarse y corromperse como aquel vizcachón que le hacía compañía, antes de que nadie se enterase de su derrota!

"¡Mirá que más quisiera el otro! Sobre todo después de lo que pasó...!

E injusto y enconado por su infortunio, a "El Gringo" ya le parecía ver asomarse al pozo con una sonrisa perversa y cínica, a su pobre amigo que, ignorante y ajeno a todo rencor, a esa hora estaba allá, en la fonda del pueblo, casi a punto de llorar, porque no podía convencer a los componentes de una cuadrilla cosmopolita y sórdida, de que debían trillarle sus parvas al módico precio que ofrecía...

...Cuando "El Gringo" creyó haber recuperado un tanto sus energías, o quizá más bien, cuando se le hizo insoportable la violencia de la posición en que se mantenía, se enjugó por turno las manos sobre los flancos de su camiseta y se lanzó de nuevo hacia arriba...

Pero, el fracaso no pudo ser más completo.

"El Gringo", no alcanzó esa vez ni a la mitad del trecho que mediaba entre el final del caño y los tirantes que sostenían el cuerpo de la bomba...

En vano volvió a enojarse, a gemir improperios y llenar con su respiración angustiosa la negra oquedad de su cárcel... Todo empeño fue inútil y "El Gringo" tuvo por fuerza que convencerse, de que en realidad "no podía", de que estaba miserablemente agotado y de que para salir de allí, iba a necesitar por fuerza del auxilio ajeno.

Y entonces, con el agua hasta la rodilla y otra vez dolorosamente aplicadas las plantas al reborde del colador de la bomba, "El Gringo", jadeante, humillado y furioso, comprendió que su caso no podía ser más ridículo ni más desdichado.

De la más simple observación resultaba que él, el famoso, el forzudo "Gringo", tan aplaudido en todas las palestras deportivas de la metrópolis, por su extraordinario vigor y su admirable destreza, estaba allí, en el fondo de un mal pozo, con una percha magnífica entre las manos, pero sin fuerzas para valerse y remontarse de nuevo a la superficie...

De esa misma y simple observación resultaba también, que siendo Luciano y él, los únicos habitantes de la Estancia, lógicamente "El Gringo", no podía

recibir ni esperar otro auxilio que el de su amigo cuando se le antojase regresar del pueblo...

—"¡Ah, ah! ¡Cómo no! ¡Ya se lo imaginaba al otro haciendo fuerza para ayudarle con aquellos bracitos de escarbadiente que tenía y aquellos bíceps, como avellanas!

Y "El Gringo", indignado, se hizo la formal promesa de morir si era preciso, estoica y silenciosamente en el fondo de aquel pozo, antes de que su amigo se enterase tan sólo de su fracaso miserable...

..."¿Tal vez si aflojara el viento y se secara un poco el caño?"

Pero al cabo de un rato y como ni el viento aflojase, ni le fuera posible soportar por más tiempo ya la violencia de la posición que mantenía, "El Gringo" trató de buscar otra más cómoda.

Y al mirar hacia el negro espejo del agua, en el cual la panza blanquizca del vizcachón se recortaba como un islote de arena, "El Gringo" experimentó una leve zozobra:

¿Tendría el agua del pozo maestro la escasa profundidad que él le calculaba, y que era de todo punto necesaria, para que pudiera abandonar la posición atroz en que se hallaba, e ir a buscar descanso en el fondo?

¡¡Caramba!! ¿Y si no hacía pie?

Sin embargo, cautelosamente se dejó deslizar y le pareció un don del cielo, cuando aunque con el agua a la cintura, consiguió asentar por fin sus plantas acalambradas sobre el firme plano de la tosca...

—"Ah! Allí se pisaba como era debido; como Dios mandaba"... ¡Que le echaran encima entonces cuantas horas de encierro les viniera en ganas!"...

Y lleno otra vez de confianza, en quien sabe qué, "El Gringo" volvió a admirarse ante el espectáculo raro de aquel cielo sombrío, donde parpadeaban unas cuantas estrellas, en tanto que el vizcachón muerto, siguiendo el lento curso de agua negra, giraba en torno suyo, como una barca demasiado cargada que buscase su fondeadero...

Después, "El Gringo" tuvo mucho frío, tanto, que sus dientes castañeteaban y se le envaraban * las piernas, pero esto a él no le importaba nada... Su único temor se refería al regreso de Luciano, a la inminencia de su "deshonra deportiva"...

Porque era indudable que al no verle al llegar, el otro le llamaría y que enseguida, alarmado, al no tener respuesta, se pondría a buscarle por todas partes...

—"¡Ah! ¡Pero así gritara como un demonio!"... El estaba resuelto a no oírle, a hacerse el muerto, allí en el fondo del pozo y aun a esperar hasta la noche si fuera necesario, para evadirse entre las sombras...

Pero al cabo de media hora, no más, ya le resultaron insoportables, aquel frío y sobre todo aquella inacción y espera eternas en medio de la obscuridad y del silencio.

Tanto fue así, que con el agua a la cintura, se puso a caminar por el fondo del pozo, encendiendo fósforos y escudriñándolo todo.

Pero por más fósforos que encendió y por más que miró y remiró, allí no habría nada digno de ser observado, como no fuera aquel potente y apresurado succionar del colador de la toma bajo el agua, o aquel lento navegar del vizcachón ahogado, blanca la panza y las cuatro patitas hacia arriba...

—"¡Está bueno!"...

Y todo encogido, los brazos cruzados sobre el pecho, temblando de depresión y de frío, "El Gringo", de espalda a la áspera pared de tosca traceada por el pico, comprendió recién que su situación era mucho más grave de lo que en un principio lo había sospechado, porque aquella inmersión se tornaba ya para él inaguantable y porque a medida que el tiempo transcurría, sus famosas fuerzas en vez de reponerse, le iban abandonando por completo...

—"Si, ¿pero, y el otro zonzo?... ¡Y bueno!... cuando viniese el otro, él se apresuraría a decirle con la mayor tranquilidad del mundo... ¿qué le diría?... ¡Ah! le diría así:

—"¡Che!... Alcánzame una soga, un lazo, cual-

quier cosa, para sacar este vizcachón de porquería"... Y cuando Luciano volviese con la cuerda, se la haría atar allá arriba, de modo que colgase a lo largo del caño y entonces, con la ayuda de aquella aspereza, ya sabría él remontarse hasta la superficie en condiciones "honorables"...

E inmóvil dentro del agua, siempre recostado en la pared del pozo y cada vez más aterido, el pobre "Gringo", aún tuvo la entereza suficiente para celebrar su maliciosa estratagema, sonriendo amistosamente a la hinchada panza del vizcachón que apenas entreveían ya sus ojos turbios...

Y "El Gringo", no hubiera podido decir cuanto tiempo transcurrió después, ni si estuvo dormido, sincopado o muerto, hasta el instante aquel, en que el ruido familiar de un balde chocando allá arriba, contra el borde de cemento del bebedero, le arrancó de aquel estado...

—¡Luciano! ¡Luciano!

Y sin quererlo, tan poderosos y vehementes le resultaron aquellos gritos de náufrago desamparado, que la pálida y azorada carita de su amigo, asomó casi instantáneamente por encima del brocal del pozo...

—¡Eh!

"El Gringo" destosiéndose entonces, trató de afirmar su voz:

—¡Mirá, che, Luciá...!

Pero el otro, nervioso y excitado como estaba por la sorpresa, sin oírle, se puso a dispararle una verdadera granizada de interrogaciones ansiosas y de comentarios pesimistas:

—¿Pero qué te pasa, che? ¿Pero qué estás haciendo? ¿No podés salir ahora? ¿Pero para qué te has metido, caramba!

—¡El vizcachón! —intentó "El Gringo"— ¡El vizcachón!... ¿sabés?

Pero el otro no le dejó meter baza *:

—Sí: ¿pero no podés salir ahora? ¿No podés, decí?

—¡Sí puedo, pero es que!...

Mas Luciano, sin atenderle, sin oírle, continuaba sus gritos allá arriba, la inquieta cabecita de pájaro

inclinada hacia el negro agujero, y tratando de sondear las tinieblas para ver a su amigo.

—¿Pero dónde estás "Gringo", que no te veo?... ¿Te has descompuesto, te sentís mal? ¡Dios mío! ¿Qué hago yo?

Ante el griterío con que su amigo, en su legítima alarma, le estaba deshonrando a la faz de los cielos y de los campos, "El Gringo" sintió hervir su coraje, y una oleada de vergüenza y de cólera le enrojeció la cara en lo obscuro...

—¡Calláte, animal! —gritó con una voz tan poderosa, que hizo estremecer el cañón del pozo y parar su atención del otro.

—¿Qué "gringo"? ¿qué?

—¡Un lazo!... ¡Andá a traer un lazo!...

—¿Un lazo? ¿Y para qué, "Gringo"? ¿Para qué?

Pero como "El Gringo", ya furioso, le disparase dos tremendos alaridos por toda respuesta, Luciano, intimidado echó a correr a través del patio mascullando rezongos.

—¡Bueno, bueno, hombre, caramba!

Cuando volvió, ya más sereno el cautivo, se puso a darle órdenes con mucha tranquilidad:

—¡Atá ese lazo!... ¡No, ahí no!... ¡En la llave, otario! * ¡Ahora largálo no más!...

—¡Mirá que no va alcanzar, "Gringo"!...

—¡Cómo no va a alcanzar! ¡Largálo no más!...

—¡La pucha! ¿No ves que no alcanza? ¡Caramba!

Y mientras Luciano volvía a alejarse al trote, para ir a buscar sin duda otra cuerda cualquiera, "El Gringo" se quedó mirando con verdadero asombro, como aquel lazo * "chileno", que debería tener por lo menos once brazadas, colgado allá en lo alto aparecía tan corto como una miserable güasquita *...

Cuando reapareció Luciano con un nuevo lazo y se puso a añadirlo al anterior a toda prisa, "El Gringo", creyó conveniente para su honrilla, proponer con voz tranquila:

—Si querés que saque el vizcachón, me tenés que dar también un alambre...

Pero el otro, exasperado, le gritó con rabia:

—¡Qué alambre, ni alambre! ¿No ves? ¡No alcanza tampoco!

Y así era en efecto: la argolla del nuevo lazo —un lazo bastante largo— venía a quedar a una altura tan inaccesible para las fuerzas de "El Gringo", como lo estaba la del otro. Apenas si rebasaba en un par de metros aquellos dos primeros tirantes que sujetaban el caño a la mitad de la bajada.

Luciano, en uno de esos arrebatos inofensivos, de tente prisionero, que le eran habituales, se mesó los cabellos y dijo muchas malas palabras, pero como "El Gringo" riendo le tranquilizara, asegurándole que no corría ningún peligro, volvió a marcharse a escape para volver al cabo con cierto endeble y viejo lacito, que solo se empleaba en "La Estancia", para "agarrar carne", es decir, para enlazar los capones que se carneaban...

—¿Y ahora, che?

Con el nuevo agregado, la cuerda apenas si sobrepasaba los tirantes que sostenían el cuerpo de la bomba, de manera que para llegar a ella, "El Gringo" tendría que subir aún unos cuantos metros sin ninguna ayuda.

Pero ni por un momento se le ocurrió pensar en la probabilidad de un fracaso...

La presencia de aquella cotorra gritona allá arriba, le enardecía la sangre...

—¿Alcanzás, che? ¿Podrás, che?

—Sí, sí...

Y "El Gringo", serio y ceñudo, se enjugó las manos en la parte aquella de su camiseta que aun estaba seca, y distendiendo sus brazos apolíneos en un movimiento lleno de flexibilidad y elegancia, se lanzó al asalto...

—¿Podés, "Gringo"?

—¡Y cómo te va!

Pero más le valiera no haber dicho aquella "compadrada", porque en seguida se vio que sucedía todo lo contrario:

En vano luchó, en vano resolló como un fuelle roto, en vano volvió a ensangrentar sus llagas perneando * como un loco sobre el caño húmedo; en ningún momento pudo ni aproximarse siquiera en forma apreciable a los travesaños malditos, y cuando con un sordo gemido se dejó deslizar por fin, de nuevo

hasta el agua, "El Gringo", con el corazón en la boca y un extravío de espanto en las pupilas azules, pensó que no era ya un atleta, ni un hombre siquiera; que era apenas un trapo mojado, que era "una porquería"...

El otro, mientras tanto, cada vez más alarmado, al no ver surgir la leonada cabezota osicéfala de su amigo, tras tan largo ijadear * de lucha, en lo oscuro, se puso a asaetearle con sus gritos:

—¿Qué?... ¿Qué te pasa, "Gringo"? ¿No alcanzás? ¿No podés? ¿Por qué no sale, caracho *? ¿Por qué no contesta?...

¡Ah! si "El Gringo", hubiera podido contestar, hubiese contestado sin duda con un tiro, con un cañonazo a aquella cotorra chillona e indiscreta, que así agravaba la vergüenza y el gran dolor de su derrota!...

—¡No alcanza, che!... ¡Buscá otra soga!

Y no fue chico el alboroto difamatorio que armó entonces el otro allá arriba, bajo la gloria del sol y entre los remolinos del viento recio:

—¡Ay! ¿Entonces no podés! ¡Qué hago yo, Dios mío! ¡Qué fatalidad, caramba! ¡Pero también a quien se le ocurre! ¿Querés que vaya a buscar a alguno, gringo? ¿A algún vecino?

Y como "El Gringo", en las angustias de su fatiga, no tenía alientos para hacer callar como otras veces con un par de gritos salvajes a aquel parlanchín abominable, optó por dejarle decir cuanto quiso y se resignó a repetirle de vez en cuando con voz mortecina, aunque preñada de encono, que debía buscar otra soga...

Pero cuando Luciano volvió con una coyunda * que halló en el galpón, "El Gringo" debía haber recobrado bastante energía, a juzgar por los alaridos con que respondió a su primera pregunta:

—¡No! ¡Te he dicho que no! ¡Caracho!

Y mientras el otro intimidado se aplicaba a la tarea de practicar el nuevo añadido, "El Gringo", impaciente, con las mandíbulas apretadas y los ojos congestionados, se paseaba entre el agua como un oso cautivo...

—¡Ahí va!

—¡Largála!

Esta vez la cuerda chicoteó en el agua y "El Gringo", ya más tranquilo, la hacía estirar a lo largo del caño para probar la resistencia de las ataduras, cuando Luciano, que comenzaba a trinar de nuevo allá arriba, le propuso con la mejor buena fe del mundo:

—¡Mirá, "gringo", mejor es que te atés la soga por debajo de los brazos, y yo desde acá te subo!...

En cualquier otro sitio que no hubiera sido el fondo de un pozo, "El Gringo" hubiese respuesto sin duda con un "swin de derecha" a semejante "insolencia", pero allí, se limitó a ponerse muy pálido y a bajar la cabeza, previa una mirada asesina hacia aquel pedacito de cielo estrellado, sobre el cual la negra silueta de su amigo aleteaba como la de un murciélago...

Después, hosco y sombrío, sin pronunciar palabra, inició el ascenso, aquel verdadero "vía crucis" de su orgullo, aquella expiación completa de su culpa.

"El Gringo" estaba tan debilitado, que pese a la ayuda del lazo empleó una eternidad para alcanzar los negros maderos en que se apoyaba la bomba, y cuando consiguió por fin sentarse sobre los tirantes, tras aquella mísera jornada de siete metros apenas, no podía hablar y su angustiado ijadeo llenaba la vasta oquedad del pozo, sordo y siniestro como un hipar de agonía...

—"¡Estás muy cansado, "Gringo"!... ¡Atáte la soga, hacéme caso!"...

Y el pobre Luciano se retorcía de ansiedad, y hacía mil posturas sobre el pozo.

De nada le valieron al otro, sus señas con la mano, indicándole que se callase, que aguardase, que le dejara reponerse... Luciano no las veía, y lleno de inquietudes fraternales siguió chillando cuanto quiso.

Por eso, cuando "El Gringo" pudo por fin incorporarse y alzar los ojos para mirarle, sus pupilas azules relampagueaban de ira.

—¡Atáte el lazo, "gringo", no seas cabeza dura!

Pero como el otro guardase silencio y se lanzase de nuevo a la ascensión, Luciano se calló también por espacio de algunos segundos, es decir, hasta que se dio cuenta de que "El Gringo", en su agotamiento,

no hacía otra cosa que pernear y resollar inocua y lastimosamente sin avanzar en su camino... Entonces, recomenzó con energía:

—¡Pero "Gringo", si no te atás el lazo, no vas a salir nunca de ahí!

Mas, apenas hubo soltado esta "blasfemia", cuando "El Gringo", deshaciendo el escaso camino hecho, se paró en el cilindro de la bomba, y desde allí, después de mirar un momento hacia lo alto con ojos homicidas le conminó ferozmente:

—¡O te callás, animal, o te rompo el alma cuando suba!

... Y tornó a callar Luciano amedrentado, y tornó "El Gringo" a repetir sus tentativas desesperadas e inútiles, cuantas veces fueron necesarias, para que se convenciera al cabo de que no podía y consintiese en atarse al ancho busto jadeante aquel extremo de lazo que tanto repudiara...

Pero antes de iniciar la ascensión con la ayuda de aquellos flacos bracitos cuyos bíceps parecían avellanas, aún tuvo "El Gringo" alientos para decir a su amigo, con malhumor y reproche:

—¡No hagas fuerza!... ¡No tienes para qué hacer tanta fuerza!... Yo solo...

¡Pero vaya si la tuvo que hacer el pobre Luciano!

En los últimos metros, a no ser porque había afianzado el lazo en el canto de uno de los travesaños de la torre, no hubiese podido evitar quizá, que el otro se le fuera abajo, a hacer compañía al vizcachón, tanto gravitaba y tan poco hacía ya "por la riña" *...

No obstante, en cuanto se halló fuera del pozo, "El Gringo", comenzó a decir entre ijadeos:

—"¡Vos también, que te ponés ahí!"...

Pero no pudo terminar su crítica, porque de pronto, desplomándose en tierra, se quedó sin sentido, largo a largo...

... Y Luciano, entonces, en vez de poner un pie, como un moderno David * cualquiera, sobre el alto pecho de su amigo; lleno de aflicción y mascullando malas palabras, fuese corriendo a traer cierto frasco de álcali volátil, que guardaba cuidadosamente, en su modesto armarito de pino blanco...

NOTAS

[1] Este cuento está escrito con técnica dramática.

[2] Mario Rodríguez es el personaje central de los cuentos de *De los campos porteños*.

[3] Miércoles con el que empieza la Cuaresma, que es un tiempo de penitencia y preparación para la Pascua. Enraiza en una tradición del Viejo Testamento según la cual los penitentes simbolizaban su propio pecado cubriéndose la cabeza de ceniza. Se llama Carnaval (época en que se desarrolla este cuento) a los tres días inmediatamente anteriores al miércoles de ceniza. Son fiestas de carácter popular que se celebran en esos días y consisten en mascaradas, comparsas, bailes, y otros regocijos ruidosos.

[4] "Toma agua": tanque que había en las estaciones de ferrocarril, del cual salía una manguera para alimentar la caldera de las locomotoras.

[5] Otra de las facetas de Lynch en la que deja de lado la temática campera para incursionar en las actuaciones de algunos personajes dentro de la política.

[6] Se refiere en este párrafo a la erudición de su patrón.

[7] Lynch consideraba el coraje como una de las primeras virtudes del gaucho.

[8] Uno de los nombres que en la mitología popular se le asigna al zorro, por su capacidad de burlar, engañar, que es una de las características del personaje de Don Juan.

[9] Aclaración del autor.

[10] Según Ulises Petit de Murat, en su obra citada, el protagonista de este cuento fue el propio Benito Lynch.

[11] David: segundo rey de Israel, nacido entre 1050 y 1015 a.C. Se distinguió en la guerra entre israelitas y filisteos y dio muerte con su honda al gigante Goliat, "y poniéndose sobre el filisteo tomó la espada del mismo y sacándola de la vaina lo mató y le cortó con ella la cabeza" (*Libro de los Reyes* - XVII, 50).

Abichado: animal con lastimaduras agusanadas.

Abombao: Abombado. Argentinismo. Persona entre aturdida e imbécil.

Abri-bocas: argentinismo. Papanatas.

Acollaraba: acollarar. Unir dos animales, sobre todo yeguarizos, por la **collera**, es decir, por el pescuezo para que anden juntos y no se extravíen.

Afuera. "Para afuera: salir del pueblo o del lugar donde se habitaba.

Alazán: pelaje de caballo de matiz rubio, formado por la mezcla de pelos amarillos y colorados.

Albardón: aumentativo de albarda. Pieza principal del aparejo de las caballerías de carga, compuesta de dos a manera de almohadas rellenas, generalmente de paja, y unidas por la parte que cae sobre el lomo del animal.

Alegar: porfiar, discutir acaloradamente.

Almariada: mareada.

Almiración: admiración.

Altitud: actitud.

A mi ver: a mi manera de ver.

Amojosa: llena de moho.

Ancheta: tontería, simpleza.

Angurria: hambre extraordinaria, deseo excesivo y continuo de comer, hambre canina.

Anque: aunque.

Ansí: así.

Ansina: ansí. Así, también.

Aparte: separar los animales de la tropilla.

Apelativo: apellido.

Arrebatiña: acción de recoger arrebatadamente una cosa disputada entre muchos. También **rebatiña**.

Arrevesado: difícil, enredado, de poca claridad, indescifrable. **Persona arrevesada para hablar.**

Arrocine: amanse. Acostumbre.

Arrugada: achicada.

Asigún: y... según.

Atorao: atorado.

Atracarse: acercarse, aproximarse con cautela a pasos cantados. **Y me le atraqué p'hablarla.**

Atropellante: arrollador.

Avíos: los útiles para sacar fuego en el yesquero. Se llama así a los útiles de prender fuego o sea: yesquero, pedernal, eslabón, los que se llevaban en la guayaca.

Azareado: azararse. Perder la serenidad, conturbarse. Azorado.

Ande. De ande: de dónde.

Angulos. "Saca golpes de todos los ángulos": expresión boxística. Dar golpes en 360º.

Bagual: caballo cimarrón, silvestre. Potro. Se llama **medio bagualón** al caballo de temperamento arisco, aun cuando haya sido domado.

Bajeras: todas las prendas del apero colocadas debajo de los bastos.

Bajo: lugar llano en el campo. También parte anegadiza o donde hay probabilidades de que se junte agua a causa de lluvias o crecientes.

Balaquiar: argentinismo. Balaquear. Decir fanfarronadas.

Bandurria: ave zancuda, especie de garza, pero de patas más cortas que ésta.

Barro: yerro o equivocación cometida por descuido o inadvertencia. **Hacer un barro, meter la pata, hacer una macana**: proceder torpemente, de manera casi irremediable.

Bayo: pelaje de caballo de color blanco amarillo naranjado.

Baza: tomar parte en conversaciones de otros, especialmente sin tener autoridad para ello.

Bellaquiar: bellaquear. Corcovear el yeguarizo.

Biaba: argentinismo. Zurra.

Boleadoras: arma y también instrumento de trabajo genuinamente criollo. Consiste en sogas o ramales que llevan en su extremo unas bolas que se lanzan a distancia con fuerza, sobre los animales, para derribarlos.

Bote: salto del caballo cuando está alegre o impaciente, o cuando quiere derribar al jinete.

"Boudoir": habitación. (Francés).

Bozal: persona tonta, torpe.

"Breeches": voz inglesa. Pantalones amplios en las partes correspondientes a las caderas y ajustados a la pierna, con la horcajadura y los fondillos generalmente reforzados, que se usan para montar a caballo.

Brete: sitio cercado con madera para sujetar un animal con el fin de marcarlo, curarlo, etc.

Buido: aguzado, afilado.

Cabezadas del basto: bastos: lomillo, el asiento del recado. El basto enterizo o gurupa se usaba antiguamente, enterizo y con arzones bajos. Fue reemplazado por el **basto partido** de paja o cerda formado por unas especies de almohadillas cilíndricas u ovaladas, de cuero rellenas de paja, junco o totora o cerda, bien apretadas y unidas entre sí por tientos. Lleva de cada lado una pieza de cuero llamada **ala** o **falda**. Las cuatro extremidades de las almohadillas van cerradas por una tapa de suela circular o elíptica denominada **cabecera** o **cabezada**. En un apero de lujo suelen ser de plata, plata y oro, etc., llevando muchas veces las iniciales del dueño o la marca del estanciero.

Cajetilla: argentinismo, petimetre, pisaverde, lechuguino.

Camama: vulgarismo. Falsedad, burla, embuste.

Cambado: argentinismo. Patizambo.

Cancha. Abrir cancha: dar campo libre, dejar paso.

Cañuela: caña.

Caracho: ¡caramba! Interjección.

Caray: ¡caramba! Interjección.

Caronero: facón fabricado a menudo de hoja de espada, sable, etc., de grandes dimensiones que el paisano llevaba antiguamente bajo las caronas de su recado.

Caronilla: pieza de recado de tejido provinciano, generalmente de vistosos colores, que suele reemplazar al **sobrepuesto**. Especie de matra que antes se usaba sobre la **carona** de suela y debajo del **lomillo**.

Carpincho: mamífero roedor: **capibara**. El paisano llama generalmente así al **sobrepuesto**, pues este se hace muy a menudo con cuero de dicho animal.

Cebruno: se dice del caballo que trae la piel y pelos más oscuros que el bayo cebruno y con un ligero matiz del tostado. Muchas veces acebrados. Se diferencian un cebruno claro y un cebruno oscuro según sea más o menos pardo su matiz (Emilio Solanet).

Celebro: cerebro.

Cerote: miedo.

Clinudo: crinudo.

Cogote: "le hice cogote": se hizo el corajudo.

Cojinillo: pellón. Prenda que va sobre la encimera y los bastos del recado y ofrece mayor blandura al asiento del jinete. Puede ser manta de lana, hilo o cuero de lanar con toda la lana. El cojinillo hace las veces de colchón al tender el paisano su recado para dormir.

Compadrito: compadre: individuo provocativo, falso, traidor y jactancioso. Tiene maneras afectadas y usa lenguaje especial.

Componiéndose el pecho: carraspeando.

Compositores: persona que prepara un caballo para correr carreras, o un gallo de riña, para pelea.

Coyunda: soga con la que se unce cada buey al yugo. El paisano suele decir también **coyunta**.

Cuadrilla: conjunto de personas que se reúnen para el desempeño de algunos oficios o para ciertos fines.

Culandrera: curandera.

Culata: parte de atrás.

Chacota: broma.

Chanceándose: bromeando.

Charabón: ñandú que está emplumando. Al **ñandú** se le llama **charito** cuando es muy pequeño, después **charo** y más tarde **charabón**. Ya grande es avestruz o ñandú.

Chicote: lonja.

Chicoteo: chicotear. Pegar, castigar, dar golpes a lazazos con un chicote o lonja. **Chicotear contra el suelo**: dar con el cuerpo contra el suelo, una persona o un animal.

Chimango: ave carnicera, de rapiña, de unos cuarenta centímetros de alto, de color pardo oscuro y blanquizco acanelado. Semeja al carancho pero es más pequeño.

Chiripá: prenda de vestir característica del gaucho.

Consiste en un paño burdo y liviano, generalmente de bayeta, pasado entre las piernas sobre calzoncillos lisos o cribados y sujeto a la cintura por la faja.

Chúcaro: animal arisco. **Persona chúcara**: de carácter salvaje.

Chumbándonos: chumbar. Incitar a los perros para que ataquen a una persona o animal.

Chunguiando: chumbando.

Churrinche: avecita de color pardo oscuro, cabeza, cuello y pecho rojo fuego, lomo y alas pardo negruzco. Es mucho más pequeño que el **pecho colorado**. El **churrinche** antiguamente conocido era más pequeño que el **chingolo** y con un color ceniza. La hembra era más clara.

"Decollages": decolaje. Aterrizaje. Voz francesa.

De juro: lo juro.

Dejuramente: precisamente. Seguramente.

Dende: desde.

Desajerarte: desageración: exageración. Hacer pasar a uno por exagerado.

Dijunto: difunto. Muerto.

Dir. "Me via dir diendo": "me voy a ir yendo". Modismo del paisano cuando toma una determinación, para reafirmarla recalcando el hecho.

Empardar: igualar en el juego una carta a otra del mismo valor.

Empeños: venir a fastidiar con empeños: venir a pedir dinero.

Encuentro: la punta que forma la articulación de la **paleta** en la región del pecho, o todo este.

Endeveras: de verdad.

Endevido: individuo.

Enfrename: enfrenar. Poner el freno.

Enhorquetaos: enhorquetarse u **horquetarse**. Ponerse sobre el caballo, sentado con una pierna de cada lado. Montar.

Envarar: entumecer.

Escuro: oscuro. "Pelaje de yeguarizo cuya capa es negra o casi llega a serlo" (Emilio Solanet). Un ca-

ballo oscuro puede ser cruzado, estrella, lista, rabicano, tapado, etc., etc. **El oscuro tapado** es el que no tiene un solo pelo de otro color que oscuro.

Facha: traza, figura, aspecto.

Fajen: fajar: rodear, ceñir con faja. Castigar, dar una paliza: **lo fajaron**. Equivale, también, a vencer en una competencia, juego, etc.

"Falaris": planta gramínea.

Flauto: fatuo.

Flechilla: gramínea, pasto fuerte que el ganado come cuando está tierno. Es más dura y fina que la cebadilla y tiene como flechillas que perjudican el vellón de las ovejas y hasta su salud, cuando abundan. Como forraje su valor es secundario cuando tiene fruto, porque con éste lastima fácilmente la lengua y otras partes de la boca de los animales que lo comen. Manca a los perros introduciéndoseles entre los dedos de las patas.

Floriarse: lucirse.

"Fromage": queso.

Fumar en pito: fumar en pipa. Metérselo a uno en el bolsillo.

Galerita: galera. Sombrero de copa o sombrero hongo. Atuendo del equipo de montar de la mujer, típico de la época.

Gañote: Garganta.

Garrón: extremo de la pata de algunos animales, por donde se cuelgan después de muertos.

Gaucho: campesino ríoplatense, tipo étnico, diestro en el dominio del caballo y por excelencia, en el trabajo de ganadería. Aquí significa que era capaz de hacer cualquier servicio.

Gofes: bofes. Pulmones del animal. El paisano también lo dice de los pulmones de las personas. **Echar los bofes**: trabajar sin cesar.

Guasquita: guasca. Del quichua: **huaska**: soga. Lonja de cuero crudo.

Güeno: bueno.

Gurrumino: niño, muchacho.

Haiga: haya.

Hito. De hito en hito: fijar la vista en una cosa sin distraerla a otro sitio.

Idioso: Odioso.

Ijadear: mover aceleradamente las ijadas, por efecto del cansancio.

Ingo. pingo.

Ispea: espía.

Jabón: susto.

Jarana: diversión bulliciosa de personas ordinarias.

Jarrete: parte alta y carnuda de la pantorrilla hacia la corva,

Jue: fue. Del verbo ser.

Jue: fue. Del verbo ir.

¡Jue pucha!: interjección.

Laido y escrebido: una manera de decir del gaucho del hombre que era instruido.

Larguenmelón: lárguenmelo.

Las casas: la casa. Expresión muy típica del paisano.

Latero: latoso, charlatán.

Laya: clase, calidad, aspecto de las personas, animales o cosas. **No son todos de la mesma laya**: no son todos de la misma clase.

Lazo chileno: lazo: trenza redonda de tientos de cuero crudo de vacuno, de burro, etcétera, que sirve para enlazar o pialar, como así también para arrastrar a la cincha animales vivos o muertos, objetos, etc. **Lazo chileno** es el que está hecho con un solo tiento torcido al revés.

Lienzos: arpillera con que se tapizaba el brete.

Lión: león.

Lión: puma.

Líquido amarillo: agua con acaroína.

Lo busca: lo va siguiendo en el movimiento.

Luz mala: luces que se producen por la fosforescencia de los huesos, sobre todo en días de tormenta por el ozono. "La gente de campo da este nombre a los fuegos fatuos que se levantan de los sepulcros y que supo-

nen ser el alma en pena de los muertos que no han sido enterrados en el cementerio". (Bartolomé Mitre, **Rimas.**)

Macana: decir una macana: decir un bolazo, una mentira, un disparate o una exageración.

Madona. ¡La Madona!: interjección.

Malacara: pelaje de caballo que significa llevar pelo blanco en la mayor parte de su superficie anterior de la cabeza. Hay malacara con cualquier capa, el más frecuente es en los colorados... (Emilio Solanet.)

Mamaba: emborrachaba.

Manate: magnate.

Mancarrón: caballo **usado,** viejo, que vale poco.

Mandao. "Bien mandao": que cumple las órdenes que recibe.

Mandinga: el espíritu del mal, el diablo, el demonio.

Manea: trozo de cuero que en cada etxremidad tiene un ojal que se prende con un botón, aprisionando e inmovilizando las manos o patas del caballo. Antiguamente el paisano la llevaba colgada del fiador y ahora a menudo de la cogotera del bozal. También se llama **manea** al trozo de soga angosta o piola que se utiliza para atar las cuatro patas de las ovejas a fin de esquilarlas, o a los terneros para herrarlos. Esta misma **manea,** con una argolla en la punta, se utiliza para manear las dos patas y la cola de las vacas que se van a ordeñar.

¡Maní!: argentinismo. Expresión con que se previene a otro, que intenta engañarlo, que no logrará su objeto.

Maniador: maneador: soga de cuero crudo cuyo largo llega hasta doce metros, teniendo de tres a seis centímetros de ancho. Lleva una presilla en una extremidad. El paisano lo usa particularmente para atar su caballo y dejarlo pacer con comodidad en medio del campo.

Martinete: máquina para clavar estacas, particularmente en el mar y en los ríos, por medio de un mazo que levantan en alto para dejarlo caer sobre la cabeza de la estaca.

Matambres: carne de la res situada entre las costillas y el pellejo.

Matungo: caballo o yegua inservibles por viejos o muy trabajados. Mancarrón.

Medio de a caballo: buen jinete,

Melecina: medicina.

Menea: moverse.

Mesmamente: lo mismo. Así es, está claro, asímismo.

¡Metele Meirele!: Se le dice a una persona para que insista en su propósito, trabajo, etc., y continúe con empeño, sin cejar.

Moro: "pelo de yeguarizo formado por una mezcla de pocos pelos blancos y muchos negros que producen un matiz azulado" (Emilio Solanet.) El gaucho tenía un gran aprecio al moro y sabía que los caballos de este pelo eran bravos y mansos.

Morrallas: mojarritas.

Muenta: monta.

Muentarlo: montarlo.

Mulita: se le llama **mulita** al hombre flojo, timorato y miedoso.

Naguas: enaguas. Asunto de mujeres.

Nochero: caballo que se deja de noche en el corral, portero chico o **a estaca,** próximo a las casas, con el fin de tenerlo a mano para cualquier necesidad y usarlo en la mañana siguiente para ir a buscar los otros caballos en el campo.

"Nuit de Noel": nombre de un perfume francés.

Obscuros tapados: véase escuro.

Oración: A eso de la oración: a la caída de la tarde.

Otario: voz lunfarda. Argentinismo. Tonto, necio.

Overita: remendada.

Overo rosado: "dícese del pelo de caballo de manchas rosadas y blancas". (Emilio Solanet.)

Patacones: antigua moneda de plata de noventa y seis centésimos, del peso fuerte antiguo.

Patriarle: partirle.

Pedigüeñería: de pedigüeño: que pide con frecuencia e importunidad.

Pelambrera: porción de pelo o vello largo y espeso.

Peludo: quirquincho mediano. Mamífero desdentado de mayor tamaño que la mulita, de menos de cuarenta

y cinco centímetros de largo, de caparazón con fajas móviles al centro y recubierto de pelos largos. Tiene uñas fuertes y grandes.

Perico ligero: perezoso.

Perneando: pernear: mover violentamente las piernas.

Persinándose. persignándose.

Petulancia: insolencia, atrevimiento o descaro.

Pialada: enlazada por las manos.

Pico a pico: dicho que se usa en las carreras de caballos en el campo, cuando los animales van corriendo **aparejados** en una misma línea. Aquí conversando muy cerca.

Piches: armadillo mayor que la mulita, casi igual al peludo y muy convexo. Tiene orejas de menor tamaño y hocico más largo y fino que los otros de su familia. El **pinche** y el **peludo** poseen movimientos violentos y huyen con mayor rapidez. Estos animalitos nunca son gambeteadores.

Pingo como víbora: caballo caracoleador.

Pitador: pitar: fumar.

Ponete a agarrar de una vez: tratá de acordarte.

Portillo: puerta chica del corral.

Porra: Chiquilín de porra: porfiado, molesto o pesado.

Priesa: prisa.

Quedrá: querrá.

¡Qui mi cointas!: ¡qué me cuentas!

Ración: **"Se negaba a la ración"**: se negaba a comer.

Raindo: Riendo.

Raírse: reírse.

Ramada: cobertizo amplio, armado sobre horcones, con techo de paja o ramas, sin paredes. También se le llama **enramada**. A menudo está hecha con ramas de árboles, junto a las casas, pulperías y ranchos, sobre un zarzo colocado en cuatro puntales clavados en tierra, con el objeto de dar reparo y sombra.

Rastrojo: terreno donde ha habido sementeras y quedan aún restos de ellas.

Recelao: "lo que tantas veces habíamos recelado": lo que tantas veces habíamos deseado que ocurriera.

Recularle: echarse atrás.

Rechifla. silbidos insistentes.

Redepente: de repente.

Redomón: potro en amansamiento. Es **redomón** apenas ha dejado su condición de potro, desde el primer galope hasta que se le pone el freno. También se le dice **medio bagual** cuando todavía no está adiestrado en la boca, vale decir cuando apenas tiene unos pocos días de amansadura.

Redotao: derrotado.

Renguiaban de la misma pata: eran de la misma laya.

Riña: pelea.

Rhode Island Red: raza de pollos.

Repunante: repugnante.

Resabiado: caballo lerdo, pesado, indócil a la espuela y al rebenque

Respuenderle: responderle.

Resuello: respiración ruidosa. El paisano dice **tomar un resuello** por tomar un descanso en medio de una faena penosa o de un viaje o carrera. **Cortarle el resuello**: matar a una persona o animal.

Roano: ruano. Pelo de yeguarizo de color alazán con las crines y cola blanca. Se le suele llamar también **alazán ruano**.

Ronciando: rondando.

Rondador: El encargado de hacer la ronda, **Ronda**: tarea de dar vueltas de a caballo, continuamente durante la noche, en campo abierto o en una calle, etc., alrededor de una cantidad de ganado con el fin de evitar que se disperse a causa de un susto y otro motivo, así como para impedir que los animales se **mesturen** con otros o que algunos de ellos se aparten. Esta operación se hace, sobre todo, cuando se conduce una tropa.

Rubito: argentinismo: rubiecito.

Ruidos. Torpes ruidos: trompetillas.

Rumbo: **"quedaban al rumbo"**: dirección en el plano del horizonte.

Sabía: solía.

Sabor. A su sabor: a su gusto.

Soba: paliza.

Sotera: azotera: la lonja en que termina el látigo o el arreador. Extremidades de las riendas destinadas al mismo objeto.

Su lao: de lado.

Supo ser: era.

Talero: rebenque de lonja muy ancha y cabo corto generalmente recubierto de cuero crudo y con una anilla del mismo material que se pasa por la muñeca.

Tapera: del guaraní. **Ta**: pueblo y **Puerá**: se fue. Casa o rancho en ruinas y abandono.

¡Ta que lo pan con queso!: interjección.

Tero: ave zancuda de menos de media vara de alto, con alas armadas de espolones. Como el **chajá**, con su grito estridente, anuncia de lejos el peligro, la presencia de algo extraño.

Tientos. A los tientos: a los cueros. **Tiento**: Filamento sacado de la **lonja de potro**, con el ancho calculado según el trabajo a que se destine: costuras finas o gruesas, botones, tejidos, o trenzados.

Tiro. Caballo "de tiro": caballo de repuesto para un viaje, que el paisano montado lleva del cabresto o que, de lo contrario, va atado a la parte posterior del carro.

Tobiano: "Pelo del yeguarizo. Es el caballo de capa galana formada por dos colores a grandes manchas y bien marcadas. Caracterizan al tobiano las grandes manchas que resaltan, por contraste, con el fondo y son así más llamativas. Hay tobianos de todos los colores: tobiano negro, tobiano colorado, tobiano zaino, tobiano cebruno, tobiano bayo, tobiano gateado, etc. y hasta rosillos tobianos" (Emilio Solanet.)

Toro: hombre toro, para los ranqueles, era hombre macho.

Tracalada: cáfila, multitud.

Traitarle: tratarlo.

Trangüe: tranvía.

Tremolina: bulla, confusión de voces.

Trompeta: calificativo agraviante que se aplica al individuo botarate, falso, atrevido y mal hablado. Persona algo sinvergüenza.

Trompezarse: enfrentarse.

Trujo: trajo.

Vedija: mechón de lana.

Ventajiarla: sacar partido de una situación.

Verija: ijar o ijada de un animal. Parte baja de la barriga del caballo cerca de la entrepierna. Ingle de las personas.

Vizcacha: nombre de origen quichu. Mamífero roedor de casi una vara, de cuerpo color pardo y cara cubierta de barba larga y áspera. Sale y trabaja de noche, posee uñas fuertes.

Yaguané: Color de pelaje, de vacuno y yeguarizo. "Aplícase al animal que muestra una o dos franjas blancas, a lo largo de la espina dorsal. No recuerdo haber observado ningún equino con tal característica; sí, en cambio, varios ejemplares vacunos de raza criolla", dice el doctor Emilio Solanet.

¡Y cómo te va!: ¡por supuesto!

Yesca: Sustancia o materia inflamable muy seca y esca y esponjosa, procedente de un hongo del roble o de la encina y preparada de suerte que cualquier chispa de fuego prenda en ella.

Zaino: "Caballo cuyo pelo tiene un color entre colorado y el oscuro"... (Emilio Solanet.)

Zanagoria: argentinismo. Zanahoria. Bobo, sujeto simple.

Zanguango: indolente, flojo, embrutecido por la pereza.

Zarco: Color azul claro,

INDICE

Prólogo I

Disfrazado de mono 7

Don Pajarito 13

Pollos y mirasoles 19

La virgen del Carmen 25

El hombrecito 57

El pozo 78

Notas 101

Vocabulario 103

La narrativa rural argentina, si se exceptúa a Ricardo Güiraldes con su **Don Segundo Sombra** y sus cuentos, que constituye un fenómeno aparte, tiene posiblemente su exponente más representativo en Benito Lynch (1880-1951). En la obra de Benito Lynch, rica en motivos psicológicos y vigor costumbrista, conviven los rasgos característicos de la vida de nuestro hombre de campo, sorprendido en un momento no demasiado alejado de su acontecer histórico y social. Tanto en sus novelas, y sobre todo en sus mejores novelas —**Los caranchos de La Florida**, 1916, y **El inglés de los güesos**, 1924—, como en sus novelas cortas y cuentos —**El antojo de la patrona y Palo verde**, 1925, **De los campos porteños**, 1931— Lynch presenta la vida de la estancia y los pueblos pampeanos desde violentos conflictos y desde una viva lengua rural. Para la Biblioteca Argentina Fundamental se ha elegido una selección de cuentos de Benito Lynch no recogidos en libro hasta hoy, y representativos de su obra, como un modo de incorporar textos valiosos a su actual bibliografía.

Ilustración de tapa:
Enrique Policastro
Don Zenón
Lápiz graso y acuarela (detalle)
Colección "Aghion Oros", Arte
(Foto: D. Menassé)

Volumen simple

Suplemento del fascículo
nº 70 de **Capítulo**

Centro Editor
de América Latina
más libros para más